

USA TODAY BESTSELLING AUTOR

GRACE GOODWIN



PROGRAMA DE NOVIAS INTERESTELARES®

UNIDA
A LOS
GUERREROS

UNIDA A LOS GUERREROS
PROGRAMA DE NOVIAS INTERESTELARES®: LIBRO 4



GRACE GOODWIN

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Otras Obras de Grace Goodwin](#)

[Español – Libros de Grace Goodwin](#)

[Inglés – Libros de Grace Goodwin](#)

[Conéctate con Grace](#)

[Sobre Grace Goodwin](#)

Copyright © 2016 por Grace Goodwin

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea eléctrico, digital o mecánico, incluidas, entre otras, fotocopias, grabaciones, escaneos o cualquier tipo de sistema de almacenamiento y de recuperación de datos sin el permiso expreso y por escrito del autor.

Publicado por Grace Goodwin con KSA Publishing Consultants, Inc.

Goodwin, Grace
Unida a los guerreros

Diseño de portada por KSA Publishing Consultants, Inc
Imágenes de Hot Damn Stock; Big Stock: forplayday

Este libro está destinado *únicamente a adultos*. Azotes y cualquier otra actividad sexual que haya sido representada en este libro son fantasías dirigidas hacia adultos solamente.

CAPÍTULO 1



*Hannah Johnson, Centro de Procesamiento de Novias Interestelares,
planeta Tierra*

UNA VENDA CUBRÍA MIS OJOS, pero podía oír el suave murmullo de varias voces masculinas susurrando a mi alrededor. Giré mi cabeza hacia la izquierda, y luego hacia la derecha, pero no podía ver nada más que oscuridad. Algo suave como la seda, pero líquido como chocolate derretido, se envolvía alrededor de mi cuello como un collar de calor líquido. Cuando el círculo estuvo hecho, mis sentidos se intensificaron. El aroma del miembro de mi compañero flotaba en el aire, y sabía que estaba de pie enfrente de mí. Podía oler el picoso aroma de su excitación. Conocía muy bien el exótico sabor de su placer en mis labios. ¿Cómo sabía cuál era su sabor? ¿Cómo sabía que el collar que estaba alrededor de mi cuello me conectaba, de alguna manera, a él?

Tiré de mis cadenas tratando de alcanzarlo, de saborearlo, pero las gruesas correas que juntaban mis muñecas sobre mi cabeza impedían que lo hiciera. El deseo que sentía por mis compañeros y el poder del vínculo que teníamos era fuerte, pero todo lo que podía hacer era mantenerme de pie, desnuda, y esperar.

El aroma de mi propia piel y de algo peculiarmente metálico inundó el aire. Podía sentir una suave corriente de aire, ligeramente frío, recorriendo mi piel desnuda. Mis piernas estaban en una postura abierta. Tiré de las ataduras que estaban sobre mi cabeza e intenté dar un paso al frente, pero me di cuenta

de que unas gruesas correas alrededor de mis tobillos me inmovilizaban. Di una patada, pero noté que, aunque tenía algunos centímetros de libertad, no podría liberarme de ellas.

Todo lo que podía hacer era esperar. Mis oídos se esforzaban para oír pasos, algún crujido de telas, cualquier cosa que me advirtiera qué sucedería después. Me sentía confundida e intranquila, pero mi cuerpo estaba deseoso, anhelando sentir el contacto de mi compañero. Este pensamiento casi me sumió en pánico, y mi corazón latía con tanta fuerza que temía que explotara y saliera de mi tórax.

¿Qué era esto? ¿Por qué estaba desnuda? ¿Dónde demonios me encontraba? Esto no era para lo que me había anotado cuando me ofrecí voluntariamente a participar en el Programa de Novias Interestelares. Se suponía que debía ser asignada a un compañero que fuese perfecto para mí y solo para mí. Se suponía que debía sentirme apreciada y amada, y...

Como si lo hubiese llamado, una enorme mano se posó sobre mi hombro y se deslizó hacia el costado de mi cuello. Incluso con los ojos vendados podía sentir la fuerza bruta en aquel roce, y el gran tamaño de su mano me hizo temblar, pero no de miedo. Conocía su roce, de algún modo, y quería más.

Su voz saturó mis oídos a mis espaldas, y presionó su pecho desnudo y cálido contra mi espalda desnuda.

—¿Aceptas pertenecer a nosotros, compañera? ¿Te entregas a mí y a mi segundo voluntariamente o deseas elegir a otro compañero principal?

Una voz profunda y grave, como la de un barítono, gruñó al hacer aquella pregunta; y mi sexo se humedeció por toda respuesta ante su voz. Mi mente no lo reconocía, pero mi cuerpo sí lo hacía.

—Acepto perteneceros completamente, guerreros.

Las palabras abandonaron mis labios como si no tuviese control alguno. Y, de hecho, no tenía control. Traté de hacer alguna pregunta, de averiguar en dónde me encontraba, qué estaba sucediendo, pero era como si estuviese dentro de un simulador de realidad virtual. Podía sentir la calidez del robusto hombre a mis espaldas. Podía oler el líquido preseminal de mi compañero, que me provocaba con la promesa de futuro placer. Podía sentir el despiadado piso metálico que se encontraba bajo mis pies, y la sensación cálida y resbaladiza de la seda líquida mientras envolvía mi cuello. Podía sentir sed, anhelo y deseos, pero no podía moverme.

Lo que sea que me sucediera a continuación escapaba totalmente de mi control.

—Entonces te reclamamos, y tú obtienes un nuevo nombre. Me perteneces, y acabaré con cualquier otro guerrero que se atreva a tocarte.

Su mano me apretujó con suavidad, enredándose alrededor de mi cuello como un recordatorio suave, aunque gentil, de que él era el dominante, de que podía tomarme, follarme, hacer que me corriera —y que no había nada que pudiese hacer para evitarlo—.

No quería escapar de su fuerza. Quería más.

Había escogido esto, tanto el Programa de Novias Interestelares como su prueba de selección. Había jurado que le entregaría a mi compañero asignado, absolutamente y sin reparos, mi confianza y mi vida.

Presionó sus labios contra uno de los lados de mi rostro, y las voces que había oído anteriormente le respondían como un coro en un ritual de voces masculinas.

—Que los dioses sean testigos y os protejan.

Mi compañero soltó un gruñido detrás de mí y apretó mi garganta ligeramente con su mano derecha, y mi feminidad se estremeció dándole la bienvenida. Un segundo par de manos masculinas de gran tamaño se posaron sobre las caras externas de mis muslos, y entonces supe que otro hombre estaba arrodillado ante mí.

El hambriento compañero principal que estaba a mis espaldas me sostenía con fuerza contra su pecho, mientras la áspera lengua de mi segundo hombre recorría el camino que partía desde mi rodilla hasta la cara interna de mi muslo, y entonces lamió mi húmeda femineidad.

Mis caderas dieron una sacudida de sobresalto en el momento en el que su boca entró en contacto con mi clítoris. Dos largos dedos se deslizaron dentro de mi vagina mientras me conducía al éxtasis con su boca y su lengua. Jadeé, tratando de recobrar el aliento, y los gruñidos que se oían a mis espaldas hicieron que mis rodillas flaqueasen.

—¿Te gusta cómo se siente su boca en ti?

Supe, de algún modo, que estaba esperando una respuesta de mi parte y que no habría lugar para mentiras.

—Sí.

—Ven a por nosotros, así te follaremos.

Su gran miembro estaba apoyado contra mi trasero desnudo y me debatía

entre el deseo de impulsarme hacia delante, hacia la lengua que me hacía retorcer en placer, o dejarme caer hacia atrás, con fuerza, para provocar al pene que hacía presión contra mis nalgas.

Intenté hacer ambas cosas, pero siquiera podía moverme. Mi captor mantuvo una mano sobre mi cuello; con la otra tiraba de uno de mis pezones y luego del siguiente, haciendo que se convirtieran en picos endurecidos. Los estiraba hasta el límite del dolor, mientras que el hombre entre mis piernas me follaba con sus dedos y lamía mi clítoris tan rápidamente que me pareció mucho mejor que cualquier vibrador que alguna vez haya utilizado en casa.

Lancé un gemido. Necesitaba ser llenada. Follada. Reclamada. Para siempre.

No pude contenerme más, y apoyé mi cabeza contra el enorme pecho que yacía a mis espaldas. Ahora él me pertenecía, mi refugio, mi compañero. Él me sostuvo cuando mis piernas fallaron, del modo en el que sabía que lo haría. Era mío, y yo era suya.

Su voz sonaba, prácticamente, como un ronroneo en mis oídos.

—Muy bien. Ahora te follaremos, compañera. Nos perteneces.

Les pertenezco. Sí. Los quería a ambos.

—Sí.

El hombre que se arrodillaba en el suelo era mío, también. Ambos me pertenecían.

Mis tobillos fueron puestos en libertad, y me dieron media vuelta para ver cara a cara al hombre que se encontraba detrás de mí. Me levantó del suelo y dio un paso atrás. No pude ver, puesto que soltaban mis muñecas. Bajé mis brazos y posé mis muñecas en mi cintura, agradecida al sentir el alivio en mis hombros cuando mi compañero me atrajo hacia él, sobre su regazo. Sentí la enorme cabeza de su pene rozando mi interior, y esa fue la última advertencia que recibí antes de ser levantada y penetrada con una estacada bestial.

Grité ante la sensación de su grueso miembro empalándome. ¡Era enorme!

Estaba tan atiborrada que mi sexo ardía, y tan excitada que no podía pensar, sino desear. Pero en poco tiempo, el placentero calor familiar de su líquido preseminal se extendió desde mi vagina hasta el resto de mi cuerpo, y me retorcí, ardiendo y fuera de control. Si no se movía pronto, comenzaría a rogarle.

—Ahora, serás reclamada. Para siempre.

Su voz resonó por todo mi cuerpo y, de alguna manera, supe lo que ocurriría a continuación cuando se inclinó hacia atrás. Se tendió de espaldas y me colocó sobre él, con mi trasero al aire.

Dos manos aterrizaron sobre mis nalgas desnudas y me sostuvieron con un agarre firme y lleno de deseo. Mientras me inclinaba hacia adelante sobre mi compañero, un segundo hombre introdujo aceite tibio dentro de mi orificio virgen, y yo gimoteé.

Esto era lo que había estado esperando, todo lo que había querido. Era para lo que ellos me habían estado preparando.

Mi compañero principal se movió debajo de mí, frotando mi clítoris contra su firme cuerpo, y me produjo escalofríos; estaba tan cerca del límite que me sentía como un animal salvaje, toda mi atención estaba puesta en la unión de nuestros cuerpos y en la sensación deslizante del segundo miembro sobre mi trasero.

A mis espaldas, una segunda voz, grave, firme y reverente habló:

—¿Me aceptas, compañera?

—¡Sí!

Traté de alzar mi trasero, de hacer que se moviera más rápido. Su líquido preseminal trazaba un rastro de humedad en mi nalga desnuda, y entonces sentí el estimulante fluido fundiéndose contra mi piel, excitándome aún más.

Me acosté sobre el pecho de mi compañero, mis manos elevadas al nivel de su rostro, y esperé que mi otro compañero me atravesara, me llenara, me hiciera estar verdaderamente completa.

Mi compañero tomó mis rodillas y se posicionó debajo de mis piernas, separando mis rodillas y levantando mi trasero en una posición perfecta para ser follada. Mis rodillas aún estaban flexionadas, y mientras él soportaba mi peso, yo estaba inclinada y lista para sentir el segundo pene inundándome.

—Date prisa. Hazlo ahora.

¿Aquella voz ronca era mi voz? No reconocía aquel sonido jadeante lleno de una sed desesperada.

—Tu impaciencia me complace, pero no intentes dar órdenes.

Una mano aterrizó sobre mi trasero desnudo con un sonoro golpe, y me estremecí mientras una sensación cálida y punzante se extendía desde mi trasero hacia mi clítoris. Moví mi trasero con deseos de que el hombre que estaba a mis espaldas me azotase una y otra vez.

Me relamí los labios, y mi cuerpo se contrajo alrededor del pene que

atiborraba mi sexo.

—Tómame.

Azote.

—Fóllame —rogué.

Azote.

—*¡Por favor!* —gemí, moviendo mis caderas para sentir el siguiente impacto de su palma. La combinación de dolor y placer ardiente era increíble.

Azote.

—“¿Por favor?” ¿Eso es todo lo que tienes para decirnos? —preguntó mi primer compañero, con su miembro enterrado en lo más profundo de mí.

Oh, sabía lo que quería; y estuve tentada a presionarlo más, a sentir el ardiente pinchazo de su autoridad sobre mi culo una y otra vez. El destello de dolor avivó todas mis terminaciones nerviosas e hizo que todo mi cuerpo se estremeciera con deseo. Pero no me atrevía a continuar, y estaba tan excitada que mi sexo incluso palpitaba; la necesidad de correrme me llevaba al límite del dolor. Los necesitaba a ambos dentro de mí. Necesitaba estar totalmente llena.

—Por favor, señor.

No me respondió con sus palabras, pero debió haber hecho alguna seña, pues la gruesa cabeza del miembro de mi segundo compañero hizo presión contra mi apretado botón de rosa, penetrando las paredes externas de mi culo virgen con bastante facilidad. Ahora sabía que el entrenamiento al cual había sido sometida valió la pena. El sonido que se escapó de mi garganta era uno que no reconocía. Luego de varias estocadas cuidadosas, aunque hábiles, su miembro penetró mi trasero totalmente.

Me quebré en el momento en el que sentí la conexión, me desmoroné y les di todo. No me guardé nada.

Me di por vencida completamente. Absolutamente. Mi cuerpo, mi placer, cada uno de mis jadeos les pertenecía.

Mientras mi cuerpo se tensaba y contraía alrededor de sus colosales miembros, los aromas y sonidos comenzaron a desvanecerse, como si estuviera caminando a través de neblina, esfumándose hasta que ellos... se hubieron ido.

Estaba sola. Vacía.

Mi sexo se contraía y palpitaba alrededor de la nada.

Intenté hacerme un ovillo, pero no podía moverme.

Fui volviendo a la realidad lentamente, necesité varios minutos para despertar de aquel extraño estupor y para descubrir que estaba atada a una mesa de examinación médica en la unidad de procesamiento terrestre del Programa de Novias Interestelares. Pestañeeé, volviendo en mí y regresando con la mujer junto a la cual había pasado tanto tiempo durante los últimos días.

La guardiana Egara me observaba con sus ojos oscuros y una tableta entre manos. Mi cuerpo se estremeció con una continua necesidad mientras las réplicas del orgasmo que había tenido aún sacudían mi sexo. La mesa de examinación se sentía fría, y la bata que tenía puesta estaba abierta por la parte de atrás. La prenda, de un color gris estándar, tenía réplicas en miniatura del logo del programa de Novias Interestelares por todos lados, siguiendo un patrón de color rojo. Me sentía como si estuviese vistiendo un fondo de pantalla.

—Muy bien, Hannah. El proceso de asignación ha sido completado.

La guardiana Egara era una mujer joven, con rostro severo, que se tomaba muy en serio su trabajo de unir a mujeres humanas con sus compañeros extraterrestres. Dirigió una mirada al equipo médico que se hallaba en la pared, sobre mi cabeza, y asintió a un asistente que usaba un uniforme gris; este, al entrar a la habitación, comenzó a disponer de los cables, tubos y sensores que habían conectado a mi cabeza y cuerpo para la evaluación de asignación.

—¿Qué fue eso? ¿Un sueño?

Me relamí los labios, los cuales estaban reseco por mis gritos al llegar al clímax. Quería saberlo. ¿Había sido un sueño? ¿Una fantasía? ¿Algún oscuro deseo que había enterrado hace tanto tiempo que ni siquiera sabía que existía? Acababa de soñar que había sido azotada y follada; y no solo por un hombre, sino por dos. También había tenido el orgasmo más grande de toda mi vida.

—Oh, no, querida —comentó la guardiana—. Esa fue la grabación del ritual de unión de otra novia humana. La grabación data de hace varios años y pertenecía a una novia que envié a ese planeta durante los primeros años del programa.

En el rostro de la guardiana Egara descubrí un atisbo de una sonrisa, la primera que había visto en ella desde que ingresé al centro de procesamiento, hace ya varios días. Estaba entregada a su trabajo. Se veía pensativa, como si tuviera un interés personal en la felicidad de cada uno de los guerreros sin

pareja que estaban en la galaxia.

—¿Quieres decir... yo? ¿Eso... eso ha...?

¿Qué estaba tratando de decir?

—¿Eso ha sido real?

—Oh, sí. Las Unidades de Procesamiento Neuronal utilizadas por el sistema de emparejamiento se integrarán en su cuerpo durante la fase final de procesamiento, preparándola para el transporte. Las UPN no solo la ayudarán a comprender y hablar su idioma, sino que también han sido reprogramadas para grabar su propia ceremonia de unión; así podrá ser debidamente documentada y empleada para ayudar a las otras novias en su propio proceso de asignación. Del mismo modo en el que la experiencia de la otra mujer fue utilizada para ayudarle.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y deseé que me hubiese dejado allí, en aquel país de los sueños, durante algunos minutos más. Quería más. Lo anhelaba.

—¿Mi compañero será así?

¿“Así” cómo? No estaba segura. No llegué a ver ningún rostro, pero simplemente lo sabía. *Sabía* que lo quería. O más bien, los quería.

¿Pero dos hombres? Eso me había confundido.

—Había dos hombres. ¿He sido asignada a dos hombres?

Negó con la cabeza.

—No. Ha sido asignada a un hombre solamente. Y su compañero principal será un guerrero, pero no será *ese* guerrero.

¿Qué significaba *compañero principal*?

Me estremecí y traté de imaginar lo que me ocurriría en el futuro. ¿Mi compañero sería así de grande? ¿Así de fuerte? ¿Sentiría lo que la otra novia había sentido? ¿Mi compañero querría incluir a un segundo hombre en nuestra ceremonia de unión? ¿Querría yo que él lo incluyese? Lo que acababa de experimentar sobrepasaba el deseo y rayaba en confianza total. Lujuria pura e implacable. ¿Me sentiría tan feliz como ella al ser reclamada?

Jamás me había imaginado siendo azotada. Solo lo había considerado como un castigo, así que jamás me habría ofrecido voluntariamente para *eso*. Para ser sincera, ni siquiera quería ser asignada a un compañero alienígena. Pero aquí estaba, atada a esta endemoniada mesa en el centro de procesamiento; y era mi culpa. Me había ofrecido voluntariamente a participar en el Programa de Novias Interestelares para ayudar a mi hermano

a saldar una deuda con unas personas muy peligrosas. Tenía tres hijos y una esposa, y si no conseguía una gran suma de dinero, entonces acabarían todos en la calle. O peor. Mucho, mucho peor. Mi empleo como maestra de preescolar apenas me daba lo suficiente como para vivir por mi cuenta. No tenía nada de dinero extra para mi hermano. Pero podía hacer esto.

Hasta este momento no había creído que hubiese alguna cosa placentera en el proceso de asignación. Había puesto en duda la capacidad del programa de novias para encontrar una pareja idónea para mí. Vale, ¿en serio? ¿Cómo podía saber un estúpido programa cuál de todos los hombres en la galaxia sería perfecto para mí? Jamás había hallado a mi hombre ideal en la Tierra, ¿así que cómo podrían encontrar a un compañero alienígena para mí en un planeta remoto?

El estremecedor placer que había sentido me daba esperanzas. *Muchas* esperanzas. Era la primera vez, luego de las últimas semanas, que sentía que, *quizás*, todo estaría bien. Quizás el haberme ofrecido a participar en el Programa de Novias Interestelares no había sido el error más grande de toda mi vida.

Error o no, la familia era la familia. Esta era la única manera de ayudar a mi hermano. Mi cuerpo y mi vida eran todo lo valioso que me quedaba. No era rica, pero era joven, fértil y soltera. Joder, estaba aburrída, mejor dicho. Había tenido tres parejas en cinco años y ninguno me había hecho correrme tan fuerte como acababa de hacerlo... y en una simulación neural. Con los recuerdos de otra mujer.

Dios mío. Quería escuchar una de esas voces graves y profundas a mis espaldas. Quería sentir una enorme mano envolviendo mi garganta y una tibia lengua acariciando mi clítoris. Quería ser sujetada mientras alguien me follaba desde atrás. *Quería...*

Mi monitor emitió un pitido y me sonrojé, pues sabía que iba indicando el aumento de mi ritmo cardíaco a medida que recordaba todo lo que me había sucedido. No, no me había sucedido a mí, sino a ella. A aquella mujer. Aquella a la cual la guardiana Egara había asignado a Prillon. La que había sido reclamada por un guerrero. Un guerrero enorme y fuerte con un miembro monumental. Su *compañero principal*. Sea lo que fuese aquello.

—¿Así que he sido asignada a ese lugar? ¿Al planeta de aquella mujer?

La guardiana Egara asintió secamente.

—Sí. A un guerrero de Prillon Prime.

¿Prillon Prime? ¿Había sido asignada a Prillon Prime? ¿Aquel planeta habitado por la raza de guerreros imponentes? Los folletos del programa decían que los guerreros de Prillon solicitaban novias mientras se encontraban en servicio militar activo. Eran una de las tres razas que mantenían a sus novias junto a ellos en las naves de guerra. En el espacio. En las líneas de fuego de la guerra entre las razas biológicas y el Enjambre, unas criaturas artificiales y razas de ciborgs que intentaban hacerse con el universo. Esta guerra, finalmente, había alcanzado a la Tierra, y la Coalición había aceptado protegerla solo con una muy estricta condición.

Novias. Mil por año. La mayoría de las novias de la Tierra provenían del sistema de justicia penal. Los políticos de la Tierra no estaban en contra de sacrificar *criminales* para alcanzar la cuota de novias alienígenas; pero aquí estaba yo, una voluntaria que esperaba no haber cometido el error más grande de su vida.

Recordaba haber leído que los hombres de Prillon se sentían extremadamente seguros de sus habilidades para cuidar a sus compañeras. En cualquier lugar. Los guerreros de Prillon jamás huían de ninguna batalla y eran la raza más temida de toda la Coalición Interestelar. Estaban en las líneas de fuego de la guerra y sus comandantes estaban a cargo de toda la flota interestelar.

Oh, por Dios. ¡No estaré en un planeta! ¿Iba a vivir en una nave espacial en medio de la nada, en donde luchaban de verdad contra otras naves espaciales? O contra ciborgs. ¡O como sea! El monitor de mi ritmo cardíaco comenzó a pitar de nuevo y, esta vez, no estaba sintiendo excitación. Era pánico.

Negué con la cabeza. Una, luego dos veces.

—No. Debe haber algún error.

—Error, ninguno. —Frunció el ceño—. Se estima que la compatibilidad con su pareja es del noventa y nueve por ciento.

—Pero...

Quería ir a Forsia o a los mundos gemelos de Ania y Axión, en donde vivían en ciudades rodeadas de restaurantes, fiestas y opulencia. No quería ir a un navío de guerra en el *espacio*.

—Silencio —pronunció la palabra secamente, siseando como un gato enojado—. Ya está hecho, el proceso de asignación ya ha sido completado. Ya ha firmado. Su familia ha sido compensada, como lo solicitó. A menos

que desee devolver los fondos, deberá cumplir su obligación legal con el programa. Ha elegido el protocolo de asignación. Debe respetar los resultados.

La guardiana Egara era bastante amable, tenía unos veinte años e, incluso, era linda, aunque un poco hostil. La comprendía. La mujer en la recepción me había dicho que no recibían muchas voluntarias. La mayor parte de las mujeres que la guardiana Egara procesaba eran criminales convictos, cuyas únicas dos opciones eran o apuntarse en el Programa de Novias Interestelares o ser condenadas durante mucho tiempo a prisión.

—Mmm. Me parece que añadiré este arrebato a sus datos. Su nuevo compañero debe ser informado de su impertinencia.

Mis ojos se abrieron y me quedé boquiabierta.

—¡Un momento! Jamás estuve de acuerdo con eso.

Impaciente, tiré del par de parches adhesivos unidos a mis sienes e hice una mueca cuando se enredaron en mi larga cabellera oscura. Se los pasé a la asistente, quien terminó de desconectarme y salió de la sala. La guardiana Egara debió haber comprendido que estaba a punto de meterle aquella tableta por el culo, pues elevó una mano con ademán conciliador.

—De acuerdo, señorita Johnson. Tacharé eso de su perfil.

Tocó la pantalla nuevamente y frunció el ceño. Sus cabellos largos estaban recogidos en un moño apretado y la presión sobre su piel la hacía lucir aún más severa.

—Ahora, para que quede constancia, diga su nombre.

Respiré profundamente y solté el aire.

—Hannah Johnson.

—Señorita Johnson, ¿está o ha estado usted alguna vez casada?

—No.

—¿Tiene algún hijo biológico?

—No. —Puse los ojos en blanco.

Ya me habían preguntado esto. Había firmado esta porquería tres veces y estaba segura de que también estaba incluida en su tableta.

—Excelente. —Dio un par de toques a su pantalla, sin mirarme—. Debo informarle, señorita Johnson, que tendrá treinta días para aceptar o rechazar al compañero que le haya sido asignado por medio de los protocolos de asignación del Programa de Novias Interestelares.

Levantó la cabeza y me dirigió una sonrisa.

—Aunque, juzgando por estos resultados, pienso que eso será muy improbable.

No confiaba mucho en el programa que usaban para emparejar a las novias con sus compañeros, pero me garantizaron que la decisión final sería mía.

—Está bien.

—Cualquiera que sea su decisión, no podrá regresar a la Tierra. Si su nuevo compañero es intolerable, podrá solicitar un nuevo compañero principal luego de treinta días... en Prillon Prime. Puede continuar este proceso hasta que consiga un compañero que sea aceptable.

—Guardiana, solo quisiera saber...

Suspiró.

—Ya ha firmado los papeles, señorita Johnson, pero también me siento obligada a recordarle que, a partir de este momento, usted deja de ser una ciudadana de la Tierra para convertirse en una novia guerrera de Prillon Prime; y, como tal, está sujeta a las leyes y costumbres de su nuevo mundo.

—Pero...

—Hannah, ha sido asignada a uno de los guerreros más fuertes de ese mundo. Debería sentirse orgullosa. Sea de utilidad para él.

No estaba segura si la orden de la guardiana Egara debía animarme o asustarme, pero no tuve demasiado tiempo para ponderar sobre eso. No tenía ni idea de que conociera cosas personales sobre los hombres alienígenas a los que asignaba compañeras. Aparentemente, sabía más que yo. Quizás le agradaba más de lo que imaginaba. Si fuese una asesina en serie, demente, ¿me enviaría con este guerrero feroz? ¿Les decía alguna mentira a las mujeres acerca de lo fantástica que sería su pareja para que se sintieran entusiasmadas por dejar la Tierra?

La guardiana dio un paso al frente y empujó el costado de mi silla médica. Con una pequeña sacudida, una abertura de color azul brillante apareció en un lado de la pared. Aún sujeta fuertemente, no pude hacer nada cuando una jeringa larga y descomunal apareció. La jeringa estaba conectada a un largo brazo metálico que salía de la pared. Intenté retroceder y ella alzó la voz para que pudiese escucharla por encima del borboteo del extraño líquido que estaba debajo de mí.

—No se resista, Hannah. Ese dispositivo solo implantará sus UPN permanentes. No hay nada que temer.

Su sonrisa era fingida, sus labios se hicieron finos, pero por lo menos intentaba hacerme sentir más segura. Tuve la impresión de que ella no solía decir este tipo de cosas cálidas y cariñosas muy seguido.

Me metí dentro de la pequeña cámara y sentí primero el pinchazo de la aguja de un lado de mi sien, y luego del otro. Estaba muy segura de que aquel fuerte y extraño zumbido que sentía en ambos lados de mi cabeza me provocaría una migraña infernal. Resignada a sufrir los efectos de las UPN, sentí que me colocaron sobre una bañera con agua caliente, o algo así. Una luz azul me envolvía.

—Cuando se despierte, Hannah Johnson, su cuerpo estará preparado para las costumbres correspondientes de Prillon Prime y para las necesidades de su compañero. Él estará esperándola.

Demonios.

—¿Ahora? ¿Justo ahora?

Luché nuevamente contra las esposas que sujetaban mis muñecas a la mesa.

—¡Ni siquiera he dicho adiós a mi hermano! ¡Esperad!

Por alguna razón, mi enojo y frustración simplemente desaparecieron; era como si el baño caliente se los hubiera llevado lejos. ¿Qué narices había en el agua? Me sentía tan relajada, tan feliz.

Tan adormecida.

La voz recortada de la guardiana Egara fue la última cosa que oí, muy por encima del apacible zumbido del equipo médico y las luces.

—Su procesamiento comenzará en tres... dos... uno.

Todo se tornó negro.

CAPÍTULO 2



Comandante Zane Deston, Nave de Guerra Prillon, Sector 764

PODÍA SENTIR el amargo sabor del protocolo danzando en mi lengua mientras escuchaba a los guerreros reunidos alrededor de la mesa. Habíamos sido lo bastante afortunados como para derrotar contundentemente al enemigo, el Enjambre, en este sector hace ya más de un mes; y también lo bastante desafortunados para tener el honor de recibir al heredero de Prillon Prime, el príncipe Nial, a bordo en mi nave. Al joven príncipe se le debía asignar una compañera cuando regresase a nuestro mundo, y estaba retrasando lo inevitable durante la mayor cantidad de tiempo posible. Era un piloto muy habilidoso, pero sin experiencia. Quería tener una vida de combate, no la mimada existencia real que había experimentado durante toda su vida.

La nave de guerra Deston, llamada así por su comandante, era el único sitio en todo el universo en el que podía esconderse del Prime, su padre y el rey de nuestro mundo. Esta nave era el único lugar inmune a los largos y poderosos brazos del Prime.

Esta nave era *mía*. Ya que era un comandante con sangre de la realeza, ni siquiera la casa real podía arrebatármela. No solo era el primo del Prime, sino que también había demostrado mi valor en numerosas batallas. Aliados y enemigos por igual murmuraban mi nombre, temerosos.

A pesar de mi reputación a lo largo de toda la flota interestelar, me veía forzado a quedarme en este sector. Esperando. Una mujer, mi nueva compañera, la compañera que no quería ni necesitaba aquí arruinando mi vida

o mis rutinas, sería transportada pronto; y debíamos permanecer inmóviles para recibirla. Ni siquiera era yo quien había hecho la solicitud en el Programa de Novias Interestelares. Mi madre lo hizo, sin mi conocimiento ni mi autorización. Me había visto obligado a aceptar a una novia y elegir a un segundo. Si me hubiese negado, habría sido la deshonra de toda mi familia.

El hecho de que no deseaba a mi compañera era mi secreto, era una carga que yo tenía que soportar. La tripulación a bordo de mi nave estaba alegre por el retraso de nuestro regreso a la frontera, y entusiasmada por conocer a su nueva matriarca. Mi segundo, Dare, estaba ansioso por reclamar a una mujer y compartirla conmigo, tal como lo hacían los verdaderos guerreros. Tanto los guerreros principales como los secundarios compartían los placeres y responsabilidades de la mujer y su descendencia. Habíamos perdido demasiados guerreros en el combate, y la costumbre de compartir una compañera garantizaba que ninguna mujer emparejada se quedara completamente sola. Se prometían dos guerreros de un linaje familiar para cada vida, cuerpo y honor de una mujer. Si uno de ellos moría, entonces se nombraba a un nuevo segundo.

Había nombrado a mi segundo. Había participado en el proceso de asignación. Y ahora, todo lo que podía hacer era fingir que estaba satisfecho con el proceso y aceptar cualquier novia que me enviaran. Solo esperaba que fuese lo suficientemente inteligente como para no ser un estorbo, y lo suficientemente fuerte para aceptar mi naturaleza. Las novias de Prillon eran poco comunes y poderosas por sí mismas. Mi novia podría ejercer mucho poder, en caso de que fuera lo suficientemente digna como para que se lo diera. Quería una compañera que se sometiera ante cada una de mis necesidades, pero mis necesidades dominantes y básicas habían atemorizado a más de una mujer de mi mundo. No podía imaginarme cómo una frágil mujer terrícola tendría mejor suerte que ellas. Sabía que tendría que controlarme y esconder mi verdadera naturaleza si no quería acabar frente a una novia aterrorizada.

—Estoy segura de que su novia llegará en cualquier momento, comandante. La transportación debía haber sido emprendida hoy.

—Estoy seguro de que sus cabellos lucirán como hebras de oro y sus ojos serán de un color ámbar oscuro —habló Harbart desde su puesto de honor, de pie y a la derecha del príncipe Nial.

Harbart era un imbécil pretencioso, un viejo encorvado, una criatura no

dedicada al sagrado acto de la guerra, sino a las desagradables funciones políticas; en particular, al ascenso social de su hija como la prometida del príncipe Nial.

Gracias a los dioses por aquello. Si no fuese por el interés de Harbart en mi primo, Nial, entonces aquel viejo ponzoñoso me habría tenido a mí en la mira para emparejar a su hija. Ahora mismo, yo era el tercero en la línea de sucesión al trono. Necesitaba que Nial reclamara a una novia y comenzara a tener retoños lo más rápido posible.

—Gracias, Harbart.

Acepté sus buenos deseos y me recliné en mi silla de comando. En la mesa de la sala de conferencias estaban sentados seis de mis capitanes — todos guerreros formidables con cabellos dorados y ojos amarillos, típicos de nuestra gente— y el príncipe. Durante tres horas, habíamos revisado informes y repasado las preparaciones para la batalla. Todas las secciones de la nave se habían presentado. Todas las reparaciones habían sido hechas luego de nuestra última batalla con el Enjambre. Ahora, un batallón entero de cinco mil guerreros y diez naves estaban varados en el espacio esperando a una mujer. A *mi* mujer.

Me llené de espanto ante aquel pensamiento.

Harbart abrió su boca para decir algo, y capté la mirada de mi primer oficial, quien ponía los ojos en blanco mientras el *beacon* de comunicaciones emitía un sonido. La voz de mi oficial médico se escuchó en toda la pequeña sala de conferencias.

—Comandante, hemos trasladado a su compañera a la estación médica uno. Llegó hace algunos minutos, inconsciente, pero estable.

A pesar de mi falta de interés por tener una novia, sentía curiosidad respecto a la mujer que me había sido asignada. Cada músculo de mi cuerpo se tensó ante la necesidad de precipitarme a la sección médica e inspeccionarla. No podía hacer eso en este preciso momento. Si lo hiciera, cada uno de los hombres presentes en la sala pediría permiso para acompañarme. Preferiría pudrirme en los pozos de alquitrán de Prillon Prime antes que permitir que ese político miserable, Harbart, viera el cuerpo desnudo de mi novia. Era cierto que no la había solicitado, pero no por eso dejaba de ser *mía*. Solo yo podía verla, cuidarla y follarla.

La ceremonia de unión era sagrada y privada; solo a mis guerreros más cercanos, aquellos en los que confiaba con toda mi vida y la de ella, se les

permitiría ser testigos de la reclamación. Al ser testigos, se comprometían a honrar y proteger a mi nueva compañera como si fuese una parte sagrada de mí, como si fuese la otra mitad de mi cuerpo, la otra mitad de mi carne. Ofrecían sus vidas para protegerla. Y antes del comienzo de la ceremonia, necesitaba garantizar que ella nos aceptara a mí y a mi segundo, y que estuviera comprometida con nuestra unión. Las novias en Prillon jamás se veían forzadas a aceptar un compañero. Fruncí el ceño. Si no podía domar a mi nueva novia en los siguientes treinta días sin ahuyentarla, entonces no merecería que se quedara junto a mí.

A pesar del corto tiempo, primero asesinaría a Harbart antes de permitir que fuese testigo de aquel rito sagrado.

—Muy bien, doctor —respondí, con voz baja y pausada—. Nadie que no sea yo la verá. Iré con ella luego de mi reunión con los ingenieros.

—Bien, comandante.

La unidad de comunicaciones se cortó, y reinó el silencio en la habitación mientras los hombres me observaban con incredulidad.

—¿Por qué no va corriendo a su lado, comandante?

La pregunta indignada de Harbart me confirmó que había tomado la decisión correcta. El despreciable hombre no podía esperar a posar sus depravados ojos sobre mi compañera. Su clara envidia hizo brotar mi carácter posesivo. Para mi sorpresa, el deseo de una mujer que jamás había visto hizo que mi cuerpo subiera de temperatura, pero resistí el impulso de correr a su lado, de verla, de tocar su piel y reclamar su cuerpo con el mío. Había sido asignada a mí de entre tantos hombres en el universo. Sus deseos coincidían con los míos, y estaba ansioso por poner a prueba el éxito del programa. Quizás mi madre había tenido razón al forzar las cosas. El saber que mi compañera estaba a bordo de la nave hacía que mi mente se dispersara. La lógica insistía en que no necesitaba una novia, pero al tenerla tan cerca, mi cuerpo tenía otras ideas.

En cuestión de horas, el batallón entero sabría de su llegada, y la nave sería un lugar peligroso para mi nueva compañera hasta que la reclamase; en especial, con el séquito real de Harbart a bordo. Hubo un tiempo en el que robar mujeres había sido algo muy común en Prillon Prime, y algunos viejos idiotas, como Harbart, añoraban los días cuando los hombres tomaban a sus novias sirviéndose del poder de sus espadas o sus armadas.

Idiotas. Una gran cantidad de buenos guerreros habían muerto en los

brazos de sus nuevas novias antes de que aquella arcaica ley hubiese sido cambiada por el Prime actual, asesinado a manos de novias enojadas y violentas por la pérdida de sus compañeros asignados. Incluso ahora, me negaba a poner en peligro a mi novia mostrando demasiado interés en ella. Mientras más la valorara, mayor era la posibilidad de que fuese un blanco para los bastardos calculadores y sedientos de poder como Harbart. No era el único anciano ni el único político que estaba a bordo en mi nave. En lo que a mí respecta, todos podían pudrirse.

—No desatenderé mis obligaciones ni me distraeré solo por una compañera.

Me levanté de mi asiento, y los guerreros que estaban bajo mis órdenes siguieron mi ejemplo, excepto por el príncipe Nial. Mi primo me dirigió una sonrisa burlona.

—Ya lo veremos, primo.

Le devolví la mirada con un gesto amargado.

—Irás con Dare en la próxima misión de exploración, primo. Intenta no morir.

Dare era mi segundo y mi mejor piloto de combate. No confiaba en nadie más la protección del príncipe.

Nial sonrió. Harbart escupió protestas, y me retiré de la sala de conferencias para dirigirme al puente de mando de mi nave, dando órdenes a mi copiloto.

—Ahora que la transportación ha sido completada, no esperaremos más. Alerta a los capitanes. A prepararse para el despegue. Partimos hacia el frente en una hora.

—Sí, comandante.

Abandoné el puente de mando y me encaminé a las salas de máquinas de la nave para mi conferencia programada con los ingenieros. Hice todo mi esfuerzo por escucharlos, pero en lo único en lo que podía pensar era en la mujer que me esperaba en el área médica.

¿Cómo luciría ella? ¿Temblaría de miedo al verme por primera vez, como tantas mujeres lo habían hecho en mi mundo? ¿Se inclinaría y apartaría la vista con respeto por mis proezas en los combates y mi rango superior? ¿Se atrevería a desafiarme o se doblegaría a mi voluntad en todas las cosas? ¿Sería delicada y curvilínea, con grandes pechos, como las mujeres programadas en los simuladores de placer de la nave, o sería más bien esbelta

y fuerte, como las mujeres guerreras de mi planeta natal?

Cuando pedí por tercera vez que el mecánico de motores repitiera lo que había dicho, terminé la conferencia. Estaba harto de esperar.

El área médica no estaba muy lejos, y en cuestión de minutos me abalancé al espacio esperando encontrar a mi novia despierta y aguardándome.

En vez de esto, el doctor se precipitó a mi lado, frunciendo el ceño.

—Comandante, aún no ha recobrado el conocimiento.

Mi pecho se comprimió, invadido por un sentimiento desconocido, y miré al hombre con mala cara.

—¿Por qué no?

—Lo desconozco. Todos sus análisis parecen ser normales. Su nombre es Hannah Johnson. Viene de un lugar llamado Norteamérica. Y esto es interesante, comandante; es la primera novia voluntaria terrícola que he visto. La mayoría de las novias que vienen de ese planeta son criminales.

El doctor Mordin sostuvo su tableta de monitoreo para que la inspeccionara, pero no tenía interés en leer sobre ella en una máquina, ni me importaba de dónde viniese. Había estado junto a Mordin en numerosas batallas y lo consideraba como un amigo confiable. Si algo estuviera realmente mal con mi compañera, ya me habría informado. No me importaba lo que los burócratas del Programa de Novias Interestelares habían anotado en sus absurdos formularios. Ahora era mía, estaba aquí, y quería verla en persona.

—Llévame con ella.

—Por supuesto.

Se dio la vuelta y entró en una suite privada, por lo general, reservada para los miembros de la realeza que estuviesen de visita o para los oficiales de alto rango. Era la única sección privada en la estación médica, y agradecía su discreción.

Me quedé en la puerta mientras él se apresuraba a llevar sus escáneres junto a la cabecera de mi novia. Con los brazos cruzados, le permití terminar sus análisis. No podía verla muy bien, pues el hombre tapaba mi vista. A pesar del hecho de que ahora tenía una novia, gracias a la interferencia de mi madre, encontré que me sentía muy... interesado desde que había arribado. Ansioso, incluso.

—¿Se encuentra bien?

—Parece estar sana y salva, pero no puedo efectuar un diagnóstico de reproducción completo hasta que se haya despertado.

—¿Alguien ha venido a indagar sobre ella?

La sonrisa del doctor estaba llena de malicia, y me sentí agradecido por poder considerarlo como un amigo leal y confiable. No solo estaba entrenado para sanar, sino también para matar; y era un guerrero temible.

—Ah, la mascota del príncipe estuvo aquí, pero hice que se fuera.

Sentí cómo la sangre me hervía en las venas.

—Excelente. Gracias.

Asintió una vez.

—Ha sido mi honor, comandante.

—Déjanos solos.

Sonrió.

—Por supuesto.

Esperé a que la puerta se cerrara tras de él para dirigirme hacia la pequeña camilla en la que mi novia dormía.

Esperé encontrarme con cabellos dorados y ojos ambarinos. Pero la cabellera de mi compañera era larga, recta y de color oscuro, como la noche, con mechones resplandecientes que lucían suaves al tacto. Inusual, pero incalculablemente hermosa. Unas cejas oscuras se arqueaban sobre sus delicados ojos y unas pestañas oscuras reposaban sobre sus pálidas mejillas. Su piel era la piel más pálida que había visto jamás, mucho más blanca que mi tez oscura. No podía dejar de observar sus carnosos labios rosas ni la pinta de rubor sobre sus mejillas. Anhelaba ver sus ojos, descubrir si eran tan exóticos como sus cabellos oscuros y su piel lisa.

Una manta la cubría, y la retiré con gentileza para inspeccionar el resto de ella. Su cuerpo desnudo era espléndido y curvado, sus senos eran grandes, con unos tentadores pezones color rosa oscuro. Cualquier rastro de vellos que pudiese haber tenido en su cuerpo había sido eliminado, según nuestra costumbre, dejando su piel desnuda y lisa.

Mi miembro se despertó, levantándose en señal de bienvenida y listo para reclamar lo que era mío. Era tan pequeña, tan diminuta en comparación conmigo y con mi segundo. ¡Esto no estaba bien! El Programa de Novias Interestelares debía haber cometido un error.

Alejé de mí una oleada de decepción cuando vi su tamaño. Necesitaría ser cuidadoso con ella. Delicado. Como comandante, estaba a cargo de esta nave

y de toda una flota de otra nave. Tenía poder y control que ejercía con férreo dominio. Quería tener la libertad de ejercer esa misma intensidad de poder sobre su cuerpo. Mirándola, me daba cuenta por primera vez de que necesitaba descargarme y hacer mucho más con mi nueva compañera. Pero ella no era de Prillon, y era tan pequeña que suponía que liberar todo mi placer seguramente la lastimaría. Así que sería cuidadoso. Delicado. Teniendo siempre en cuenta su tamaño y su diminuto cuerpo.

Coloqué la manta sobre ella nuevamente. La quería, pero no la tomaría así. Quería ver cómo sus ojos se abrían cuando sintiera cómo mi pene la penetraba por primera vez, quería escuchar sus gemidos de placer mientras la hacía correrse. Podría controlar mis impulsos de dominancia y aun así follarla. Buscaría placer en su cuerpo —con mucha frecuencia—; y entonces, sabría que mi segundo y yo seríamos quienes se lo darían.

Inclinándome sobre la mujer, metí los extremos de la manta alrededor de sus hombros. Levantando la vista, descubrí un par de ojos observándome; el iris era de un color marrón oscuro, tan oscuro que era difícil de distinguir del centro de sus ojos.

Mi corazón dio un vuelco. Un guerrero feroz como yo no debería tener una reacción tan visceral ante una pequeña mujer. Me congelé, no quería asustarla. No sabía cuál era el tamaño de los hombres en la Tierra, pero mi tamaño era colosal para un guerrero de Prillon. Ya despierta, lucía mucho más pequeña y frágil, mucho más impactante y extraordinaria.

—¿En dónde estoy?

Me miró, pero no entró en pánico ni intentó escapar. Su voz era melódica y hermosa, y no titubeaba ni temblaba de miedo. Era muy tranquilizadora.

—Estás a bordo de una nave de Prillon, en la estación médica.

Eso hizo que sus ojos se abrieran de par en par, e hizo un esfuerzo por sentarse hasta que su espalda tocó la pared. Presionaba la manta contra su pecho.

—¿Estación médica? ¿Estoy en una nave espacial? ¿Eres un doctor? Oh, por Dios. ¿Está él aquí?

—¿Quién?

Me senté en el borde de la camilla y me sentí encantado cuando no se alejó. Quería tocarla. En todas partes. Ahora que estaba despierta, quería explorarla, descubrir si su cuerpo era tan suave como lucía. Me preguntaba cómo sería su sabor, si sus pezones se endurecerían al contacto con mi lengua

de Prillon, si su sexo sabría tan dulce como me lo esperaba.

—¡Mi compañero! La guardiana Egara dijo que mi compañero es uno de los guerreros más fuertes de Prillon Prime.

Su mirada se cruzó con la mía, y sus ojos se abrieron.

—Sí, lo es.

Mi pecho se hinchó con orgullo. Así que mis proezas en la batalla habían recorrido tal distancia y llegado a oídos del nuevo planeta bajo la protección de la Coalición, la Tierra.

—Él... ¿es tan grande como tú?

Se relamió los labios, y yo acallé un gruñido. Sabía que no se estaba refiriendo a mi pene, pero ese fue el camino al que mis pensamientos se dirigieron. Mi miembro era... grande, como ella descubriría pronto.

Mis ojos se pasearon por su rostro, a lo largo de la línea de su pálido cuello.

—Sí. Luce como yo. ¿Me encuentras poco atractivo?

Esperé con paciencia mientras ella examinaba las toscas facciones de mi rostro y mandíbula. No era azul o verde, como algunos de los hombres de los otros planetas de la coalición, pero quizás era diferente a los hombres de su planeta.

—¿Podría ver tus manos? —preguntó.

Con curiosidad, estiré mi mano al frente y vi cómo su rostro cambiaba de un color pálido a uno rosa. Extendió su mano hacia mí tímidamente, pero la retiró antes de hacer algún contacto. Mis manos tenían el doble del tamaño que las de ella, pero anhelaba sentir su roce vacilante.

Un extraño color rosa sobre su piel se extendió desde sus hombros hacia su cuello y mejillas.

—¿Por qué observar mis manos hace que tu piel cambie de color?

—¿Qué? —Se sobresaltó y rompió el contacto visual con mis manos para mirarme—. No es nada. Es solo... estaba recordando algo.

Sostuvo la manta bajo sus brazos y alzó sus dedos para explorar los costados de su cabeza, en donde noté unas cicatrices muy claras en ambos lados de su sien.

—¿Sientes dolor? ¿Los implantes neuronales te causan molestias?

Si mi novia sentía dolor, entonces traería de vuelta al doctor de inmediato. Cuidaba lo que era mío, y descubrí que sentía una necesidad inesperada e instintiva de proteger y cuidar a la pequeña humana que estaba

ante mí. Debía protegerla, incluso de mí mismo.

—No. Realmente no. Se siente como un leve zumbido en mi cabeza. —
Frunció el ceño y presionó su piel con sus dedos, trazando los bordes de los delgados implantes incrustados de manera permanente en su cráneo—. Pero puedo entenderte, así que supongo que funcionan.

Cada uno de los miembros del ejército de la Coalición Interestelar tenía estos implantes. Estaban programados para el lenguaje y ayudaban al cerebro con operaciones complejas. Los implantes eran algo vital para nuestra flota y permitían que la comunicación y entendimiento entre los dos mil planetas miembros de la coalición fluyese con más facilidad.

Posó sus manos sobre la camilla que estaba a su lado y me miró.

—¿Cuándo lo conoceré?

—Muy pronto. ¿Tienes miedo?

Se mordió su labio.

—Un poco.

Sus ojos recorrieron mi rostro, deteniéndose en mis ojos y en los bordes de mis pómulos.

—¿Me veo diferente a los hombres de la Tierra? —pregunté.

Ella lanzó un suspiro.

—No. En realidad no. Eres mucho más grande y tu rostro tiene facciones más duras. —Alzó su mano hacia mí, como si quisiera explorar la forma de mi rostro, pero la bajó y posó sobre su regazo antes de rozarme. ¿Por qué tenía tanto miedo de tocarme? Ah, sí, no sabía que era su compañero—. Tu piel es un poco diferente. Es más oscura, como si hubieras estado al sol.

—Es tu piel la que cambia de color —respondí.

Vi cómo su pálida piel cambiaba de color nuevamente.

—Eso se llama ruborizarse. Lo hago... cuando estoy nerviosa o avergonzada.

—Ah.

Aquello era una reacción corporal razonable, algo que me ayudaría a conocer el estado de ánimo de mi compañera.

—¿Qué sucede cuando te excitas?

Ella... se ruborizó aún más con un maravilloso color rosa.

—Yo...

Las palabras se quedaron en su garganta cuando nuestras miradas se cruzaron, y ya no podía esconder mi urgencia de tocarla. Envolvió sus brazos

alrededor de sus senos, alarmada.

—¿Eres él, no es así? Tú eres mi compañero.

—Sí, Hannah Johnson de la Tierra. Soy el comandante Zane Deston. Eres mía.

Me incliné y tomé sus pequeñas manos en las mías, sosteniéndolas sobre su regazo mientras cerraba distancia entre nosotros. El doctor regresaría pronto, pero mi deseo por ella sobrepasaba mi autodominio. No podía esperar más.

—Y tendré una probada de ti ahora.

CAPÍTULO 3



Hannah

MI NUEVO COMPAÑERO ERA ENORME, mucho más grande que cualquier humano con el que hubiese salido antes; medía casi dos metros de alto y tenía hombros y piernas monumentales. Vestía una armadura color café pardo y negro, con un patrón camuflado, similar al que el ejército usaba en la Tierra. No lucía delicado en lo más mínimo. Sus ojos eran de un color ámbar oscuro, y se veían asombrosos en su rostro. Las facciones como sus mejillas, nariz y mandíbula eran, quizás, un poco más toscas que las de los humanos, pero eran extrañamente atractivas. Su mirada era atenta e intensa, y podía ver deseo en ella, deseo puro y descontrolado; mis pezones se endurecieron bajo la manta mientras sus grandes manos cubrían las mías. Aquel hombre sublime era mío. ¡Mío! Lucía tal como lo que era, un predador. Un guerrero. Alguien que podía mantenerme a salvo.

Mis manos estaban acorraladas en mi regazo; mi nuevo compañero las tenía bien agarradas mientras se inclinaba para *probarme*. No estaba del todo segura de lo que aquello significaba hasta que sus labios chocaron contra los míos, y su larga y áspera lengua invadió mi boca.

Su beso —el de Zane— no era como el de los de los hombres de la Tierra a quienes había besado antes. Apoyó mi cabeza contra la pared y exigió una reacción, sosteniéndome, mientras se adentraba y exploraba mi boca. Su beso hizo que me faltaran el aire y el entendimiento, mientras su peculiar lengua larga se enredaba con la mía y tiraba de ella con suavidad.

Podía imaginarme toda la extensión de su lengua dentro de mi vagina, tanteando mi punto G hasta que me hiciese gritar, o moviéndose bruscamente mientras lamía mi clítoris. Podía imaginar su áspera fibra lamiendo y chupando mis pezones mientras su miembro me llevaba al borde del dolor y sus enormes manos me sujetaban para que no pudiese moverme, para que no pudiese resistirme.

Todo mi cuerpo se sentía como un cable de alta tensión, extremadamente alerta y tan consciente de mi compañero que casi no podía respirar. Su beso hizo desaparecer mi resistencia, y no traté de resistirme ni de luchar contra su dominio. En vez de eso, acepté con agrado la agresiva presión de su lengua en mi boca y el firme agarre de sus manos sobre las mías. Mi feminidad se contrajo, ondulándose por el calor; y la húmeda evidencia de mi excitación bañó mis muslos rápidamente. Varios recuerdos invadieron mi mente por el exótico aroma de su piel, y mi cuerpo reaccionó como si todavía estuviera en el simulador de emparejamiento del programa de novias, sintiendo el contacto con la piel de otro guerrero.

Él podría tomarme justo aquí, justo ahora; y no estaba segura de tener la voluntad de hacer que se detuviera. Este guerrero era mío. Mío. *Mío*.

No pude contener el débil gemido que se escapó de mi garganta, así como tampoco pude hacer que mi corazón dejase de latir tras mis costillas como una criatura salvaje. Su degustación seguía y seguía, hasta que comencé a jadear y a dejarme caer, sin fuerzas, en sus brazos.

Este era mi compañero, mi pareja, el *único hombre* de todo el universo que se suponía era perfecto para mí. Toda la esencia femenina en mi interior quería rendirse ante él, quería dejarse llevar y permitir que alguien más me cuidara por primera vez en mi vida. Ya había tenido antes la necesidad de someterme, y resultó en una catástrofe. Mi novio anterior en la Tierra se había aprovechado de mí, me había usado y nunca se preocupó realmente por mi bienestar. Había hecho tantas promesas con su actitud de macho alfa y su dominancia sexual, que cedí y confié en él. Fui traicionada por este punto débil que tenía por los hombres agresivos que solo tomaban y tomaban, hasta que me dejaban totalmente destrozada.

Separé mis labios de los suyos, sintiendo miedo de él, de su poder instantáneo sobre mí y, aún más, sintiendo miedo de mí misma. No sabía nada de él. ¿Cómo podía confiar en él con tanta rapidez? Eso era estúpido y débil, así fuese mi compañero asignado. El sistema en el centro de

procesamiento de novias había indicado que este hombre, este alienígena, era perfecto para mí. Tenía una certeza de casi ciento por ciento. Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si hubiera dicho alguna mentira en su solicitud para el programa o resultaba ser un aprovechador, como todos los hombres que habían estado en mi vida? Al fin y al cabo, incluso mi propio hermano me había utilizado. Estuvo perfectamente feliz al permitir que me sacrificara y me convirtiera en una novia interestelar, pues eso significaba que no tendría que trabajar para saldar su propia deuda ni asumir las consecuencias de sus propios errores. Lo había hecho de todos modos; no por él, sino por mis tres sobrinas. Sin el dinero que podía entregarles, probablemente hubieran sido raptadas y vendidas por los criminales mafiosos a los que mi imbécil hermano debía dinero.

Intenté disminuir la velocidad de mi respiración y de mi corazón frenético. Todo en él me provocaba, inclusive su aroma, casi silvestre. No. ¡No! Los hombres no eran confiables. Tampoco lo era mi cuerpo, aparentemente. Me convertí en una traidora en tan poco tiempo, deseando entregarme a este inmenso alienígena y darle todo el control, mientras ladeaba mi cabeza sin pensarlo.

—Detente.

Apenas pude pronunciar la palabra, pero él se paralizó; su boca delineaba la curvatura de mi cuello; aquella áspera lengua me degustaba como si fuera su nuevo bocadillo preferido. Sentía cosquilleos sobre mi piel en todos los lados donde lamía. Apreté mis puños, sujetados bajo los suyos, mientras luchaba contra mi propio cuerpo. Lanzó un gruñido con descontento y se echó para atrás, mirándome a los ojos.

—No puedes mentirme, compañera. Puedo oler la dulce miel en tu entrepierna. Puedo oír cómo tu corazón galopa y ver cómo golpetea el pulso en tu cuello. Deseas esto. —Se inclinó hacia adelante para reclamar mi boca, nuevamente, posando sus labios sobre los míos—. Quieres que te complete y te haga mía por siempre.

Su voz ronca me hizo retorcer con deseo, pero había soltado ligeramente mis manos, y alcancé rápidamente a cubrir mis labios con las yemas de mis dedos antes de que pudiese tocarme.

—Apenas sé tu nombre.

Suspirando, se inclinó hacia atrás para sentarse derecho sobre la cama, de nuevo, y dejé escapar un suspiro de alivio.

—Eso es cierto, pequeña mía. Eres sabia. Tu cerebro solo sabe mi nombre, pero tu cuerpo sabe mucho más que eso. —Alzó una ceja—. Negarás que sea cierto, pero tu cuerpo me dice otra cosa. Como comandante, esta nave me pertenece. Soy el comandante Deston, pero tú y solo tú, compañera, puedes llamarme Zane.

—De acuerdo. Mi nombre es Hannah. No usamos nuestros apellidos en la Tierra, a menos que sea para algo legal o para alguna formalidad.

Zane asintió e intenté sonreír, traté de relajarme. Por lo menos, no me estaba presionando; aun cuando, quizás, quería que aquel beso continuara. Habría tiempo para eso... luego, pero ahora tenía algunas preguntas básicas por hacer. Eché un vistazo alrededor de la habitación, pero solo parecía ser una sala de hospital, como las de la Tierra. Nada extraterrestre.

—¿Realmente estamos en el espacio exterior?

—Sí. Hemos estado aguardando tu llegada antes de regresar al frente. Ahora que estás a salvo y a bordo, nos uniremos al resto en la batalla.

Toda la calidez que había inundado mi cuerpo me abandonó de inmediato. ¿El frente? ¿Una nave de guerra? ¿La batalla? Sabía que las novias en Prillon se quedaban en las naves de guerra. Lo sabía antes de venir hacia aquí. Pero la realidad de estar atrapada en una nave durante una batalla de verdad, en donde había explosiones y gente moría, repentinamente se hizo aterradora. Ya no era algo abstracto. Era peligroso, escalofriante y real.

—No puedo ir a la batalla. Debieron de haber cometido algún error al asignarme a mi compañero. Tengo que irme a casa.

Traté de moverme y de bajar de la cama, pero me di cuenta de que no iría a ningún lado, pues el enorme cuerpo de Zane bloqueaba mi paso. También recordé que debajo de la manta me encontraba desnuda. Él frunció el ceño, y aquella expresión hizo que sus facciones se volvieran como las de un predador. Atemorizada, sentí cómo mis ojos se abrían de par en par mientras intentaba alejarme de él. Esto parecía hacerlo enojarse aún más; sus ojos se oscurecieron y sus fosas nasales se hincharon.

—No vas a ir a ningún lado ni dirás nada sobre dejarme de nuevo. He probado tu deseo, Hannah. Somos muy compatibles.

—Pero... La guerra...

—Tienes miedo —comentó, observándome detenidamente.

—¡Claro que lo tengo! Estamos en una nave en medio del espacio, en medio de una guerra. No quiero morir.

Mi corazón latió fuertemente contra mi pecho y forcejeé en los brazos de Zane; el sabor amargo del pánico impregnó mi boca.

—Silencio. —Alzó su mano—. Hannah, estás perfectamente a salvo. Esta es una nave de Prillon. Mi nave. Nunca hemos perdido ninguna batalla, pequeña. No cuestiones mi habilidad para protegerte.

Negué con la cabeza, recordando de improviso cada escena de guerra en las películas de ciencia ficción.

—¿Y si la nave choca? ¿O si explota? ¿Qué sucedería si los alienígenas invadieran tu nave y tomaran prisioneros? ¿Y si me transportan a otra nave? ¿O si tus enemigos me capturan? ¿Y si mueres y otro hombre intenta tomarme?

—Soy tu compañero y no tendrás ningún otro. No hay lugar más seguro donde puedas estar, ni *nadie* con quien estés más segura que conmigo. Tu compañero. Y no tienes que preocuparte por quedarte sola. He elegido a un segundo, tal y como lo dicta nuestra costumbre. Siempre tendrás a alguien que te cuide y te proteja. Siempre —añadió, mientras acariciaba mi mejilla con uno de sus dedos—. He sido demasiado blando contigo. Ahora comprendo por qué se han hecho los protocolos para reclamar a una novia. No los romperé nuevamente ni te daré algún pretexto para elegir a otro compañero.

Tomó mi barbilla y la elevó, tocándola con su pulgar. No pude evitar que mi mirada se cruzara con la suya, ambarina.

—Perdóname, compañera. Te cuidaré ahora, como debí haberlo hecho desde el principio. No te fallaré otra vez.

Por alguna razón, sus volátiles cambios de ánimo, de agresivo sexualmente a enojado y, ahora, a esta ternura, hacían que mis ojos ardieran. ¿Qué rayos me sucedía? ¿Era la posibilidad de una muerte inminente? ¿Había sido el transporte? ¿Había revuelto mi cerebro? No tenía idea de qué decir, así que simplemente asentí.

—Buena chica.

Se puso de pie e, inmediatamente, extrañé la sensación de calidez de su pierna apoyada contra mi muslo a través de la manta. Cuando me dio la espalda, me relamí los labios, sobre los cuales persistía su sabor exótico.

Se dirigió hacia la puerta con determinación, aguardó a que esta se abriera y le asintió a alguien que yo no podía ver. Se dio la vuelta y otro hombre lo siguió hacia adentro de la habitación. Lucían similares en apariencia, pero el

otro guerrero de Prillon tenía los ojos gris oscuro. No usaba la misma armadura moteada que Zane, sino una de color verde oscuro con un extraño símbolo sobre su pecho que no reconocía.

—Este es el doctor Mordin. Terminará de realizar tu examinación médica ahora.

Me paralicé y me aferré con fuerza a la manta.

—Me han hecho un análisis completo en la Tierra. No necesito otro más. Han confirmado mi buena salud. Seguramente, os habrán entregado un reporte.

Zane se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—Hannah, me obedecerás en esto y permitirás que el doctor complete tu análisis. Debo cuidarte, y has viajado por tres centros de transporte para llegar hasta aquí. No pasaré por alto el tema de tu salud.

—Has dicho que debemos ir a la batalla. ¿No deberías enfocarte en cosas más importantes como limpiar tus pistolas láser o algo así?

Dio un paso hacia mí, así que tuve que inclinar mi cabeza hacia atrás.

—No sé qué es una pistola láser, pero eso no importa, compañera. No hay *nada* más importante que tú.

—Pero... pero me encuentro bien. Yo...

Me quedé sin habla cuando Zane emitió un gruñido.

—¿Te estás negando a obedecer?

El tono de voz de Zane era severo, pero podía ver que el doctor escondía una sonrisa burlona detrás de los extraños equipos que había traído a la habitación.

¿*Obedecer*? Se notaba que el poderoso *comandante* Deston no estaba acostumbrando a que le desobedeciesen, pero no quería tener a otro estúpido alienígena tocándome en este momento, ni siquiera porque fuese un doctor.

—No necesito una examinación.

—Estás actuando como una niña malcriada.

Me quedé boquiabierta.

—No, claro que no.

—Me doy cuenta de que necesitas una lección sobre la disciplina Prillon, pequeña mía. Había asumido que las reglas de sumisión habían sido incluidas como parte de tu preparación para el viaje, así como tu cuerpo ha sido preparado de acuerdo con nuestras costumbres.

¿Preparado? Fruncí el ceño, quité la manta de mi cuerpo y entonces miré

hacia abajo. Yo... yo no tenía nada de vellos en mis piernas. Nada de nada. Froté mis piernas entre sí y se sentían... tersas. Cielos, ¿qué otras cosas me habían hecho para *prepararme*?

—Eso debe corregirse de inmediato. En vez de *saber* lo que se espera de ti y obedecer, te *mostraré* lo que sucede cuando no lo haces. Eres mi compañera y, como comandante de esta nave, debo dar el ejemplo a mis guerreros. No toleraré a una compañera desobediente.

¿Qué demon...?

Atravesó la habitación en dos pasos y arrancó la manta de entre mis dedos. Solté un chillido, pero su estoico rostro se mostraba rígido y frío como el hielo, completamente impasible. Antes de que siquiera pudiese pensar en huir, me atrapó. Sin esfuerzo alguno me había elevado, dado la vuelta y colocado boca abajo sobre su regazo; mis piernas fueron aprisionadas debajo de su pierna izquierda, mi estómago estaba apoyado contra su pierna derecha y mi trasero desnudo apuntaba al aire como si fuese una niña traviesa esperando a ser...

Espera. ¿De dónde había venido ese pensamiento?

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame ahora mismo!

Estaba muerta de vergüenza. El doctor estaba de pie a mis espaldas y tenía una vista en primera fila de mi trasero y mi coño. Las piernas de Zane habían acorralado las mías con la fuerza de una firme montaña, y su brazo derecho descansaba sobre mi espalda desnuda, sosteniéndome.

—No me desobedecerás, compañera. No puedo permitir que hagas caso omiso de tu propia salud. Tampoco puedo tenerte dando vueltas alrededor de la nave faltándome el respeto frente a mi tripulación.

—Vale. Ya veo que vas en serio. Perdón. Solo deja que me levante.

Por toda respuesta, me dio un fuerte bofetón sobre mi nalga derecha. Dolió.

¡Me estaba golpeando!

—¡Ay! ¿Qué te has creído? Déjame...

Azote.

Ahora mi nalga izquierda dolía, también, y podía sentir cómo mi rostro se enrojecía. Mi sangre comenzó a hervir cuando me golpeaba una y otra vez con un ritmo continuo que hacía que el dolor sobre mi trasero pasase de un dolor ardiente a un escozor constante con cada golpe. Con espanto, sentí que el escozor se extendía por todo mi cuerpo, haciendo que me retorciera, no con

enojo, sino con deseo de tener contacto físico; de sentir más estímulos sensoriales, de querer más. Mis pezones se endurecieron y mi cuerpo se sentía como si estuviera a punto de saturarse por las sensaciones cuando cambió de táctica, dejando de golpearme para recorrer su enorme y cálida palma por encima de mi piel, delicada y tibia, como si estuviera acariciando a su gatita favorita. Lo hacía tan suave, tan gentilmente, como si fuese valiosa y frágil. Este cambio total me hizo enojar y sentirme confundida.

—Si hubieses guardado silencio ya habría terminado, compañera. Pero me has insultado, y ninguna novia guerrera de Prillon le habla a su compañero de tal manera. Me obedecerás en todo. No te degradarás ni te faltarás el respeto dejando que ese lenguaje obsceno salga de tus perfectos labios. Te cuidarás a ti misma como si fueses el ser vivo más valioso de esta nave, porque para mí, eso es exactamente quién eres.

Sus caricias me calmaron, pero sus palabras me hicieron sentir más incómoda que antes. No analicé el porqué, solo reanudé mis forcejeos. Me retorcí y, usando mis manos, me empujé contra la pared con todas mis fuerzas; pero era como si estuviese intentando quitarme una enorme roca de la espalda. No me estaba lastimando, pero no podía moverme.

—Esto es por esa boca sucia, pequeña.

Me azotó de nuevo, esta vez golpeando la parte de atrás de mis sensibles muslos, en donde se unían con la curvatura de mi trasero desnudo. Esa área era extremadamente sensible y el escozor que provocó su enorme palma hizo que mis ojos se humedeciesen. Continuó azotando mis muslos con fuerza, sin detenerse, hasta que las lágrimas corrían por mis mejillas y caí, lánguida, en sus brazos. Me sentía tan confundida, tan lastimada, y no comprendía por qué me había hecho algo así.

Cuando Zane finalmente soltó mis piernas no intenté moverme. No sabía qué hacer. El estúpido doctor seguía allí, observándolo todo, y me sentí perdida. Todo lo que quería hacer era acurrucarme en el regazo de Zane y hacer que me acariciara de nuevo, que me hablase en aquel suave tono de voz y me hiciera sentir que todo estaría bien.

¿Cómo podía querer que Zane me consolara, cuando era él la razón por la cual estaba tan molesta, en primer lugar? Estaba perdiendo la cabeza.

Él me dio la vuelta y me volvió a colocar sobre su regazo, hasta que me encontré justamente en el lugar en el que quería; el que nunca me hubiese atrevido a pedir: a salvo y protegida entre sus grandes, fuertes brazos. No

pude contener las lágrimas; él me sostenía en silencio mientras lloraba acariciando con su mano, suavemente, mi espalda desnuda de arriba abajo.

Pasaron varios minutos antes de que mi llanto se convirtiera en hipo y, luego, en quietos sollozos. Dejé de intentar descubrir qué me sucedía. Había sido transportada al otro lado de la galaxia, había dejado atrás todo lo que había conocido y me había despertado teniendo a un alienígena que me había besado hasta dejarme pasmada, y luego había azotado mi trasero desnudo solo porque había discutido con él y había dicho una palabrota.

Ahora que pensaba sobre lo del doctor, supongo que sí tenía sentido. Si fuese Zane quien hubiese cruzado la galaxia para llegar a la Tierra, habría querido que un doctor lo revisase allí. Me preocuparía por él porque me importaba. Eso tenía sentido. Aunque ¿cómo podía siquiera importarle si acabábamos de conocernos?

—¿Estás lista para permitir que el doctor te eche un vistazo? Necesitamos garantizar que estés saludable y que la transportación no haya causado algún efecto nocivo.

Su voz era dulce, pero había dureza en sus palabras. Sabía que, si me negaba de nuevo, estaría otra vez sobre su regazo recibiendo otro azote.

—De acuerdo. Sí.

—Buena chica.

¿Por qué su elogio me contentaba? ¿Por qué súbitamente *quería* complacerlo a él, quien era un completo extraño? Ah, sabía que siempre fui vulnerable ante un macho alfa, ante el deseo más básico y fundamental de tener a alguien fuerte cuidándome y protegiéndome. Pero había sido engañada por hombres en más de una ocasión. Y apenas conocía a Zane. ¿Por qué mi cuerpo actuaba como si lo conociera, como si ya confiara en él? Mi cuerpo parecía tener voluntad propia, y no estaba segura de estar de acuerdo con él.

—Voy a tumbarte sobre la camilla. Relájate y deja que el doctor se asegure de que todo esté bien. —Su tono de voz era gentil y relajado, como si los azotes de hace algunos minutos nunca hubiesen ocurrido.

Asentí y me limpié la última lágrima, mientras él se ponía de pie conmigo en brazos. Me estrechó con delicadeza, como si realmente fuese preciada para él; luego se dio la vuelta y me acostó sobre mi espalda. No estaba tumbada sobre el cabezal de la pequeña camilla en donde había estado antes, sino en la parte baja, con mi trasero desnudo colgando del borde. Su brazo sostenía mis

piernas mientras el doctor sacaba dos estribos de un misterioso escondite secreto. Cuando el doctor asintió, Zane colocó mis pies sobre los estribos y dio un paso atrás.

Joder. ¿Un examen ginecológico? ¿Ahora?

CAPÍTULO 4



Hannah

ESTRIBOS. Mi trasero fuera de la camilla. Un extraño entre mis piernas.

Conocía muy bien este escenario. Por algunos momentos pensé en protestar, pero entonces me contuve para no terminar de nuevo sobre su rodilla. Mi trasero y muslos aún dolían por sus azotes profundos, y no quería más de aquello. Respiré hondo y solté el aire lentamente. Ya había pasado por esto antes en la Tierra, demasiadas veces. Joder, una vez al año desde que había cumplido dieciséis. Lo soportaría si hacía feliz al doctor, a mi compañero y si me ayudaba a largarme de esta estúpida enfermería.

El doctor se situó entre mis piernas, su rostro inexpresivo y profesional fue de ayuda.

—Intentaré hacer esto rápidamente, señorita Hannah.

Lo miré a los ojos por un instante y entonces alcé la vista hacia el techo de metal, percatándome de los remaches que lo mantenían en su lugar. Me negaba a mirar a cualquiera de los dos hombres.

—Vale.

Me tumbé, avergonzada, cubriendo mis ojos con mi antebrazo. Mi cuerpo desnudo estaba a la vista de todos y mi vagina estaba abierta y expuesta en el borde de la camilla frente a no solo uno, sino dos hombres extraterrestres desconocidos. Para empeorar la situación, mi trasero seguramente estaba colorado por los azotes que Zane me había propinado.

Escuché a Zane moviéndose, pero no tenía idea de lo que pretendía hacer

hasta que se sentó más arriba en la camilla y tomó mi cabeza, colocándola sobre su regazo. Abrí mis ojos y lo encontré observándome. Ignoraba al doctor olímpicamente.

—Dame tu mano, compañera.

No me había dado cuenta de cuánto consuelo necesitaba hasta que elevé mi mano izquierda y la posé sobre la suya. La estrujó con delicadeza y, de repente, ya no me sentía tan sola dentro de esta extraña nave llena de guerreros alienígenas.

—Adelante, doctor. Está lista.

No apartó su mirada de mí mientras hablaba con el otro hombre.

Ignoré las cálidas manos sobre mis muslos. Ignoré la fría sensación del lubricante médico que esparció alrededor de mi intimidad. Incluso ignoré la punta de un objeto frío y sólido que el doctor introducía dentro de mi vagina. Estaba esperando la habitual sensación de estiramiento del espéculo, pero me sobresalté cuando el objeto se encajó en lo más profundo de mí, presionando contra mi útero. Solté un jadeo en cuanto lo sentí.

—Quieta, compañera. Esto se va a acabar pronto.

La mano derecha de Zane descansó sobre mi hombro y, a medida que lo observaba, sus ojos se oscurecían con una expresión que ya reconocía en su atractivo rostro. Lujuria.

—¿Listo, comandante?

La pregunta del doctor me hizo parpadear, confundida. ¿Listo, para qué? ¿Estaba en sus costumbres que el doctor le hablase a Zane en vez de a mí? Era yo quien estaba desnuda, con mis piernas abiertas y un objeto grueso y sólido colmando mi vagina.

—Está lista —replicó.

—¿Qué? Pensaba que...

Jadeé cuando sentí un segundo objeto rodeando el botón de rosa entre las nalgas de mi trasero desnudo. El doctor introdujo algo pequeño, no más grande que una pajilla, quizás, dentro de mi estrecho orificio; y sentí una humedad brotando desde dentro, mientras algún tipo de líquido comenzaba a llenarme. *Allí.*

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, sacó el pequeño objeto y me di cuenta de que estaba sin aliento, apretando la mano de Zane con tanta fuerza que pensé que lo estaba lastimando.

—¿Qué clase de examen es este? No me parece que haya sufrido ningún

daño *allí* durante la transportación.

Los hombres me ignoraron, y el doctor dijo:

—No se mueva, señorita Hannah. No quiero que esto duela.

Con su advertencia resonando en mis oídos, permanecí completamente inmóvil mientras hacía presión en mi abertura vaginal con un objeto sólido y frío.

—Respira, Hannah.

Zane acarició mi hombro derecho con su mano a modo de gesto tranquilizador y traté de escucharlo mientras el doctor introducía el objeto dentro de mí. Hizo que me dilatara, pues mis tejidos y músculos inexpertos no estaban acostumbrados a tal invasión. Moví mi cabeza de un lado a otro mientras la presión continuaba lentamente.

—Zane, por favor —jadeé—. ¿Qué está haciendo?

—Lo está haciendo muy bien. Ya casi acabamos.

El doctor Mordin frotó la parte interna de mi muslo con ademán tranquilizador, pero me sentí tan humillada, tan desnuda, joder. Tenía un objeto enorme dentro de mi vagina y ahora otro, más pequeño, dentro de mi trasero. Jamás me había sentido tan llena, o tan dilatada, o tan expuesta.

Sentí al objeto deslizarse más allá de mis músculos internos y el escozor disminuyó. Eché un vistazo hacia abajo para ver mi vagina descubierta. Podía ver cómo un objeto largo y oscuro sobresalía de mí, pero tenía una forma extraña, con una parte similar a un gancho que se quedaba en el exterior y se curvaba hacia arriba. No estaba segura de lo que había introducido en mi trasero, pero podía sentirlo. Apreté mis músculos con fuerza alrededor de aquellos duros objetos.

Dios mío, podía sentirlo. Apoyé mi cabeza sobre el muslo de Zane y me volví para contemplar la pared plateada. No podía soportar ver a Zane a los ojos, tenía miedo de que viera lo que sucedía dentro de mí. Debería sentirme avergonzada. Debería estar enojada. Debería estar luchando contra esto.

En vez de eso, sentía cómo mi vagina se humedecía cada vez más, mientras anhelaba que el doctor moviese el duro objeto que había metido en mi interior. Quería que me follara con él, que lo sacara y me penetrara nuevamente mientras Zane miraba. Quería alzar mis caderas y rogarle al doctor que me pusiera sus labios encima mientras Zane me sujetaba. Este lado de mí, oscuro y necesitado, quería ser acorralado y tomado por los dos hombres; justo como en aquella simulación que había experimentado durante

el proceso de asignación. Quería sentir la lengua de Zane sobre mi pecho y su mano cogiendo mi garganta mientras el doctor me controlaba con sus artefactos y me hacía llegar al orgasmo.

Dios. ¿Qué me sucedía? Quizás los hombres tenían razón al estar preocupados y realmente había sufrido daños durante la transferencia. No tendría estos sentimientos ni pensamientos si no fuera así, desde luego. Gimoteé, sintiéndome tan avergonzada, humillada y confundida. No sabía qué hacer y tampoco sabía cómo enfrentarme a esta oscura revelación.

—Shh —me tranquilizó Zane—. Está bien, Hannah. Te cuidaré. Nadie te lastimará nunca más. Tienes mi palabra.

La dulce promesa de Zane amenazó con destruir mi débil autocontrol. Si solo pudiese creerle. Si solo pudiese confiar en él y decirle lo que mi cuerpo necesitaba, pero ya había escuchado las mismas palabras antes. De parte de un embustero y un infiel, un hombre que me usó para conseguir mi...

—¡Aaah!

Mi espalda se arqueó separándose de la camilla mientras aplicaba un fuerte movimiento de succión sobre mi clítoris. Jadeando, alcé mi cabeza para ver que la pieza curvada había descendido y ahora estaba acoplada sobre mi hinchado botón de placer. El dispositivo de succión estaba conectado al consolador negro por medio de un cable largo y flexible. El objeto vibraba y succionaba al mismo tiempo, y mi cuerpo estaba en llamas. Me estremecí y, mientras tanto, el deseo comenzaba a acumularse dentro de mí sin importar cuánto luchara para resistirme a él.

¿Qué coño?

—Esto no es una examinación médica —exclamé, tratando de recobrar el aliento—. Esto está mal. Muy mal. ¡Zane! —grité para hacer que se detuviera, pero en mi interior rogaba para que continuase.

Me sostuvo y se inclinó para darme una respuesta. Lo único que podía ver era su duro rostro.

—Debemos evaluar la reacción de tu sistema nervioso ante la estimulación sexual, compañera. Hannah, debes dejarte llevar. Necesitas correrte para el doctor.

—¿Qué? ¿Por qué? —jadeé, mientras el objeto comenzaba a vibrar con más rapidez. ¿Correrme para el doctor? ¿Tener un orgasmo mientras él...?

Dios mío.

El doctor sacó el dispositivo grande y ondulado de mi vagina y, luego, lo

introdujo de nuevo dentro de mí con una estocada larga y sin obstáculos. Una y otra vez. Mis caderas de alzaban de la mesa para coincidir con sus embestidas. No podía evitarlo. No podía controlar mi propio cuerpo. Me había dominado. Ya no era Hannah Johnson, de la Tierra. No era nadie. No tenía ninguna identidad. Era solo un cuerpo, solo una mujer que necesitaba llegar al orgasmo.

—Así es, Hannah. Déjate llevar.

Zane se inclinó y recorrió mi pezón con su larga lengua mientras la fuerza de succión sobre mi clítoris aumentaba. El doctor me follaba con el dispositivo negro, el largo cable conectado al dispositivo de succión se doblaba y flexionaba mientras se movía. Las sensaciones sobre mi clítoris no se detenían y mi cuerpo estaba tan tenso como una soga. Estaba al límite, y tenía tanto miedo que no podía respirar. No podía hacerlo. Era demasiado fuerte. Era demasiado grande como para poder soportarlo.

—¡No! Es demasiado. Zane, es... Oh, por Dios, no puedo...

Mi cabeza daba golpes contra su regazo. Mi piel comenzó a sudar y me sentía ardiendo y colorada por todos lados.

La mano derecha de Zane se deslizó hacia la cara interna de mi muslo y apartó mi pierna del estribo, abriéndome aún más, entregándome a las atenciones del doctor. Gemí y alcé mi mano libre para tocar sus cabellos, tirando de ellos y acercándolo a mí; aferrándome a él, mi única ancla en este huracán de sensaciones.

Zane apartó sus labios de mi pezón y comenzó a depositar besos a lo largo de mi pecho.

—Adelante, doctor.

—Sí, comandante.

Esas dos palabras fueron la única advertencia que recibí y, entonces, el doctor encajó el consolador en mi vagina con más fuerza y velocidad, con una sola mano y con la otra movió el objeto dentro de mi trasero. El sonido de mi deseo, húmedo y resbaladizo, inundó la habitación. La máquina conectada a mi clítoris aumentó su velocidad y Zane chupó mi pezón olvidado con más fuerza.

Mi cuerpo se hizo pedazos. Exploté, mis nervios estaban tan recargados que todo mi cuerpo se estremeció y, realmente, vi estrellas mientras mi vista se nublaba y se sumía en una negra oscuridad temporal. Los espasmos dentro de mi vagina no cesaban; se contraía alrededor del doctor, apretando el

dispositivo que había introducido en mi trasero. Estaba tan llena que me había corrido alrededor de ellos; me sentía tan dilatada, impotente y fuera de control. Algunos espasmos de tibio placer me hacían tensarme alrededor de los dispositivos una y otra vez hasta que me encontré agotada y débil; hasta que ya no tenía ánimos de apartar mi cabeza del regazo de Zane y, mucho menos, de protestar en contra del placer que acababa de experimentar.

Lentamente regresé a la realidad. El suave beso de Zane se sentía como una alabanza para mi pecho y mis hombros y, entonces, el doctor extrajo sus artefactos de mi cuerpo. Bufé cuando el que estaba dentro de mi trasero me abrió de par en par, saliendo de mí. De pronto, me sentí vacía mientras contraía mis músculos alrededor de... la nada.

El doctor salió de la habitación en silencio, dejándome con mi nuevo compañero y con el ardiente pinchazo de humillación que abrasaba mi rostro y garganta. ¿Qué demonios me sucedía?

Las lágrimas corrían en el rabillo de mis ojos, pero no tenía control sobre ellas ni tampoco algún lazo emocional. Era como si mi cuerpo estuviese llorando por decisión propia, por sentirse tan abrumado.

—Bien, Hannah. Bien.

Zane me envolvió en la manta y me atrajo hacia su regazo, justo en el momento en el que el doctor volvió a entrar. La tersa piel que había recibido el azote ardía y punzaba al rozar el áspero muslo de Zane. Me tensé y giré la cabeza hasta que el doctor estuvo delante de mí y colocó una pequeña caja en la mesa de examinación junto a nosotros. Mi atención se desvió de aquella caja, pues había traído algo más consigo a la habitación. Entre sus manos había una clase de cinta larga y de color negro. Lucía como un grueso lazo de satén negro.

—Ha pasado nuestros requisitos médicos, señorita Hannah. Los sensores indicaron que su sistema nervioso está funcionando a niveles óptimos y que está usted sana y fértil para concebir.

Quería decir algo impertinente, como *vaya, muchas gracias*, pero me mordí la lengua. Mi trasero estaba lastimado por dentro y por fuera también, y quería alejarme del doctor tanto como me fuese posible.

Los dos hombres se mantuvieron en silencio y, finalmente, alcé mi cabeza del pecho de Zane para echarle un vistazo a lo que el doctor sostenía ante mí.

—¿Qué es?

—Se ha ganado el derecho a ser una novia de Prillon. Felicidades,

Hannah. Y bienvenida, señorita. Una vez que haya reclamado su lugar entre nosotros, estaremos a su disposición. Todos los guerreros de Prillon la honrarán, lucharán por usted y morirán para protegerla.

Estaba tan confundida. ¿Me había ganado el derecho a ser una novia de Prillon por un orgasmo forzado?

Examiné el objeto, que se parecía mucho a un collar. Extendí mi mano hacia la del doctor y lo cogí.

—¿Qué hago con él?

—Debe colocar la cinta alrededor de su cuello y mostrarlo siempre. Es negro por el momento, señorita Hannah. Pero cuando escoja un compañero y acepte ser suya en la ceremonia de unión, su cinta adoptará el color de su compañero y funcionará como un sistema completo de regulación corporal prillón.

No sabía lo que aquello significaba. No por ahora. No podía comprender nada más.

Miré a Zane, apenas fijándome en la cinta color rojo intenso alrededor de su cuello. El collar estaba parcialmente oculto por su blindaje. Aparté la mirada, sintiéndome incapaz de absorber más información nueva.

—¿Podemos irnos ahora? ¿Por favor?

Me acarició el brazo.

—No puedo sacarte de la sagrada estación médica hasta que te pongas el collar alrededor de tu cuello. Sin él no estarías protegida, y cualquier hombre podría intentar reclamarte.

—Pero si es negro entonces significa que aún no he escogido, así que ¿cuál es la diferencia?

El doctor rio por lo bajo.

—La diferencia, señorita, es que un collar negro significa que se encuentra en un período de reclamación activo con un compañero y su segundo.

—Sigo sin comprender qué importa si no he elegido a alguien.

—Hannah, significa que te he escogido yo. —La mirada de Zane se cruzó con la mía y la dominancia pura que vi en sus ojos hizo que se liberaran mil mariposas en mi estómago. Ningún hombre me había mirado de esa manera, como si fuese la única cosa en el universo que importara.

—Si algún hombre se atreve a tocarte o faltarte el respeto de alguna manera, lo retaré a un duelo a muerte. —Esta vez, el gruñido de Zane me hizo

sentir apreciada y especial, porque sabía que todo aquel fuego y aquel primitivo instinto protector eran para mí. Su pulgar recorrió mi labio inferior mientras susurraba, haciendo una promesa solemne—. Solo mi segundo y yo pondremos nuestras manos sobre tu hermoso cuerpo, Hannah mía. A cualquier otro le mataré.

¿Segundo? Eso ya lo habían mencionado varias veces, pero antes de que pudiese preguntar qué significaba aquel término se abrió la puerta de la habitación. Me puse rígida cuando dos guerreros más entraron. Uno de ellos era joven y bastante guapo. El otro parecía ser un anciano de su raza; su rostro era arrugado y tosco, y su color de piel era opaco, no como el color dorado bronceado de Zane. La fría expresión sobre el rostro del anciano al observarme me hacía querer subirme a mi compañero y esconderme detrás de su enorme y formidable cuerpo. Me aferré a mi manta con mucha más fuerza.

El hombre mayor habló y me tensé al escuchar sus palabras.

—¿Hemos llegado demasiado tarde para el examen médico, comandante? Como el consejero personal del príncipe Nial y el honorable padre del futuro Prime, realmente estaba deseoso de compartir la alegría de los protocolos del procesamiento de la novia.

Me miró de reojo, y la forma en la que me miraba era cualquier cosa menos amigable. Estaba claro que quería observar, vale. Y no porque le importara mi salud.

La tensión que mi compañero sentía sobre su pecho se trasladó a mi cuerpo agotado, y comencé a temblar en sus brazos.

—La examinación ha acabado, Harbart. Mi novia está sana e intacta. Ahora la conduciré a mi cuartel personal sin más demora. Estoy seguro de que lo comprendes.

—Por supuesto que sí. Verdaderamente es una gran decepción. Tendremos que informar al Prime de que nos lo hemos perdido, ¿no, Nial? — Harbart dio un paso al frente, pero se detuvo cuando Zane emitió un gruñido de verdad. Harbart alzó sus manos como en señal de derrota, pero el destello que vi en sus ojos me paralizó mientras continuó—. Ah, comandante. No está usando su collar alrededor de su encantador cuello. ¿Entonces ya lo ha rechazado, efectivamente?

La tensión en el aire era tal que se podía palpar con las manos. Dirigí mi mirada a la cinta negra hecha de algún material extraño y rápidamente la elevé hacia mi cuello. No había ningún broche, pero tan pronto como uní

ambos extremos, estos se sellaron y acomodaron sobre mí; el collar adaptó su tamaño hasta que se sentía como una segunda piel.

Zane se relajó inmediatamente y sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo, también. Le había complacido, y esperaba de igual modo haber mosqueado al anciano desagradable que me observaba como si le hubiese arrancado su juguete favorito de las manos.

—Ah, me habré equivocado, comandante. —Se inclinó levemente, su larga túnica marrón tocando el suelo frente a sus botas—. Señorita. Bienvenida a la nave de guerra Deston. Espero con enorme interés poder conocerla nuevamente en cuanto tengamos ocasión.

Se dio media vuelta y me dejó sola con el doctor, el príncipe y mi compañero, quien prácticamente le gruñó al príncipe en el momento en el que la puerta se cerró.

—Aleja a ese hombre de mi compañera, primo, o le mataré.

El atractivo joven príncipe usaba una armadura similar a la de Zane, pero con tonos de marrón más oscuros y algo de negro. Era alto y fuerte, justo como mi compañero, y sus ojos eran amables y lucían interesados al mirarme.

—Bienvenida, señorita Deston.

Cuando permanecí callada, Zane me dio un empujón, justo lo suficientemente fuerte para que supiese que él esperaba que hablara.

—Gracias.

Era todo lo que podía soltar. Era suficiente.

Con una reverencia, el príncipe de Prillon Prime nos dejó a solas, y mi cuerpo se hizo un amasijo entre sus brazos. No tenía voluntad para oponer resistencia ni para colaborar mientras Zane me sostenía en brazos.

—Ah, comandante. Hay un último punto antes de que lleve a su compañera a su cuartel. —El doctor cogió la caja que estaba sobre la mesa—. Su examinación reflejó un problema que debe resolver.

Fruncí el ceño y sentí cómo Zane se tensaba a mis espaldas.

—¿Sí? ¿Cuál problema?

—Aunque su sexo ya ha sido vulnerado por otro, su trasero aún sigue sin ser reclamado. Es apretado y virgen.

Me ruboricé ante las palabras del doctor. Era cierto, no era virgen, pero nadie le había hecho *nada* a mi trasero hasta esta examinación.

El doctor sujetó la caja oscura y abrió la tapa para mostrarnos lo que

había dentro.

Me quedé boquiabierta cuando observé el arsenal de tapones anales. Supe inmediatamente lo que eran, pues, aunque era virgen, no vivía bajo una piedra. Mi corazón, que acababa de normalizarse luego del examen, saltó de mi pecho y no pude obligarme a mirarlos o a pensar acerca de lo que el doctor quería que Zane hiciese con ellos.

—¿Para... para qué los necesitas? —pregunté.

—Como parte de la ceremonia de unión, reclamaremos cada lugar de tu cuerpo. Tu boca, tu coño y tu trasero. Estos de aquí —Zane apuntó al contenido de la caja— te prepararán para que puedas acoger a un pene dentro de tu trasero. Mi responsabilidad como tu compañero es preparar tu cuerpo para que no sientas nada de dolor al momento de la reclamación, solo placer.

¿Reclamaremos? ¿Cómo en *nosotros*?

El doctor cerró la tapa con un clic y Zane cogió la caja.

—Gracias, doctor, por la preocupación sobre este asunto. Nosotros comenzaremos a prepararla tan pronto como estemos en mi cuartel.

Allí estaba esa palabra de nuevo. *Nosotros*.

El doctor inclinó su cabeza.

Zane se puso la caja bajo el brazo y miró hacia abajo, donde me tenía rodeada contra su enorme pecho.

—Hannah, ahora te llevaré a tus nuevos cuarteles.

Tragué en seco nuevamente e intenté convencer a mi estómago de que no necesitaba agitarse y afligirse. Zane me llevaría a sus cuarteles y me haría... cosas. Apreté mi trasero con solo pensar sobre aquella *preparación*. Mi mente me gritaba que corriese, que corriese hacia algún lugar muy, muy lejano; pero el collar en mi cuello emanaba calor y palpitaba, enviando una rápida ráfaga de placer a través de mi cuerpo.

No podía evitar ahogar un grito.

Las comisuras de los labios de Zane se curvaron.

—Veo que ya hay un vínculo entre nuestros collares, tal y como debería ser. Hannah, de ahora en adelante sentirás mi placer, así como yo el tuyo. El vínculo solo tiene la mitad de su fuerza por el momento; es temporal, pero cuando la ceremonia de unión haya sido completada, el vínculo será poderoso e inquebrantable. Ese es solo uno de los beneficios de usar el collar de tu compañero. No tengas miedo, mi pequeña humana. Solo te daré placer, incluso cuando ese lindo culo que tienes haya sido preparado.

Cuando la puerta se abrió y me tomó en brazos para caminar a lo largo de la nave, todo lo que pude hacer era resistir mientras mi cuerpo saboreaba aquel delicioso ritmo de su placer. Haría lo que quisiese conmigo; y estando atrapada aquí, en una nave alienígena en medio del espacio exterior, no había ni una puñetera cosa que pudiese hacer al respecto.

CAPÍTULO 5



Zane

EL RECORRIDO hacia mi cuartel fue silencioso. Hannah observó las elegantes paredes verdes de la sección médica de la nave, los tenues rayos de luz azul que iluminaban el piso. Cada sección de la nave tenía un código de color: verde para el área médica, rojo para el de batalla, azul para la sala de máquinas, y tonos tenues de marrón y anaranjado para las áreas comunes y cafeterías. Las paredes del puente de mando eran tan oscuras como el espacio exterior. Era difícil de creer que este fuera su primer vistazo de una nave en el espacio. No era cualquier nave, sino *mi* nave, y nos dirigíamos hacia el frente.

Las personas inclinaban sus cabezas con respeto mientras pasábamos; primero para mí y, luego nuevamente, en cuanto notaban el collar alrededor del cuello de Hannah, esta vez con sus ojos abiertos por la sorpresa. Ella no se dio cuenta de nada de esto, pues estaba asimilando su nuevo ambiente. Sus ojos se abrieron cuando dejamos atrás los corredores verdes y llegamos a las paredes anaranjadas que revestían el área de la nave de los cuarteles para los oficiales.

Hannah sostenía la manta como si fuese una capa, aferrándose a la parte de enfrente con fuerza, con un claro pudor. Aunque era crucial que ocultara la imagen de su cuerpo desnudo ante otros, le enseñaría que no había pudor entre compañeros. Su cuerpo era mío; y el segundo que seleccioné, Dare, nos esperaba en mi cuartel. Juntos compartiríamos a nuestra nueva compañera y le daríamos placer siempre y como sea que quisiéramos. Ella tenía tanto que

aprender, y esperaba con ansias poder enseñarle. Sabía que Dare también estaba listo.

Ella no había nacido en Prillon Prime. Hannah, con su larga melena de cabellos negros y ojos del mismo color, era la antítesis de la dorada novia promedio de mi mundo. ¡Era tan pequeña y curvilínea! Cualquiera novia que tuviese su inusual belleza llamaría la atención y sería un objetivo bajo cualquier circunstancia. Pero también era la novia de un comandante, lo cual la ponía en un lugar aún más peligroso. Hannah no podría ocultarse entre las masas. Cuando su emparejamiento haya finalizado, el color de su collar sería igual al mío y al de Dare. Eran de un color sangre intenso, tal como todos los collares de mi linaje familiar. Si quisiera, su collar podría ocultarse fácilmente bajo una vestimenta de cuello alto, pero, a menos que estuviese completamente envuelta en ropajes, ese marcado color aseguraría que la gente la advirtiera.

Mis nudillos se volvieron blancos por apretar la caja que sostenía. Mi madre no había analizado bien este emparejamiento. Ella pensaba en amor y nietos, no en los aspectos tácticos de la guerra. Tampoco conocía mis deseos más básicos. Sí, los guerreros de Prillon eran famosos por su virilidad, pero la mía tomaba un giro dramático. No podía apegarme tanto a esta mujer. No podía descargar todo mi deseo en ella, no sin lastimar su pequeño cuerpo.

Antes de haber sostenido en brazos a mi pequeña compañera, no me había preocupado sobre mi capacidad para mantenerla a salvo —de mí o de mis enemigos—. Tampoco había tenido ninguna inquietud ante la posibilidad de mi muerte. Me había burlado de la idea del código de Prillon Prime para los guerreros emparejados, aquel código de honor que exigía que seleccionáramos a un segundo dentro de nuestra línea familiar para nuestras compañeras; otro guerrero que la cuidaría y protegería para garantizar su seguridad y bienestar en caso de que el primer compañero pereciese.

Era ahora, cuando mi pequeña mujer se estremecía en mis brazos, con sus suaves curvas e inocentes ojos grandes, que reconocía la importancia de nombrar a un segundo. Como guerreros, la muerte era algo común, especialmente en el frente. Hannah necesitaba protección, sin embargo, como comandante, me vería forzado a irme de su lado con frecuencia, para correr riesgos que los otros no correrían. Me vería forzado a irme de su lado con más frecuencia de la que me gustaría. No podría garantizar su seguridad personalmente en todo momento. Mi segundo, Dare, estaría allí para ella en

mi ausencia. Si algo me sucediera, mi papel como compañero principal de Hannah, como padre de cualquier hijo que tuviéramos, recaería en Dare.

La idea de su cuerpo hinchándose con mi hijo dentro me hacía más deseoso de correrme en su coño, como un animal hambriento. Tendría que tener cuidado con ella, tantear sus límites lentamente. Mis características más dominantes seguramente la asustarían. Quería que me *quisiera*, no que intentara huir en la primera nave de transporte hacia el mundo natal de Prillon para solicitar un nuevo compañero. Instintos posesivos que nunca había experimentado recorrieron mi cuerpo, librando mi mente y corazón de cualquier confusión.

Hannah Johnson era *mía*, y haría lo que sea que tuviese que hacer para convencerla de que aceptara mi unión, incluso si eso implicaba esconder mi verdadero yo. Incluso teniendo a Dare para protegerla, sabía que *debía* renunciar a ella. Ser la pareja de un comandante era un asunto arriesgado, especialmente cuando se trataba de mí, pero, ¿cómo podía alejarme? Bastaba con lanzar una mirada hacia ella y ya lo sabía. Ella *era* mi compañera. *Ella era mía*. Nadie más, excepto por Dare, la tendría. Al verla corriéndose, al ver su excitación en forma de humedad escurriéndose alrededor de la sonda médica, al oler su dulce aroma, supe que no había vuelta atrás. La quería ver atada sobre la mesa en el nivel diecisiete de mi habitación secreta, desnuda, con pinzas sobre sus pezones y su coño atiborrado con un vibrador. Allí aprendería el verdadero significado de la palabra *obedecer*. Quería probarla, lamerla, rebozar cada estrecho orificio con mi semen mientras me llamaba *amo*.

Eso no sucedería. No podría suceder si quería conservarla. La conexión que sentíamos era demasiado fuerte como para negarla. En el momento en el que se colocó el collar alrededor de su cuello comenzó nuestro vínculo. Sentí su persistente placer, los vibrantes indicios de excitación que aún fluían en sus venas. Le había gustado el placer, aunque le desagradaba la manera en la que fue provocado. Le desagradaba que hubiese sido por medio de una sonda de examinación médica, y no por medio de mi boca, mis dedos o mi miembro. Si no le habían gustado un simple azote y un análisis médico, entonces, sin duda, tampoco le gustaría verse obligada a ser una sumisa total.

También me había desagradado su examinación médica, pero por una razón completamente distinta. No quería que el doctor viera su placer. Me conformaba con saber que estaba saludable, que se excitaba con facilidad, y

que estaba en el momento oportuno para tener hijos. Mordin había confirmado que hallaba placer al tener su trasero y vagina colmados al mismo tiempo, lo cual era un requerimiento para cualquier novia de Prillon. Solo hacía falta algo de preparación y estaría lista para tenernos a Dare y a mí dentro de ella. La reclamación no se celebraría hasta que lo estuviese.

Mientras tanto, podíamos follarla y prepararla. Era nuestro deber enseñarle a ser reclamada por dos hombres; sabía que las costumbres de la Tierra no lo permitían. Con eso era suficiente. Basándome en la manera en la que resistió a la examinación, supuse que se resistiría a Dare, que se resistiría a la idea de tener un segundo compañero. Por esto, le ordené que esperara en mis cuarteles. Si no podía aguantar a mi segundo, entonces jamás podría aceptar mis verdaderos deseos.

La reacción de Hannah ante su segundo compañero resultaría evidente dentro de poco. Y cuando la puerta se cerró a nuestras espaldas y, finalmente, estuvimos en la privacidad de mi habitación, Dare ya no era un desconocido. Se levantó del largo diván, enfrente de la pared en la cual se encontraban los monitores que ahora mostraban una vista del espacio.

Le eché un vistazo a la habitación rápidamente. Estos cuarteles eran nuevos, y la tripulación de la nave había llevado las pertenencias de Dare y las mías a nuestros nuevos cuarteles cuando Hannah había llegado. Había un área de descanso con un diván, dos sillones reclinables y un enorme sofá. Las paredes estaban recubiertas con un material suave con el fin de atenuar el aspecto austero de las duras y blancas paredes de la nave. Contrario a los cuarteles de los hombres solteros, las paredes estaban decoradas con imágenes de montañas y monumentos famosos de mi planeta natal. Una unidad Gen-S de gran tamaño estaba en la esquina del área de dormir, cerca de una cama que era tres veces más grande que cualquier objeto en el que haya dormido antes. Era lo suficientemente grande para los tres. Las mantas color rojo oscuro eran el color de mi linaje familiar, y habían sido puestas sobre la cama en señal de respeto por la siguiente generación que sería concebida aquí.

Mi mirada se posó en mi segundo, pero Dare solo tenía ojos para Hannah. Ella se había dado cuenta de su presencia en la entrada, pero cuando puse sus pies sobre el suelo no habló con él, sino que caminó hasta posicionarse frente al vidrio, viendo el espacio por primera vez, asumí. Mientras lo contemplaba, la manta se resbaló de sus hombros para revelar su pálida piel y la larga curva

de su cuello. Sus cabellos oscuros caían sobre uno de sus hombros, y la parte trasera del collar era visible.

Dare me lanzó una mirada y asentí una vez. Le oí suspirar, aliviado. El collar que estaba en el cuello de Hannah demostraba que se encontraba bien, pero también nos daba autoridad sobre su cuerpo durante los siguientes treinta días. Ahora que había aceptado el período de reclamación, nos pertenecía; por lo menos, durante un par de semanas. Nuestro trabajo era convencerla de que se quedara aquí por siempre.

Quizás había sido fortuito el hecho de que Harbart y el príncipe hayan llegado a la estación médica. Aunque no lo haya notado, se había puesto el collar como señal de confianza en mí. Sabía de manera subconsciente, por medio de nuestro vínculo, que la mantendría a salvo del detestable anciano de la corte.

Alcé la caja para que Dare la notara, y luego la coloqué sobre la mesa. Los ojos de Dare se abrieron al verla antes de bajar su mano para ajustar sus pantalones. La idea de entrenar y preparar a nuestra compañera era tan excitante para él como para mí.

—Es tan hermoso —murmuró ella.

Había visto aquel panorama durante toda mi vida y no veía nada inusual en él. Podía comprender su admiración, pero tendría el resto de su vida para observarlo.

—Hannah.

Cuando no se volvió, lo repetí.

—Hannah.

Dare se aclaró la garganta.

—Quiero que conozcas a Dare, tu segundo compañero.

Tal como anticipé, se dio la vuelta violentamente y miró a Dare y luego a mí.

—¿Mi segundo compañero? Perdóname, pero estoy confundida.

Un surco en forma de V invertida apareció en sus cejas.

Dare dio un paso al frente, inclinó su cabeza para mostrarle su más sincero respeto y la miró a los ojos.

—Hannah, me llamo Dare, soy el segundo que Zane ha nombrado.

Miró a mi amigo y primo lejano, la curva de su cuello era visible. Cómo quería besar aquella curvatura, degustar su piel en esa zona, sentir el rápido golpeteo de su pulso. Podía ver la sangre pulsando frenéticamente a través de

sus venas desde el otro lado de la habitación.

—¿Has dicho... segundo compañero?

Dare habló antes que yo.

—Las mujeres de Prillon tienen dos compañeros. —Dare ladeó la cabeza en mi dirección— Fuiste asignada a Zane por medio del programa de novias, pero él me escogió a mí como su segundo. He estado esperando todo este tiempo para conocerte, también. Y encuentro que eres preciosa, Hannah.

Ignoró el cumplido y rodeó el fornido cuerpo de Dare para estar frente a mí.

—Dijiste que te pertenecía.

—Y lo haces —respondí—. Pero he elegido a Dare como mi segundo, así que también le perteneces a él.

Tiró del collar en su cuello, pero no se movió ni un ápice.

—¿Y los collares? *Sentí* una conexión contigo. La guardiana Egara me aseguró que solo había sido asignada a un hombre. No fui asignada a dos.

—Eso es cierto. Fuiste *asignada* a mí. Solo a mí. Pero he escogido a mi segundo y, por esto, ahora estás emparejada con nosotros —clarifiqué, mientras Dare se posicionaba al lado de Hannah.

Alzó su nuevo collar, negro, por el momento, que descansaba sobre su palma. Cuando se dio la vuelta para mirarlo, me paré detrás de ella y posé mis manos sobre sus hombros desnudos mientras Dare hablaba. Estaba en medio de nosotros, justo en donde quería que estuviese.

—He estado esperándote, Hannah —murmuró—. Quería estar contigo cuando me pusiera esto y nos hiciera uno.

Dare ató el collar alrededor de su cuello mientras Hannah observaba. Los extremos se sellaron y se volvió de un color rojo intenso. Sentí la descarga eléctrica en mi cuerpo, y el grito sofocado de Hannah nos hizo saber que también había sentido la conexión. Podía sentir el aroma de su húmedo y deseoso sexo de una manera aún más evidente que antes. A su vez, ahora ella podía sentirnos a los dos y también nuestros deseos de darle placer. Los ojos de Dare se encendieron cuando sintió la primera vibración de la creciente excitación de Hannah. Sabía que podía olerla, también.

—Ahora te siento, compañera. Tú y yo estamos conectados, así como estás unida a Zane.

Hannah dio un paso atrás hasta que chocó conmigo. Envolví mi brazo alrededor de sus hombros para que mi antebrazo descansara debajo de su

mentón. Quería que supiera que estaba con ella, que siempre estaría con ella.

Levantó sus brazos y envolvió dos de sus pequeñas, temblorosas manos alrededor de mi antebrazo, pero noté que los pulsos acelerados de su corazón comenzaron a desacelerarse, y ella no me apartaba de su lado. Se aferraba a mí como si ya fuese su verdadera pareja, como si fuese su único refugio en la habitación.

—¡Pero no puedo tener dos compañeros!

Me incliné con ganas de enterrar mi cara en sus sedosos mechones de cabello e hice una pregunta presionando mis labios contra la parte de atrás de su cabeza.

—¿Por qué no?

—¡Solo no se puede!

Dare se cruzó de brazos y llamé su atención para asegurarme de que estuviéramos de acuerdo. Sí, tendríamos una discusión sobre esto —por poco tiempo— y entonces la persuadiríamos de otra manera para que aceptase la idea.

—En Prillon, esa es la única manera en la cual una mujer puede emparejarse —añadí.

—¿Por qué? —preguntó, con voz temblorosa.

Apoyé mi mejilla encima de su cabeza; Dare le respondió.

—Zane es el comandante de esta nave, de una flota completa de naves. Yo soy un piloto de combate. Si algo le sucediera a cualquiera de los dos en la batalla, necesitarías a un segundo compañero quien se asegure de que no te quedes sola y desprotegida. Somos una raza de guerreros, Hannah. No esperamos tener largas vidas y no le tememos a la muerte, pero sí creemos en salvaguardar a nuestras compañeras y nuestros niños. Nuestros rituales de emparejamiento han sido creados para protegerte. No serás una novia Prillon inferior al resto solo porque vengas de la Tierra. Se te dará la santidad de un vínculo doble para velar por tu futuro y por el de tus hijos.

—Entonces, he sido asignada a Zane, ¿pero ahora tengo que aceptarte a ti, también?

Dare sonrió burlonamente.

—Sería más sencillo si lo hicieras, pero indudablemente disfrutaré persuadiéndote, si es que tienes dudas. Solo piénsalo, Hannah. Dos hombres para atesorarte. Dos hombres que atenderán tus necesidades tanto dentro como fuera de la cama.

Sus manos apretaban mi brazo con más fuerza mientras pensaba en aquella posibilidad.

—¿Es normal que su piel tenga ese lindo tono rosa? —me preguntó Dare.

—Mmm, se llama ruborizarse. —Alcé mi cabeza y le di la vuelta en mis brazos para que pudiese apreciar cómo el color se extendía desde sus hombros desnudos, hasta su cuello y mejillas—. Sus pezones son de ese mismo color y, cuando se corre, su sexo tiene un color un poco más oscuro.

Su rostro se ruborizó aún más ante esas palabras.

—¡Zane! —clamó, muerta de vergüenza.

—No habrá secretos entre nosotros —dijo Dare. Tocó su collar—. No puede haberlos con los collares. Sé que la idea de estar con ambos asusta a tu mente, pero tu cuerpo está encantado con la idea. Puedo sentir el deseo de tu sexo y la pesadez de tus senos con los brazos de Zane apoyados sobre ellos. Y Zane también. —Dare lamió sus labios lentamente, como si no pudiese esperar para llevarse una de sus suaves esferas a la boca.

Ella quedó boquiabierta y se aferró a la manta con más fuerza.

—No te creo —susurró.

Dare se desabrochó los pantalones y sacó su pene. Hannah giró su cabeza y cerró los ojos.

—No necesitas verme para conocer mis sentimientos. —Dare asió la base de su duro pene y comenzó a acariciarlo, pasando su pulgar por encima de la hinchada cabeza.

Mientras mi collar estaba programado para silenciar los sentimientos de Dare, el de Hannah estaba programado para experimentar plenamente el vínculo físico con sus dos compañeros. Conocería la intensidad de nuestros deseos, de nuestras necesidades cuando tuvieran que ver con ella. No había lugar a dudas de que podía sentir la excitación de Dare, podía sentir la avalancha de placer que le producía con tan solo mirarla. Dejó escapar un jadeo y volvió la cabeza en su dirección mientras acariciaba su hombro desnudo con mi palma y susurraba en su oído:

—La conexión es poderosa, Hannah. No puedes negarla.

Dare continuaba acariciándose y ella seguía observándolo; su piel se ruborizaba con unos increíbles tonos oscuros. Su sexo estaba muy mojado por la excitación; podía olerlo en el aire. Su corazón palpitante, su trasero deseoso, el peso de sus pechos y la vibrante petición de su vagina... Todas las sensaciones me alcanzaban a través del collar con mucha precisión.

—No comprendo —replicó, con la voz ronca.

—Te adaptarás, Hannah, no solo al espacio, sino a Dare y a mí —le dije—. Solo el tiempo te dará el conocimiento que necesitas para aceptar tu nueva vida. Mientras tanto, empezaremos nuestra vida juntos como pretendemos vivirla de ahora en adelante. Quítate la manta.

Los ojos de Hannah seguían enfocados en la mano de Dare, quien acariciaba su pene.

—Hannah —le advertí—. Obedece.

Cuando una gota de líquido cayó desde la coronilla del miembro de Dare, Hannah se relamió los labios. El sutil aroma del líquido preseminal de Dare era un afrodisíaco, una herramienta excitante usada para provocar deseo y ansia en nuestras compañeras.

El hecho de que Dare estuviera acariciándose no solo mostraba a Hannah que sentía deseos por ella, sino que también le provocaba una reacción excitante hacia él. Una vez que el líquido preseminal tocara su piel, una vez que penetrara en su suave carne, la conexión entre los dos solo se fortalecería. Los sensuales efectos colaterales de las feromonas en nuestro semen crearían un vínculo más sólido cuando nuestra semilla estuviera en lo más profundo de ella.

La historia había probado que, incluso, si una mujer estaba poco dispuesta a follar enseguida, usualmente le permitirían al hombre, por lo menos, que mostrara su pene y, por ende, estaría expuestas a los efectos sexuales del líquido preseminal, así como Hannah ahora mismo. Ella no lo sabía, pero su conexión con sus compañeros había comenzado. Sentiría deseos por nosotros, su sexo estaría constantemente húmedo; su cuerpo, hambriento y en vilo. Nuestro deseo alimentaría el suyo propio a través del vínculo mental creado por el collar que usábamos. Su mente podía tratar de luchar contra nuestros deseos llenos de lujuria, pero el collar y la conexión que compartíamos era fuerte. Dare y yo éramos guerreros poderosos y ni siquiera nosotros podíamos contra ellos —y tampoco queríamos hacerlo—.

Algunas culturas sostenían que el vínculo era una forma de coacción; una manera de usar el cuerpo de una mujer en su contra. Pero ese argumento pertenecía a las personas de nuestro mundo que no tenían compañeras, pues una vez que conseguían una, ninguno quería renunciar al vínculo voluntariamente. Proporcionaba demasiado placer.

Hannah era mi compañera ideal. No había necesidad de que luchara

contra lo que, al fin y al cabo, le traería mucha felicidad y seguridad. Ni Dare ni yo queríamos perder tiempo antes de reclamarla. Ahora mismo la nave se dirigía hacia la guerra en el frente. Teníamos que franquear las defensas de Hannah rápidamente y con precisión. Solo cuando hubiéramos completado la ceremonia de unión y su collar se viera como el de nosotros, su seguridad sería garantizada.

Me aparté y la solté para cruzarme de brazos. Hannah permaneció en su sitio, observando cómo Dare acariciaba su miembro. No se movió; era como si no estuviera segura de lo que esperábamos de ella. Estaba más que dispuesto a remediar aquello.

—Date la vuelta, Hannah, y muéstrale a Dare tu culo. Deja que vea las resplandecientes marcas rosas de tu castigo.

Sus ojos se apartaron de las atenciones de Dare para fijarse sobre mí. Podía oír la insinuación en mi voz. Si continuaba desafiándome, le daría unas nalgadas otra vez.

No se movió y me acerqué un paso más, pero mantuve mi voz suave y gentil. No estaba enojado con ella y necesitaba asegurarme de que lo supiera.

—Quítate la manta.

Mientras tragaba en seco, soltó la prenda a la que se aferraba y esta cayó al suelo.

Dare gruñó al verla. Su cabellera oscura caía sobre su hombro para rozar su sonrosado pezón. Sus senos eran redondeados, bastante grandes, con rabillos largos y rellenos. Mientras los observábamos se iban convirtiendo en picos endurecidos. No era delgada como la mayoría de las mujeres de Prillon, sino delicada y redondeada. Su cintura tenía una ligera curvatura y sus caderas eran anchas; un magnífico y perfecto asidero para nuestras manos mientras la follábamos.

Más abajo, entre sus piernas, los resbaladizos pliegues de su sexo eran visibles. Brillaban, rosáceos e hinchados, debido al placer que sintió hace un rato. Se excitó aún más cuando el vínculo entre nosotros llameó. Sabía que estaba sintiendo mi deseo de lamer su sexo y oír sus dulces gritos mientras se corría sobre mi boca. La dolorosa sensación de llenura de mi pene también la alcanzaba a ella. Estaba tan duro como Dare, con ansias de hundirme dentro de su suave cuerpo. El aroma de su excitación se sentía con más fuerza ahora, dulce y potente.

Dare respiró hondo, y sabía que él también lo había notado.

—Muy bien, Hannah. Estoy orgulloso de ti por mostrarnos tu cuerpo. Lo que es tuyo, es nuestro —comentó Dare—. Nuestros pechos, nuestros pezones, nuestro sexo, nuestro culo. Incluso esas nalgas rojizas.

—Necesitaba algo de orientación adelantada —clarifiqué.

Mientras se revolvía, incómoda ante nuestras miradas, mantuvo sus manos fijas a sus costados.

—El doctor Mordin la encontró perfectamente saludable, aunque hay un problema. Su culo es apretado, demasiado estrecho para reclamarla adecuadamente.

Hannah negó con la cabeza mientras miraba nuevamente el miembro de Dare.

—Eso... no va a entrar. Claro que es estrecho, si es eso lo que el doctor usó como guía de comparación.

Sonreí burlonamente, y vi cómo Dare sonreía, también.

—Ah, Hannah. Me encantan tus cumplidos, así como a Dare, pero ya somos tus compañeros. Es innecesario.

Posó su mirada sobre mí.

—No lo decía como un cumplido —replicó—. Él es... ¡es enorme!

Comencé a desabrochar mis pantalones mientras hablaba. Podía sentir mi líquido preseminal goteando de la punta de mi miembro. Necesitábamos exponerla a su sutil aroma para lo que teníamos planeado hacer. Podía darle nalgadas, pero preparar su trasero sería más eficaz y mucho más gratificante para todos si ella lo deseaba.

—La polla de Dare es grande. —Desabroché mi pantalón y saqué mi miembro—. Pero la mía también.

Hannah quedó boquiabierta cuando vio mi pene. Había leído que el tamaño de los hombres de Prillon era mucho más grande que el de los hombres de la Tierra en cualquier aspecto de su anatomía. Éramos mucho más altos, más fornidos y anchos, genéticamente listos para el combate. Nuestros miembros, también, tenían un tamaño impresionante, algo crucial para complacer a nuestras compañeras, atiborrándolas por completo para garantizar el vínculo perfecto y el placer más intenso para nuestras mujeres con el fin de que pudiesen concebir.

Gotas de líquido preseminal chorrearon desde la punta, y las limpié con mi pulgar. Acorté la distancia entre Hannah y yo, y pasé el fluido sobre su labio inferior. Jadeó, sorprendida, pues me había movido rápidamente. Sus

ojos se abrieron de par en par cuando deslicé mi pulgar de un lado al otro sobre su mullida piel. Eran tan oscuros que casi no pude ver cómo sus pupilas se reducían a puntos muy finos. De manera instintiva, sacó la lengua y se llevó la sustancia húmeda a la boca. La observé mientras su visión se volvía borrosa.

—El fluido de nuestros miembros se mezclará con tu propia excitación. Tu cuerpo se suavizará, se desnudará y estará listo para nosotros. Cuando te follemos, te prometo que no dolerá. Nos rogarás que te tomemos, compañera, y gritarás del placer.

Sentí el suave hálito de su aliento sobre mi mano, exteriorizándose en jadeos cortos y rápidos mientras trataba de controlar su reacción. Contemplar los efectos del fluido de mi cuerpo en ella era embriagante.

—Zane, ¿ha dicho el doctor que necesita preparación en su trasero? —preguntó Dare, con la voz más grave que le haya oído. Él estaba afectado, también.

Caminé hacia la mesa para coger la caja de tapones. Dare tomó la mano de Hannah y la condujo hacia el diván. Se sentó y tiró de ella para que estuviese de pie delante de él directamente. En esta posición, sus senos estaban frente a su hambrienta boca y Dare, obviamente, no podía resistir la tentación, pues extendió su larga lengua y rodeó uno de sus pezones, degustándolo y luego tirando de él.

Las rodillas de Hannah se doblaron, y se apoyó en los hombros de Dare para tener soporte. Un suspiro se escapó de sus labios antes de negar con la cabeza, tratando de resistir la sensual neblina que difuminaba su mente, así como su deseo hacía borrosa la mía.

—No, esto no está bien. Dare, ni siquiera te conozco.

Dare se sentó y la observó.

—Como el segundo de Zane estamos unidos, estamos conectados. —Tocó su collar—. No luches contra lo que está bien.

Se miraron a los ojos; el collar me dio a conocer que Hannah quería que Dare chupara sus pechos rellenos. Quería sentir su lengua sobre su piel.

—Súbete al diván, Hannah. Ponte de rodillas, manos en el suelo —dije.

Si discutiría de esta manera solo por el hecho de mostrarnos su cuerpo y prepararse para que la folláramos, entonces definitivamente no podría con mis necesidades, más agresivas.

—No. No puedo. Esto no está bien. No debería querer esto. No con dos

hombres. No puedo hacerlo.

Dare la alzó y la colocó fácilmente en la posición que yo quería, y ella refunfuñó durante todo ese tiempo. Una vez que estuvo en posición, Dare se quedó a mi lado mientras ambos disfrutábamos la vista de su respingado trasero con forma de corazón.

—Sí, veo que aquello en el centro médico debió haber sido toda una experiencia.

Yo me reí, pero Hannah comenzó a moverse.

—Comunicador, ataduras —dije, en voz alta. El sistema informático de la habitación respondió, y unas correas ocultas aparecieron del diván.

Dare se movió para atar una de sus muñecas con la correa que estaba ubicada abajo, en la pata del sillón, y luego hizo lo mismo con la otra. Envolví sus pantorrillas con un largo cinturón, fijándolas en su posición actual.

—¡Eh! ¡Esto no me gusta! —gritó Hannah, resistiéndose a las correas. Sus senos y su cabeza estaban apoyados contra el suave almohadón del diván, y su trasero estaba al aire. Podía contonear su cadera, pero no podía mover nada aparte de aquello.

Se encontraba en la posición perfecta para ser follada, y también para comenzar con la preparación de su trasero. Una de esas dos sucedería ahora mismo y, la otra, más tarde. Después, definitivamente.

Además de su trasero rojizo, su sexo estaba entreabierto y a la vista. Desnudo, como debía estar el sexo de todas las mujeres, con sus pliegues húmedos resplandeciendo por las débiles luces empotradas en el techo. Mientras se movía, sus hinchados pétalos se abrieron.

Dare siseó al ver la estrecha entrada de su almeja, al ver su excitación empapándola y corriendo por sus cremosos muslos. Su clítoris era visible, floreciendo con orgullo de su pequeño capullo, deseoso por sentir nuestro roce. Su cuerpo era tan reactivo, estaba tan en sintonía con la conexión que compartíamos.

—Está lista para nosotros —gruñó Dare—. Pero, incluso, habiendo recibido los azotes, es obvio que aún no ha aprendido a obedecer a sus compañeros.

Alzó su mano para acariciar con gentileza el trasero de Hannah, aún rosáceo.

Hannah apretó su cabeza contra el diván.

—No soy un robot. No sigo órdenes como si fuera uno. Os acabo de conocer. Yo... yo no puedo tener dos esposos. Por favor...

Ambos oímos el lastimero tono de su voz. Nuestra linda compañerita estaba confundida y temerosa. Pero la desobediencia jamás era tolerada en una nave de guerra, fuese tanto de parte de los soldados que estaban bajo mis órdenes como de mi compañera. Evidentemente, Dare estuvo de acuerdo.

Observé cómo Dare exploraba sus pliegues húmedos con sus dedos. Deslizó su mano por su espalda y caderas, acariciándola hasta que se hubo calmado lo suficiente como para entrar en razón. Entonces, dejó en claro cuáles eran nuestras expectativas.

—Nos obedecerás, Hannah. Sin rechistar. O serás castigada. —Se inclinó y depositó un suave beso en la parte baja de su espalda—. Voy a darte unas nalgadas ahora. Y la próxima vez que te digamos que prepares tu cuerpo para nosotros, lo harás sin protestar.

—¿Qué? ¡No!

Sus protestas fueron interrumpidas por el marcado golpe de la mano de Dare atizando su trasero.

—Cuenta hasta diez, Hannah.

Dare azotó, intencionalmente, la parte de su trasero que aún estaba rojiza por la disciplina que había recibido. Gritó, contando; sus senos se balanceaban por debajo mientras los impactos de Dare hacían que su cuerpo se bamboleara en un tira y afloja.

Me paré allí, asimilándolo todo, poniéndome más duro con el sonoro estruendo de cada golpe sobre su trasero redondo. Sus gritos de protesta se convirtieron en sollozos y, finalmente, en gemidos mientras la reacción natural de su cuerpo hacía efecto, saturando su organismo de fuego líquido. Su sexo estaba mucho más húmedo de lo que lo había estado antes de que Dare comenzara a darle nalgadas; las marcas de color rojo intenso sobre su trasero desnudo eran el llamado más primitivo de una mujer para su compañero.

Cuando Dare terminó, se inclinó sobre ella y susurró en su oído.

—Te follaremos ahora, Hannah, en tu boca y en ese pequeño coño húmedo.

Desde mi posición estratégica a sus espaldas vi cómo su sexo se tensaba con lujuria ante sus palabras. Ella nos quería. Quería esto.

Evidentemente, la mente de nuestra novia había entrado en guerra con su

cuerpo.

—Esto fue un error. Solo vais a utilizarme.

—*Nunca* te utilizaríamos, Hannah —desplazándome para arrodillarme a su lado, aparté su liso cabello de su rostro—. Te follaremos, pero siempre te daremos placer. Siempre.

—Pero por ahora, necesitamos aflojar ese estrecho culo que tienes y prepararte para nuestras pollas.

Ella trató de negar con la cabeza.

—Yo nunca he... No quiero eso.

—Es verdad, jamás has tenido algo dentro de ese culo virgen, hasta hoy. No sabrás si lo quieres o no hasta que lo hayas probado —añadí.

—Vamos a cuidarte muy bien, Hannah —dijo Dare, abriendo la caja y sacando una botella del líquido lubricante—. En la ceremonia de unión, yo estaré en tu trasero y Zane en tu vagina. Solo entonces tu collar cambiará para ser igual que los nuestros, mientras nos hacemos uno.

Me posicioné a sus espaldas y atrapé su sexo con la palma de mi mano. Estaba cálido y húmedo, y muy, muy suave. La acaricié con delicadeza sintiendo su textura, conociendo la manera en la que le gustaba que acariciara su clítoris. Exploré su sexo, aprendí cómo acariciarla y provocarla dentro de su húmedo centro de placer; aprendí lo que la hacía dar un respingo, y gritar y gemir con deseo.

No pasó mucho tiempo hasta que los ojos de Hannah comenzaron a entrecerrarse, y ella a sucumbir ante mi contacto. No estaba seguro de cómo sobreviviría tocándola. Mi pene ansiaba desesperadamente poder follarla, pero esto no se trataba de mis necesidades, sino de las suyas.

Dare abrió la botella y derramó una pequeña gota del resbaladizo fluido sobre sus dos dedos y, entonces, los pasó alrededor de su apretado trasero sonrosado.

—¡Oh, Dios! —gritó, mientras Dare dibujaba círculos con el lubricante sobre su delicada piel.

—Shh, Hannah, déjanos hacerte sentir bien. Así. Relaja todos tus músculos. No estás a cargo de nada. Tu cuerpo nos pertenece. Date por vencida y haremos que te corras una y otra y otra vez.

Continuamos tocándola de una manera lenta y paciente, como si no tuviéramos razón alguna para darnos prisa. No la teníamos. Habíamos esperado a Hannah durante toda nuestra vida. Quizás yo no había querido

encontrarla —pero ahora que estaba aquí, no había lugar a dudas de que me pertenecía. De que le pertenecía a Dare—.

Colocando la botella más cerca de su estrecha entrada, Dare le dijo lo que iba a hacer.

—Relájate, ese es el extremo angosto de la botella de lubricante. Es pequeña, mucho más pequeña que la sonda que el doctor usó. Eso es todo, empuja y déjala entrar.

—Buena chica —añadí, curvando mis dedos para acariciar el punto sensible dentro de su sexo.

Gimió con fuerza y apretó sus manos hasta convertirlas en puños. Su piel resplandecía con sudor y su aroma era cálido y maduro. Estaba alegre de que mi miembro estuviese fuera de los confines de mis pantalones, pues de lo contrario habría sido doloroso. Mi propio deseo se desbordaba de la punta. A juzgar por la manera en la que reaccionaba ante nosotros, no tenía ninguna duda de que nuestro propio aroma la estaba excitando del mismo modo en el que el suyo nos excitaba.

—Vas a sentir el líquido colmándote. Sí, es agradable y tibio.

Movió sus caderas mientras Dare apretaba la botella.

—Esto hará que te sientas bien y suave en tu interior, cálida y húmeda. Una vez que estés adecuadamente dilatada, entraremos en ti lenta y suavemente. Te va a encantar. Bien, eso es todo. Lo hiciste muy bien, Hannah.

Dare colocó la botella vacía sobre el diván y cogió el tapón más pequeño. Lo levantó para que yo lo viese, y negué con la cabeza. Lo intercambié por un tapón de mayor tamaño. Era del tamaño de mi pulgar, pero más largo. La ensancharía un poco, pero se sentiría llena. Su cuerpo necesitaba acostumbrarse no solo a lo ancho de nuestros miembros, sino también a su longitud.

Con mis dos dedos dentro de su sexo, acaricié el lado izquierdo de su clítoris con mi pulgar suavemente, pues estaba expuesto en el exterior.

Se quedó sin aliento cuando lo hice, pero el sonido se convirtió en un quejido cuando Dare empujó el tapón contra su orificio sin estrenar.

—Ese es el tapón. Así es, se siente bien y es resbaloso. Llévalo hacia adentro. De nuevo. Sé que puedes con él, Hannah.

Ahora estaba jadeando, arrugaba su rostro mientras luchaba contra la intrusión de Dare. Debería darle unas nalgadas por desobedecer, pero eso

solo la haría apretar sus músculos. En vez de eso, hice más presión sobre su clítoris y hundí más mis dedos en su interior, ocupándome de ella, llevándola hacia el primer orgasmo que recibiría por parte de su compañero.

Su cuerpo se ablandó inmediatamente mientras gemía ante las atenciones agresivas que le proporcionaba a su clítoris. Dare aprovechó aquel momento para insertar el tapón dentro de ella con cuidado. Observé cómo su redondo músculo se dilataba cada vez más, hasta que la parte más ancha del tapón la hubo penetrado. Cuando nuevamente comenzó a estrecharse, Dare deslizó el resto del tapón en su interior hasta que se acomodó dentro de ella. Una pequeña base lo mantenía en su lugar.

—Dare, yo... Es demasiado grande. No puedo... —Cerró sus ojos y dejó escapar un débil sonido de lamento antes de contraer su húmedo sexo alrededor de mi mano mientras aumentaba la velocidad de mis caricias—. ¡Sí, Zane! ¡Más!

Sonreí al notar sus emociones mixtas; primero estaba insegura acerca de si le gustaba tener un tapón dentro de su trasero y, al rato, adoraba cómo se sentía mi pulgar sobre su clítoris.

La ventaja de tener dos compañeros era tener cuatro manos sobre su cuerpo. Las mías estaban ocupadas con su sexo y su clítoris. Dare tiraba de la base del tapón, despertando todas las terminaciones nerviosas que le provocarían a Hannah un intenso placer cuando folláramos su trasero. Su otra mano acariciaba su trasero dolorido, avivando la piel que el previo azote dejó acalorada.

—Qué buena chica, Hannah. Córrrete por nosotros. Córrete por tus compañeros.

Obedeciendo la orden, se corrió; las paredes de su sexo se contrajeron alrededor de mis dos dedos, como si trataran de atraerlos a las profundidades. Lanzó un grito y sacudió su cabeza, su larga cabellera azotando su espalda y trasero y cubriendo la enorme mano de Dare, la cual descansaba sobre su sonrosada nalga.

—Hermosa —murmuró Dare.

Cuando solo unos pequeños espasmos de su sexo estrujaban mis dedos, los saqué y los relamí. El dulce sabor de su cuerpo envolvió mi lengua.

Me había contenido lo suficiente.

—Es hora de follarte, Hannah.

CAPÍTULO 6



Hannah

DEBÍ HABER CAÍDO sobre el diván como un amasijo de mujer tras sus atenciones y aquel alucinante orgasmo. En vez de eso, las palabras de Zane hicieron que mi cuerpo se estremeciera con anticipación. El aroma de sus cuerpos y el sabor del líquido preseminal de Zane hacían que me entrara un hormigueo sobre el labio inferior. No solo sentía el dispositivo de preparación en mi trasero, sino también el deseo sincero y casi incontrolable de mis dos compañeros. El collar zumbaba alrededor de mi cuello sin un momento de descanso, enviando olas de deseo, de necesidad, a través de todo mi ser.

Era embriagante; y me sentía como la mujer más poderosa y más deseada en el universo por llevar no solo a un colosal guerrero, sino a dos, al límite de su control. Su necesidad me hacía sentir hermosa, femenina y sedienta por complacerlos. Mi mente racional trataba de decirme que estas emociones, las tuyas y las mías, no podían ser reales; que era imposible que estos dos alienígenas se preocuparan por mí, me anhelaran y me desearan con una pasión tal que rayaba en dolor.

Sin embargo, le dije a esa vocecita en mi cabeza que cerrara el pico. Mis piernas y brazos estaban doblados, estaba atada, esposada y desnuda en el otro extremo de la galaxia, con dos miembros alienígenas a plena vista; ambos estaban deseosos de reclamar mi cuerpo. Lógico o no, no había absolutamente nada que pudiese hacer al respecto. No ahora. Les pertenecía a

estos dos hombres; así se hacían las cosas en su mundo, esta era su costumbre.

Zane tiró de las ataduras en mis pantorrillas y las soltó mientras Dare hacía lo mismo con mis manos. Me ayudó a levantarme para que pudiese colocarme sobre mis manos y rodillas.

—Dudo que necesites correas ahora, Hannah, ¿o sí? —preguntó Zane.

Negué con la cabeza. No, no necesitaba estar atada. *Necesitaba* ser follada.

Mientras se movía para pararse a mis espaldas, sus enormes manos se enredaron alrededor de mis caderas, acercando mi cuerpo al suyo hasta que mis rodillas estaban en el extremo del diván y mis pies colgaban en el aire, de cada lado de sus rodillas.

—¿Estás lista, Hannah? ¿Estás lista para sentir a tu compañero?

Zane acarició la cabeza de su pene sobre los labios de mi vagina y sentí el ardiente fulgor de su líquido preseminal mientras se extendía por todo mi cuerpo, mezclándose con mis propios fluidos. Su calidez se expandió inmediatamente en tanto que mi cuerpo absorbía su esencia. Gemí y apreté mi sexo, tratando de encajarlo dentro de mi cuerpo, por lo menos un poco. Sentía temor de que doliese. Era enorme, y mi trasero aún estaba estirándose con el tapón que Dare había introducido; pero a este punto no me importaba nada.

Quería que doliera un poco. Quería sentirme ensanchada y tan llena que no pudiese recibir más. Quería complacerlo. Quería hacer que perdiera el control. Quería ser lo que sea que él necesitara que fuera. Posicionó su inmenso pene en mi entrada y lo empujó dentro lentamente, apenas penetrándome. Solo una provocación. Una probada. Me revolví e intenté presionarme contra su cuerpo, traté de obtener algo más de él, pero las manos sobre mis caderas evitaban cualquier movimiento, lo cual hacía que quisiese moverme aún más.

—Sí. Por favor. Hazlo. Hazlo ya.

Dare rio entre dientes desde mi lado izquierdo, extendiendo su brazo debajo de mí para tirar de uno de mis pechos. Torció mi pezón entre sus dedos, con fuerza, antes de masajear todo el seno con sus manos. Gemí, y Zane gruñó a mis espaldas.

—Le gusta, Dare. Su coño está tan húmedo que podría tomarla con una sola estocada.

La idea hacía que mi vagina se contrajera alrededor de su pene, intentando atraerlo hacia lo más profundo. Con un gruñido, Zane tomó los sensibles lóbulos de mi trasero azotado y les dio un apretón nada delicado con sus dos manos. Los separó con fuerza, hasta que el ardor de mi trasero adolorido invadió mi torrente sanguíneo como si fuese fuego líquido, y los labios de mi vagina fueron bien abiertos.

—Qué hermosa, Hannah.

Sabía que Zane estaba contemplando mi sexo, los pliegues rosas extendiéndose alrededor de la cabeza de su pene. No sabía cómo tenía aquel control, aquella paciencia, pero no quería esperar. Estaba tan frustrada, que estaba a punto de romper en llanto.

—Por favor. No puedo esperar. Necesito...

Zane siguió adelante, abriéndome un poco más, y luego se detuvo.

Grité, dejando caer mi cabeza, y el sonido se asemejó mucho a un sollozo.

Aquel sonido, mi entrega total, lo quebró. Sentí cómo su cuerpo cantaba con impaciencia por medio de nuestra conexión un segundo antes de que Zane me embistiera profundamente con una poderosa estocada.

Se movía a mis espaldas como un pistón, su miembro estaba en ángulo para alcanzar el punto G dentro de mí, y sus enormes manos mantenían mis nalgas abiertas para que pudiese tocar fondo en mi interior, increíblemente salvaje y profundo.

A mi lado, la caricia de Dare vagaba desde mi pezón hacia mi clítoris, como una llamarada siguiendo un sendero de gasolina, mientras se arrodillaba en el suelo junto a mí. Inclino su cabeza para reclamar mi pezón con su boca; su larga lengua tironeaba y me degustaba, en tanto que su mano acariciaba mi clítoris, mientras Zane me follaba. La erótica imagen de los dos fuertes guerreros ocupándose de mi cuerpo era el empujón final que necesitaba para perderme. Estos hombres eran míos ahora. Míos.

Dije la palabra en voz alta mientras el orgasmo me invadía, hundiéndome como si estuviese dentro de la resaca en la playa y grité, por primera vez en mi vida, completamente fuera de control.

Dare esperó hasta que la agonía de mi éxtasis disminuyó y, entonces, cambió de posición para sentarse a horcajadas sobre el asiento que estaba al frente. Sus piernas colgaban de cada lado, y su pene estaba frente a mí, a algunos milímetros de distancia de mi boca.

Sabía lo que quería. Podía sentir la necesidad casi desesperante que lo embargaba. Podía oler el líquido preseminal que se filtraba desde su cabeza. Me relamí los labios, la boca se me hacía agua por probarlo.

Mientras el miembro de Zane desaceleraba el ritmo en mi sexo, me incliné y lamí el líquido preseminal sobre la coronilla del masivo pene de Dare. Me sentía como una diosa del sexo, pícara y llena de poder femenino mientras su esencia se derretía en mi lengua, llevándome al borde de otro orgasmo.

Joder. ¿Qué cosa tenía el semen de estos guerreros alienígenas que me convertía en una voraz ninfómana?

Zane embistió mi vagina con fuerza, lo cual empujó el tapón más adentro, y decidí que no quería saberlo. No me importaba.

Abrí bien mi boca y recibí tanto de Dare como pude, engulléndolo hasta que su pene llegó hasta el fondo de mi garganta. Me ocupé de él con mi lengua tanto como pude, disfrutando de sus gruñidos en voz baja.

El placer de Dare impulsó a Zane a que se asegurara de que lo había sentido detrás de mí, y soltó mi trasero para enterrar sus manos en mi cabello, sosteniéndome desde la parte de atrás de mi cuello. Me mantuvo en mi lugar sobre el pene de Dare mientras su otra mano se deslizaba alrededor de mi cintura para acariciar mi clítoris. Con una mano en mi cabello llevaba mi ritmo, echándome hacia atrás para atormentar a Dare cada vez que trataba de meterlo en lo profundo de mi boca. Zane era quien estaba en control aquí; controlaba mi placer y el de Dare, y quería que lo supiésemos.

—Chupa su polla, Hannah. Chúpalo hasta que su semen se deslice por tu garganta. Provocará tu siguiente orgasmo.

La orden gutural, combinada con el dolor de su mano sobre mi cabello, soltó a la bestia que estaba en mi interior. Una bestia desconocida y poderosa. Y este lado primitivo revelado por su dominancia, deseaba su placer más que el mío propio; necesitaba complacerlos a ambos. La satisfacción de Dare zumbaba a través del collar, me hacía sentir como una reina conquistadora, como la mujer más poderosa en toda la galaxia; como la mujer más sexy y caliente que existe. ¿Pero Zane? Las emociones de Zane eran una maraña de lujuria y oscuridad, de deseo y refreno.

Zane se estaba conteniendo. Tenía un control férreo; me estaba cabalgando y sentía mi estrecho y tibio sexo, pero quería más, necesitaba algo más de lo que yo le estaba dando.

Muy dentro de mí, la necesidad de complacerlo, de hacerlo feliz se reveló en todo su esplendor. En aquel momento, no me sentía completa si no estaba complacido conmigo, si no había satisfecho esa oscuridad que tenía dentro de él, si no le había traído paz. Quería a un compañero feliz. Si estos hombres eran míos, si esta sería mi vida, *necesitaba* que estuviesen complacidos. Mi propio placer se atenuó cuando noté que Zane no estaba disfrutando al máximo, como Dare y yo. Zane estaba aquí, pero también se estaba escondiendo, conteniendo.

Gimoteé, determinada a satisfacer a mi compañero principal, a mi pareja. Se suponía que yo era perfecta para él y que él era perfecto para mí. Si no podía satisfacerlo, algo debía estar mal conmigo. Quizás no había ningún hombre en el universo a quien pudiese amar realmente. Ese pensamiento me entristeció, e hizo que quisiera desesperadamente sacar a Zane de su oscuridad.

Chupé el miembro de Dare hasta lo profundo; más que con cualquier otro hombre, engulléndolo hasta que su pene se deslizó, en parte, por mi garganta. Su gruñido me estimulaba mientras alzaba mi cabeza y caía sobre él.

Dare se corrió, su miembro se sacudía y retorció dentro de mi boca como si fuese una bestia; una bestia a la que había amansado, una bestia que estaba bajo mi control, una a la que daba placer. El placer de Dare me invadió, y mi corazón se derritió por este extraño guerrero. Estaba muy complacido, su satisfacción se extendía hacia mí y me hacía feliz.

¿Pero Zane? Él soltó mi cabellera y me embistió salvajemente, con una mano sobre mi clítoris y la otra peligrosamente cerca del tapón que rellenaba mi trasero. Sí, quería esto. Quería que Zane se dejara llevar un poco.

Entonces movió el tapón lo suficiente como para hacerme sentir que estaba siendo reclamada por mis dos compañeros al mismo tiempo; que estaba siendo follada en ambos lugares y penetrada por sus dedos.

El ardiente semen que se deslizaba por mi garganta provocó mi propio orgasmo, justo como Zane había dicho. Mis gritos fueron ahogados por el grueso miembro que ensanchaba mi boca. Percibir el inminente orgasmo de Dare y Zane por medio de mi collar solo acentuaba mi propio placer hasta hacerme sentir que estaba delirando. Estaba abrumada.

Solté el miembro de Dare, pues tenía miedo de morderlo mientras mi placer iba llegando a su punto más alto. El miembro de Zane se movía por voluntad propia en mis profundidades, sus caderas golpeaban contra mi

trasero adolorido. Su orgasmo, el chorro caliente de su semen dentro de mí, me produjo otro orgasmo, y me quedé inmóvil y en silencio, incapaz de coger el aire suficiente para respirar. Ya no me quedaba más.

Volví en mí lentamente, como si estuviese aturdida. Y, de hecho, así era como me sentía. Esta salvaje y desenfrenada criatura sexual no podía ser yo.

La mano de Zane se movía por mi espalda, de arriba abajo, dando lentas y largas embestidas con su miembro aún enterrado en mi interior. Su cuerpo estaba satisfecho, pero podía percibir su frustración; la necesidad que tenía de hacer más, la necesidad que tenía de que yo fuese algo más.

Dare se levantó y depositó suaves besos en cada zona de mi piel a la que se acercaba, completamente en paz. Feliz. Satisfecho.

Pero Zane no. Zane me había follado y podía percibir que ocultaba su decepción detrás de una dulce sonrisa y una caricia aún más dulce. Quería llorar, pero me mordí mi labio y escondí mi rostro de mis dos compañeros.

No lo había complacido. No estaba satisfecho conmigo, y esa información me daba dolor de cabeza. Apenas conocía a estos hombres, pero eran míos y yo era suya. Necesitaba que Zane estuviese contento conmigo. Lo necesitaba con una desesperación que jamás había sentido antes.

Pero les había dado todo. No tenía nada más que ofrecerles. Nada.

La urgencia había desaparecido de nosotros, dejando atrás una lánguida satisfacción en mi cuerpo. Jamás me habían usado tan bien, jamás había sido tan completa y absolutamente poseída en cuerpo y alma. Una parte de mí saboreaba aquel sentimiento, pero la otra solo oía la voz de reproche de mi madre diciéndome que todo lo que había sucedido en esta habitación estaba mal. ¿Dos hombres? ¿Un tapón anal? ¿Tener un pene en mi boca y uno en mi vagina, y que me haya gustado?

Mal. Mal. Mal. El lado oscuro me había seducido. Me había convertido en una zorra, una puta; una docena de insultos diferentes cruzaban mi mente. Yo era una buena chica, ¿o no? Quizás no. Quizás fuera mala. Quizás haya sido corrompida. ¿Quizás Zane quería que me resistiera a ellos? ¿Quizás quería que luchara contra ellos? ¿O que rechazara a Dare? ¿Quizás, muy dentro de él, no quería que disfrutara de ellos?

No tenía manera de saberlo, y no podía preguntar frente a Dare. Joder, no estaba segura si tenía tan siquiera la valentía para preguntarle. Era el comandante de toda una flota de naves. Quizás no estuviera hecho para ser feliz. Quizás, incluso después de todo lo que había dicho, realmente no quería

una compañera.

Mientras Dare continuaba acariciando mi piel, Zane sacó su miembro con delicadeza. Repentinamente, por mi cuenta, colapsé sobre el diván y me hice un ovillo. No sabía qué hacer. No sabía qué pensar, decir o sentir. Me sentía perdida. Solo había estado algunas horas en el espacio exterior y ya me había convertido en una mujer que no reconocía. Había dejado que dos hombres que no conocía me follaran y usaran mi cuerpo de maneras que nunca había imaginado. Y me había gustado. Me había corrido sobre la polla de Zane como si no pudiese esperar más. Y no era suficiente para él. Aunque el vínculo del collar entre mis hombros y yo era excitante durante el sexo, ahora era una maldición. Sin él, no sabría sobre la decepción de Zane. No me habría sentido como si le hubiese fallado de alguna manera.

Justo cuando comenzaba a tener un ataque, los fuertes brazos de Zane se enredaron a mi alrededor. Me alzó y me colocó sobre su regazo, mi oreja estaba sobre su corazón palpitante y mi cuerpo acurrucado en sus brazos como si fuese una cría. Era enorme, un monstruo en medio de hombres. Mi monstruo.

—¿Qué te inquieta, Hannah?

Una de sus manos acarició mi espalda, y la otra la alzó para colocarla sobre el costado de mi rostro y cuello, manteniéndome junto a él, mientras Dare se sentaba al lado y acariciaba mi cabello con sus manos.

No podía hablar. No había manera de explicar el caótico torbellino de emociones que amenazaban con explotar y hacerme entrar en un ataque de llanto tal, que la rabieta de un crío de dos años habría quedado en ridículo.

Para mi alivio, no me presionaron buscando respuestas; solo me sostuvieron y acariciaron como si fuera la cosa más preciada en el universo. Luego de varios minutos pude controlarme nuevamente, y me relajé en los brazos de Zane. Incluso conseguí sonreírle a Dare, quien me observaba con sus ojos verdes llenos de preocupación, muy diferentes a los de Zane. Ahora que tenía tiempo para procesar y pensar todo, noté que era algo más moreno, con un tono más drástico; y sus ojos eran de un color verde oscuro, como el césped en verano, no de color ámbar oscuro como los de Zane.

Dare era guapísimo, también, pero a su propia manera. Era mucho más bajo que Zane, y sus hombros no eran tan anchos, pero seguían siendo inmensos.

Miré a mi segundo compañero, examinando los toscos ángulos de su

rostro, y me di cuenta de que aún estaba vestido. Ambos estaban completamente vestidos, solo sus miembros estaban afuera. Por algún motivo, esto me irritó muchísimo.

—¿Por qué soy la única que está desnuda?

La sonrisa de Dare era contagiosa.

—Porque eres la más hermosa.

Sonreí burlonamente. No lograría nada con los halagos.

—No estoy de acuerdo. —Mis dos compañeros eran hermosos. Pero no sabía nada sobre ellos—. ¿Quién eres tú, Dare? Has dicho que eres un piloto, ¿pero qué haces?

Tomó un mechón de mi larga cabellera negra entre sus dedos, como si el color le fascinara.

—Soy un piloto, Hannah. Soy el líder de la novena ala de combate.

—Otro soldado.

Me apoyé contra Zane, sintiéndome agradecida cuando pareció saber lo que necesitaba sin necesidad de habérselo pedido. Envolvió ambos brazos a mi alrededor y me abrazó con fuerza para que no me alejara flotando en un mar de pánico. De pronto, su explicación sobre la necesidad de que todos los guerreros de Prillon tuvieran que nombrar a un segundo se sentía mucho más real. Apenas conocía a estos dos hombres fuertes, pero no quería que murieran. Ese pensamiento me estremeció mientras el dolor pinchaba mis ojos.

—¿Qué significa eso? ¿Qué es un ala de combate?

—Siento tu preocupación, compañera. No temas. Piloteamos los cazas pequeños, diseñados para las misiones de exploración, lugares angostos y combates directos de nave a nave.

Me imaginé una escena de mi película favorita en la que las naves pequeñas volaban con rapidez una al lado de la otra en el espacio, disparando rayos láser y haciéndose volar en mil pedazos a la velocidad de la luz. Mi corazón, que apenas se estaba recuperando de nuestro juego sexual, comenzó a latir con fuerza en mi pecho mientras me imaginaba a Dare en una de esas naves, siendo perseguido. Siendo disparado. Explorando.

Cielos, ¿qué había hecho? ¿Qué se suponía que debía hacer aquí en esta nave? ¿Aceptar a estos dos guerreros, esperar algunas semanas o meses hasta que uno de ellos muriera y, entonces, tener un nuevo compañero otra vez? Me conocía muy bien para aquello. Mi corazón no lo soportaría. No era solo

el miedo de sus muertes lo que me preocupaba. Ya con eso era suficiente, pero percibía algo por medio del collar. No había ninguna explicación, pero sabía que estaba en sintonía con estos hombres de una manera que nunca había imaginado. Tenía este sentimiento, esta continua preocupación de que Zane sabía más de lo que decía, como si estuviera guardando un secreto, escondiendo algo de mí.

¿Sabía algo sobre sus inminentes muertes que no quería decirme? Como comandante de la nave, de una flota de naves, seguramente conocería la situación de esta guerra a la que había sido transportada. ¿Por qué no me lo estaba contando, y por qué sentía que sin este secreto jamás podría aceptar que me reclamara?

¿Era por esto que se contenía durante nuestro juego sexual? ¿Era este secreto la oscuridad que sentía en él? ¿Me había traído desde el otro lado del universo sabiendo que iba a morir? ¿O estaba escondiendo algo más? ¿Otra amante? ¿Una mujer a la que quería más que a mí? ¿Algún pasado que temía que yo no aceptase? ¿Encontraba que me faltaba algo de alguna manera fundamental?

Di un empujón contra los brazos de Zane, sintiendo que le acababa de dar mi cuerpo a un completo desconocido. Les había dado a estos hombres mi cuerpo; había cedido, me había *rendido* ante los dos. Les dejé meter un tapón en mi trasero y sus miembros en mi sexo y boca. Había sucumbido al placer que sabían cómo sacar de mi cuerpo. Aun así, no me estaban dando todo a cambio. Zane estaba ocultando algo y seguramente Dare lo sabía; seguro también podía sentirlo.

Zane me dejó ir, y yo me puse en pie con las piernas temblorosas, sintiéndome como un gatito recién nacido. No podría vivir así. No para siempre. El programa de asignación debió haber cometido un error. No podía confiar en Zane con todo mi corazón si escondía secretos.

—Creo... que debo irme a casa ahora.

CAPÍTULO 7



Hannah

AMBOS GUERREROS se pusieron en pie de un salto ante mis palabras.

—No —rugió Zane.

—¿Por qué, Hannah? ¿Qué hemos hecho para molestarte?

Negué con la cabeza y vagué por los extremos de la habitación, buscando cualquier cosa que pudiera ponerme. La manta que había dejado caer en el piso no serviría para un viaje interplanetario. Necesitaba hallar uno de esos transportadores y pedirles que me enviaran a casa. No podía lidiar con su estilo de vida ni con sus secretos. Ya era bastante malo que tuviera que enamorarme de un guerrero que podía morir en cualquier momento. ¿Zane, mi compañero asignado, estaba tan convencido de su inminente muerte que en realidad había escogido a un segundo hombre que cuidase de mí cuando esto inevitablemente sucediera? ¿Y, entretanto, escondía cosas de mí? Mi compañero. Se suponía que debía darle todo. Debía entregarme, en cuerpo y alma. Y, sin embargo, ¿a él se le permitía ser un misterio y esconder la parte más profunda de sí? ¿Qué sucedería si aceptase ser suya, me uniera a él de por vida y, entonces, descubriera que está totalmente loco? ¿O enfermizamente celoso? ¿O que fuera un maltratador?

No. No podía aceptar a Zane si escondía a su verdadero yo en las sombras. Ya había cometido ese error, en la Tierra, y sabía que era una locura. Solo tenía que sobrevivir el tiempo suficiente para salir de este lío sin enamorarme de ninguno de ellos.

—Esto es un error. Lo siento. Solo... no puedo hacerlo. Tengo que ir a casa.

Dare miró a Zane, evidentemente perplejo, y se encogió de hombros. Zane metió su miembro dentro de sus pantalones y frunció el ceño.

—Hannah, *estás* en casa.

—No. —Eché un vistazo a las paredes con un extraño color café; a la ventana en la que, incluso ahora, estrellas y galaxias pasaban corriendo en un flujo interminable de lo que parecían ser estrellas fugaces. Los muebles estaban fijados al piso y las imágenes en las paredes retrataban paisajes que no se sentían bien, con cielos que no eran azules, y dos o tres lunas colgando sobre el panorama. Quería un cielo azul, y árboles, y un suave césped verde bajo mis pies desnudos. Quería chocolate, café y un hombre a quien amar que no hiciera todo lo posible por acabar muerto mañana, pasado mañana o la siguiente semana—. Tengo que regresar a casa, a la Tierra.

Zane miró a Dare sobre su hombro.

—Prepárale un baño a nuestra compañera.

Dare asintió y me dejó a solas con mi compañero asignado, el hombre perfecto para mí en todo el universo. El guerrero al cual estaba destinada a perder.

Me di la vuelta y recogí la manta, pero antes de que pudiera colocarla alrededor de mi cuerpo, los brazos de Zane me envolvieron desde atrás y, repentinamente, me vi aprisionada con mi espalda contra su pecho. Sus musculosos brazos me rodearon, uno en mi cintura y el otro alrededor de mis hombros. No me podía mover y, por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, aquello me calmó lo suficiente como para pensar. Me tranquilizaba ser aprisionada y sostenida firmemente en brazos.

—Hannah, dime qué es lo que te está molestando. ¿Hemos sido demasiado bruscos contigo? ¿Te hemos tomado con demasiada fuerza?

PODÍA SENTIR el calor que se dirigía hacia mi rostro con su pregunta. La respuesta era no. No con demasiada fuerza. No con demasiada rapidez. Me había encantado. No había sido tan agresivo como el sueño del procesamiento, la reclamación pregrabada de la que había sido testigo, pero había sido... increíble.

—No, Zane. No me lastimaste.

En verdad, quería más. Quería que mis guerreros dominaran mi cuerpo y me hicieran correrme una y otra vez. Quería darles todo, pero tenía miedo. Aquel molesto punto débil que tenía por los machos alfas y dominantes estaba asomando su horrible rostro. Y Zane realmente era mi compañero ideal. Podía sentir la conexión entre nosotros, y con Dare también, con tanta facilidad como podía sentir su contacto sobre mi piel. Era real, sólida, y tan fuerte ya que se sentía como algo tangible entre nosotros. Quería saberlo todo sobre mis hombres. Quería pertenecerles de verdad. Quería que fuesen míos para siempre, y quería confiar en el programa de asignación, o en Dios, o en cualquiera que sea la jugada del destino que me había traído hasta este lugar con este guerrero. Quería enamorarme perdidamente de ellos y no guardarme nada. Nada. Y *ese* era el problema. Podría darles todo; corazón, mente y alma, y no sería suficiente. La oscuridad de Zane se extendía, su inconformidad se sentía en mi collar con tanta claridad como un campanazo que retumbaba dentro de mi cabeza. No era suficiente para él. No era suficiente, y no podía atreverse a decírmelo.

—Hannah, háblame o vas a terminar boca abajo sobre mi pierna.

Me revolví ante su amenaza, pues mi trasero aún estaba adolorido por los azotes que me había dado anteriormente, y por el tapón que aún estaba dentro de mí. Sabía que no eran amenazas vacías. Suspiré, y decidí que debía decirle la verdad o, al menos, todo lo que pudiera decirle al respecto. ¿Su oscuridad y el dolor que me causaba? Tenía mi orgullo. Me guardaría eso.

—No puedo ser tu compañera, Zane. Lo siento. Sé que el ordenador o lo que sea que haya sido nos emparejó, pero no puedo hacerlo.

—Tienes miedo de nuestras muertes. Puedo percibir tu tristeza, Hannah, tu miedo. Todos vamos a morir. La muerte es parte de la vida. ¿Te dan miedo nuestras muertes o yo? ¿Deseas probar con otro compañero? ¿Estás recurriendo a tu derecho de solicitar un nuevo compañero?

Su voz era suave, mortalmente silenciosa, y pude oír los silenciosos pasos de Dare mientras se acercaba a nosotros, escuchando nuestra conversación.

—No. No quiero otro guerrero. —Me soltó ligeramente y respiré hondo—. No quiero ser una novia. Quiero irme a casa.

Hablé desde el corazón, y sabía que podía sentir la sinceridad de mis palabras. No podía permitirme enamorarme de él. Sería un completo desastre. La idea de un amor perfecto, de un amor intenso y devorador era emocionante, divertida, y algo con lo que toda mujer en la Tierra soñaba. La

realidad de saber que los perdería, a uno de ellos o a los dos, era demasiado intensa, demasiado para mí; especialmente cuando sabía que Zane estaba ocultándome algo, que no correspondería mi amor. Tenía miedo. Era una gallina. Lo admitía, no quería intentar negarlo.

El silencio era palpable en el ambiente mientras esperaba por su respuesta. Si les entregaba todo, y alguno de ellos moría, no podría superarlo. Me partiría en un millón de pedacitos y dejaría que el viento me llevara lejos. Me sentía aterrada al estar frente a la real posibilidad de tener al tipo de hombre que siempre había querido; al tipo de hombre en el que pudiese perderme completamente. Les pertenecería. En cuerpo y alma. Les pertenecería, ¿pero y Zane? Podía percibir la oscuridad en él, y esta se estaba fortaleciendo más. Se escondería para siempre. Podía sentir su determinación por medio del vínculo. Y él era el comandante, el guerrero más disciplinado de toda la flota interestelar. Si decidía mantenerse al margen, entonces no había ni una maldita cosa que pudiera hacer al respecto. Nunca me pertenecería por completo. No podía vivir con eso.

Dos pitidos resonaron en el aire.

—Comandante.

Zane se tensó, detrás de mí.

—Sí —dijo, a toda la habitación.

—Se lo necesita en el puente de mando.

La habitación tenía alguna clase de sistema de comunicaciones por toda la nave.

—Estoy en camino. Cambio y fuera.

Dare se aclaró la garganta:

—Su baño está listo.

Zane suspiró.

—Hablaemos de esto más tarde, Hannah.

Sus brazos se tensaron por un breve momento antes de darse la vuelta conmigo en brazos y depositarme en los de Dare.

Dare asintió, y Zane salió de la habitación sin decir más. Sabía que lo había lastimado de algún modo; había herido al comandante más formidable de la flota de Prillon. Pero había pedido la verdad. La verdad era que estaba aterrorizada de estar atada a él permanentemente y luego verlo morir ante mis ojos; o de verlo vivir, pero que nunca fuese mío. Ambas posibilidades rompían mi corazón.

—Ven, Hannah. No puedes ir a ningún lado. Apartemos tus miedos por el momento. Déjame ayudarte en el cuarto de baño.

Dare me extendió su mano y yo la tomé, permitiendo que me guiara a través de la pequeña puerta que había vislumbrado en la esquina de la habitación principal. Tenía razón. ¿A dónde podía ir? No tenía ropa, ni manera alguna de ir a casa. Me daba cuenta de que Dare trataba de tranquilizarme; estaba abrumada. La conversación aún no había llegado a su fin. Mis inquietudes no habían sido resueltas, pero podía esperar. Un baño sonaba bien. Me sentía pegajosa y adolorida.

Era extraño caminar con el tapón en mi interior.

—Dare —dije, mirando a cualquier otro sitio que no fuese él—. Qué hago con... eh, bueno...

Quizás tenía una idea de cuál era mi problema, o quizás podía percibirlo por medio de los collares.

—El tapón se queda adentro. Es un tapón de preparación, no de placer.

Fruncí el ceño, pues no conocía la diferencia entre las dos, pero por la expresión en su rostro podía notar que no se dejaría persuadir. Suspiré y entré al cuarto de baño. No era enorme, pero era lujoso, con blancas y resplandecientes lámparas que parecían iluminadas desde el interior con ópalos. Una bañera llena de agua caliente me esperaba. Era inmensa, lo suficientemente grande como para que pudiésemos entrar los dos, o incluso los tres. Dare me quitó la manta del cuerpo de un tirón y se quitó su uniforme para descubrir un pecho bordeado de músculos, una ancha y fuerte espalda que iba disminuyendo hasta llegar a unas caderas estrechas y unas vigorosas piernas. Su miembro estaba al aire, aún semisólido entre sus piernas; aquella imagen me hacía recordar su sabor, el sabor de su semen cuando corría por mi garganta.

—Hannah, para de mirarme así o follaré esa dulce boquita de nuevo.

Con un movimiento rápido me levantó del suelo y entró en el agua caliente, sumergiéndonos hasta los hombros en el baño aromático.

Podía olerlo, apoyada contra su pecho desnudo; su aroma se extendía desde su piel para tranquilizarme. Lo había conocido por tan poco tiempo, pero mi cuerpo ya reconocía el suyo. Conocía el sabor de su miembro y el aroma de su piel. Deseaba sentir el sabor de su semen como si fuese una drogadicta de la Tierra esperando su próxima dosis. Me estaba volviendo loca. Esa era la única explicación.

Dare me instaló frente a él dentro de la bañera, y limpió todo mi cuerpo con un extraño jabón que olió como algún tipo de fruta exótica tan pronto como entró en contacto con mi piel. En sus manos, olía a él: una fragancia oscura y almizcleña que me hacía querer enterrar mi rostro en su pecho y respirar su aroma.

—Echa tu cabeza hacia atrás, Hannah. Quiero lavar tu cabello.

Parecía que su voz invadía mis sentidos y me daba un sentimiento de tranquilidad y seguridad. Me sentí como una niña en una piscina cuando tiró de mi cabeza hacia atrás con sus manos y elevó mi trasero para que pudiera flotar en el agua. Me sostuvo con delicadeza mientras empapaba mi cabello y, entonces, hizo que me sentara para masajear mi cuero cabelludo. Se sentía tan bien que relajé mi cuerpo en sus brazos. Estaba cansada y abrumada, y su delicado roce aliviaba algo en mi interior que ni siquiera sabía que necesitaba ser aliviado.

Aún forcejeaba con la idea de tener dos compañeros, pero ya no me parecía tan fuera de límites como antes. No si mis compañeros eran Zane y Dare. Sin embargo, no era el amarlos lo que me aterraba. No, tenía miedo de perderlos. Pero incluso si pudiera obligarme a enfrentar aquel miedo, tenía otro que era más oscuro y mucho más alarmante: no ser correspondida, no ser suficiente para mi compañero ideal. No sería la primera vez que un hombre me considerara deficiente.

Dare terminó de bañarme y me sacó de la bañera para envolver una toalla de felpa gris alrededor de mi cuerpo. Se secó, y luego se ocupó de mi cabello con otra toalla, exprimiendo las puntas mojadas hasta que dejaron de gotear en el suelo.

—Ven, Hannah. —Lucía como un dios del sexo con su toalla colgando en la parte baja de su cintura, y no podía dejar de contemplarlo mientras posaba mi mano sobre la suya, mucho más grande—. ¿Tienes hambre? Nos vestiremos y te llevaré al comedor.

—No tengo ropa.

La única prenda que había vestido desde que llegué aquí era una manta. ¿Cómo se suponía que saldría así en público?

—Confía en mí.

Lo seguí hasta los dormitorios principales y me condujo hacia una pequeña plataforma negra que estaba en la esquina más lejana. La base estaba cubierta por una rejilla de líneas verdes. Dare se acercó e inclinó la cabeza

para darme un dulce y suave beso.

—Quítate la toalla y párate en el centro. La nave tomará tus medidas y creará cualquier cosa que necesites.

Su suave voz y su delicado beso me tranquilizaron, y me sentí como un gatito satisfecho mientras dejaba que me quitara la toalla. Me paré en la plataforma desnuda y me quedé quieta mientras una gama de tenues luces verdes escaneaba cada centímetro de mi cuerpo. Mi collar vibraba y zumbaba, y me quedé paralizada al sentir aquella extraña sensación. Cuando las luces desaparecieron, Dare extendió su mano y me bajé de la plataforma, tocando mi collar con mis dedos.

—¿Qué fue eso? Ha vibrado.

—Eso fue el collar comunicándose directamente con los sistemas de la nave. Tu identificación y tus medidas han sido actualizadas en el Gen-S de la nave.

—¿Gen-S?

Había tantas cosas extrañas que debía aprender. Realmente me sentí inútil mientras la plataforma, ahora vacía, se iluminaba con luces color verde intenso que se concentraban en la base. No podía apartar mi mirada de aquel espectáculo, y cuando las luces se hubieron ido, un bulto de tela yacía sobre la plataforma.

—Generador de materia espontánea.

Dare se arrodilló y cogió la tela. Cuando la alzó para que la viese, noté que era una especie de túnica que llegaba hasta la rodilla, con unas extrañas mallas conectadas por debajo. Dare me la alcanzó, y descubrí que tenía una abertura en la espalda. Me metí dentro de las mallas y tiré de ellas hacia arriba, encajando mis brazos dentro de las largas mangas. Tan pronto como me la puse, la tela se cerró en la parte de la espalda, ajustándose como si fuera parte de mi propia piel. Dare me contempló, su mirada se posó en el escote levemente redondeado que hacía destacar mi collar. Su atención se dirigió hacia mis pechos y cintura, y luego hacia la falda ligeramente acampanada que llegaba casi hasta mis rodillas. Debajo, las mallas me cubrían completamente hasta mis tobillos, y mis pies descalzos lucían extrañamente fuera de lugar.

Dare colocó la mano sobre una hendidura en el costado del Gen-S.

—Botas para la señorita Deston.

Por orden suya volvió la luz verde, dejando un par de botas idénticas que

me cubrirían hasta un poco más arriba de los tobillos. Las sostuvo y yo deslicé mis pies dentro de ellas. Pensé que se sentiría extraño usarlas sin calcetines, pero las botas se encogieron alrededor de mis pies, tal como lo había hecho la ropa, y en el interior eran tan suaves como la seda.

Deston también solicitó vestimentas para sí mismo, y se colocó un uniforme nuevo y botas antes de coger nuestras toallas y mi manta y enrollarlas. Presionó un pequeño botón sobre la pared, junto a la unidad Gen-S, y un cajón apareció de la pared. Dejó dentro las toallas y la manta, y entonces recogió su uniforme sucio y sus botas que estaban en el cuarto de baño, y metió todo dentro del cajón antes de cerrarlo. Una luz color verde brillante se filtró desde las esquinas del cajón, y yo ladeé mi cabeza para contemplarla.

—Esa es la unidad de reciclaje. Toda la materia se reduce a su forma original y es reutilizada por el sistema.

Pensé en esto por un momento, echando una mirada a la habitación. No había cajones para la ropa, ni botas sobre el suelo; no había comida a medio comer en la mesita que estaba junto a la cama.

—¿Utilizáis todo una vez y luego lo recicláis?

Él sonrió.

—Sí. Las partículas subatómicas que han hecho tu toalla podrían ser utilizadas para crear zapatos mañana o un tazón de sopa el día siguiente. Todo lo que tenemos en la nave se recicla de este modo. Nadie pasa hambre. Nadie pasa sed. Nadie es víctima de la pobreza. Mientras la nave tenga energía, podemos crear cualquier cosa que necesitemos.

Vaya. Miré mi nueva ropa. Era fantástica, pero tenía un pequeño problema. Había usado leotardos y otras prendas de una pieza antes, en muchas ocasiones, y el momento de ir al baño era un auténtico dolor de cabeza. Pensándolo bien, no había visto ningún inodoro en el cuarto de baño. Miré a mi alrededor. No parecía que hubiera uno en ningún lado. No había necesitado usarlo, así que no había pensado en ello. Lo cual era extraño y no estaba bien. ¿Algo estaba mal conmigo, después de todo? ¿El sistema de transportación había arruinado mis riñones o algo así?

—¿Qué sucede, compañera? Puedes preguntarme lo que sea.

Dare posó su mano sobre mi mejilla y me quedé inmóvil, permitiendo que me tocara. Ya se sentía tan familiar para mí. Era mucho más fácil tratar con él que con Zane. Pero, por algún motivo, estaba preocupada por el comandante.

Era tan rudo, tan fuerte. Había tantas personas, una flota entera de guerreros, que dependían de su fuerza, y yo había herido sus sentimientos. Pobre de mí, Hannah Johnson, una maestra de preescolar de la Tierra. Había lastimado al gran comandante con un par de palabras honestas.

Fantástico. No había retrete, y ahora me sentía como una zorra despiadada. Esto se estaba poniendo cada vez mejor. Suspiré. Bien podría preguntarle ahora a Dare, sin importar lo vergonzoso que era hablar de esto.

—No veo un retrete.

Dare frunció el ceño.

—No comprendo, y mi registro no tiene ninguna palabra para eso. ¿Qué necesitas?

Hostias. ¿Realmente tendría que explicárselo? Sentí cómo el calor subía a mis mejillas, y esta vez no era por la excitación, sino pura vergüenza.

—Sabes, ¿un lugar al cual vas cuando necesitas desechar los residuos naturales de tu cuerpo? ¿Nunca tenéis que, ya sabes, vaciar vuestra vejiga?

Su hermoso rostro se llenó de comprensión y, sorprendentemente, se rio de mí, lo cual me molestó y al mismo tiempo hizo que mi rostro se ruborizara más.

—¿El doctor Mordin no te explicó eso?

—¿Explicar qué?

—Todo eso se envía a la unidad de reciclaje del Gen-S. Incluyendo los residuos biológicos de tu cuerpo.

—¿Cómo?

¿De qué rayos estaba hablando?

—¿Sientes la necesidad de vaciar tu vejiga?

Pensé en eso por un momento, comprobando cómo me sentía.

—No.

Sonrió, aliviado.

—Bien. Me habías preocupado, compañera. Pero parece ser que los implantes que insertaron durante tu examinación médica están funcionando a la perfección.

—¿Implantes?

—Sí. Durante tu procesamiento, se implantaron dispositivos de reciclaje en tus sistemas internos de desecho. Esto se les hace a nuestros niños al nacer. El sistema limpiará tu sangre y también transportará y eliminará cualquier desecho de tu cuerpo a medida que se vaya generando.

Demonios. ¿No necesitaría usar el baño de nuevo?

—Así que nunca tendré que... ya sabes... ¿Nunca?

—No a menos que viajes fuera del rango del sistema de esta nave. Si estuvieses explorando un nuevo mundo y perdieras contacto con nuestro sistema, entonces los antiguos procesos biológicos de tu cuerpo seguirían funcionando con normalidad.

Qué raro. No es que fuese a extrañar esa función en particular, pero de repente me sentí como un alienígena. O un robot. O algo extraño y no humano. Mis manos estaban temblando un poco mientras alisaba la parte frontal de mi uniforme simple.

—Así que el tapón...

—Puede quedarse dentro durante el tiempo que mejor les parezca a tus compañeros —respondió.

Era tiempo de pensar en algo más.

El monótono color de mi ropa era mejor que estar desnuda, pero el básico patrón de marrón y negro dejaba que desear. Me gustaba vestir con colores como rojo brillante, azul y púrpura. Me gustaban los chispazos de colores.

—¿Todos usan ropa como esta?

Dare ladeó su cabeza como si le confundiera la pregunta.

—Por supuesto. ¿Por qué no lo harían?

Me encogí de hombros, sin querer ofenderlo a él o a su gente.

—¿Incluso las mujeres? ¿Y los niños?

Cruzó sus brazos alrededor de su fornido pecho y frunció el ceño.

—Sí. ¿No te gusta tu ropa, Hannah? El uniforme está diseñado para proteger tu cuerpo de temperaturas extremas, así como de cualquier herida durante un ataque. Este material es impenetrable, justo como el blindaje de mi uniforme. ¿No se visten así las mujeres de tu mundo?

Tiré del extremo de la manga negra, en donde descansaba contra mi muñeca, y traté de sonreír. Negro. Cada día. Por siempre.

Uf.

—No, pero me adaptaré.

Mi estómago escogió aquel momento para rugir, y noté que estaba hambrienta.

Se quedó de pie observándome como si fuese un alienígena, y mientras más tiempo pasaba, más me daba cuenta de que lo era. Al menos para él.

—Ven conmigo, compañera. Necesitas comer, ¿e imagino que te gustaría

hacer un recorrido de la nave? Tengo un par de horas libres antes de presentarme a mi puesto.

Me mordí el labio inferior.

—¿Tienes que ir a una misión?

—Sí.

—¿Pero, por qué? Pensé que la nave se estaba moviendo, dirigiéndose hacia las líneas de fuego.

—Y lo hace, Hannah. Pero mi equipo hace misiones de exploración para asegurarse de que la flota no se encuentre con ninguna sorpresa.

—¿Es peligroso?

Su sonrisa se volvió cruel y completamente predatoria.

—Soy peligroso. Y no solo para mis enemigos, espero.

Se inclinó y besó el lado de mi cuello, provocando escalofríos en cada rincón de mi piel. Mi collar se calentó e hizo que mi clítoris palpitara.

No, no solo para sus enemigos. Zane me abrumaba, me preocupaba, pero Dare se escabullía por debajo de mis defensas como un ladrón.

—Estoy hambrienta, y me encantaría ver la nave.

Era tiempo de explorar mi nuevo mundo y encontrar la maldita sala de transportación. Debido a los sentimientos que ya tenía por Zane y Dare, sabía que debía irme de esta nave lo más rápido posible, antes de que fuese demasiado tarde; antes de que me enamorara perdidamente de ellos. Zane no estaba satisfecho conmigo. Lo podía sentir. Irme ahora era la mejor opción. La pregunta era ¿me iría del espacio con un tapón de entrenamiento dentro de mi trasero?

CAPÍTULO 8



Hannah

EL COMEDOR ESTABA lleno de personas cuando Dare y yo entramos. El área era pequeña, diseñada para recibir a no más de cien personas. Había aproximadamente una docena de críos en edad de preescolar correteándose entre sí alrededor de las mesas mientras sus madres se sentaban, tomando sorbos del líquido caliente dentro de sus tazas. Había pequeños grupos de guerreros regados aquí y allá, la mayoría de ellos no tenían puestos collares. Sonreían y dejaban que los pequeños trepan sobre sus regazos y hablaran. Dos hombres emparejados estaban sentados junto a sus mujeres —ahora podía ver que sus collares tenían el mismo color— en una de las mesas. Enseguida advertí una pareja. Me quedé boquiabierta y mi corazón comenzó a latir rápidamente con emoción. Dare trató de llevarme hacia una pequeña unidad Gen-S sobre la pared, pero me resistí.

—Es humana.

Dare volteó hacia donde yo miraba fijamente —no pude evitar hacerlo— y asintió.

—Sí. Esa es la señorita Hendry. El guerrero que está sentado frente a ella es su compañero principal, el capitán Hendry. Debe estar aquí para reunirse con el comandante antes de que llegemos al frente.

Dare tiró de mi hombro nuevamente y, esta vez, lo seguí hasta la unidad Gen-S ubicada en la pared. Era del tamaño de un horno microondas y tenía la misma base negra y líneas cuadrículadas verdes que la del cuartel de Zane.

Mi estómago rugió de nuevo. Moría de hambre.

—Coloca tu dedo sobre el activador, así —Dare colocó su dedo sobre una pequeña hendidura en la pared, junto a la máquina—. Y entonces solo tienes que decirle a la nave lo que quieres comer.

Ordenó algo que jamás había escuchado antes, quitó su pulgar y esperó pacientemente mientras el interior de la caja se volvía de un color verde intenso. Cuando la luz desapareció, lo esperaba un plato de comida caliente con un tenedor de dos dientes y un cuchillo. Cogió su plato y se volvió hacia mí.

—Tu turno.

—No sé qué pedir.

Realmente no lo sabía. No tenía idea de cómo lucían o sabían sus platos. Todo lo que en verdad quería era un poco de la lasaña casera de mi madre y una barra de pan.

Sonrió.

—El comandante ordenó un menú completo de los centros de procesamiento de la Tierra cuando se enteró de que estabas en camino. La nave está programada con más de dos mil platos de tu mundo. Él quería que fueses feliz aquí.

Lo último lo dijo con una tranquila honestidad, como si dudara que Zane hubiera hecho aquello solo para mí.

Eché un vistazo a la otra humana y a su compañero. Junto a ella había dos niños adorables. La mayor, una dulce niña pequeña, lucía como si tuviera alrededor de cuatro años. Su hermano menor apenas estaba gateando. Dare me observaba mientras yo trataba de comprender la situación.

—La señorita Hendry también come comida de la Tierra. Pero antes de que vinieras, el menú de tu mundo consistía en cien platos y únicamente de su país. Todas las novias en el sistema Prillon están celebrando tu llegada. Deston es el oficial de más alto rango en servicio activo. Nadie más, excepto el Prime o el príncipe Nial, podrían haber ordenado realizar la programación necesaria para crear este menú para ti.

Aparté la mirada de la feliz pareja y contemplé el Gen-S. Aquí vamos. Coloqué mi pulgar sobre el activador.

—Lasaña y una barra de pan.

Una amable voz femenina, la voz del sistema de la nave, me respondió, e hizo que me sobresaltara.

—¿Le apetece algo de beber, señorita Deston? Percibo que está sufriendo una leve deshidratación.

Realmente *tenía* sed.

—¿Cómo lo sabe? —Miré a Dare.

—Tu collar supervisa los sistemas vitales de tu cuerpo en todo momento. Cuando te reclamemos, el sistema podrá ayudarte a mantener un balance, si es que lo necesitas.

Negando con la cabeza, ordené un vaso de agua con limón y me volví hacia Dare.

—¿Qué quiere decir eso?

Se llevó mi plato y yo lo seguí, dando sorbos al agua helada. Sabía al paraíso.

—Significa que, si estás deshidratada o enferma, los implantes adicionales que recibirás luego de que estemos unidos podrán transportar agua u otros nutrientes directamente en el torrente sanguíneo de tu cuerpo, del mismo modo en el que elimina tus desechos.

Me senté en una suave silla color marrón; Dare se sentó enfrente.

—¿Entonces por qué coméis?

—Porque lo disfrutamos.

Eché un vistazo a mi plato con curiosidad antes de meter su dedo en el queso derretido y la salsa marinara. Los probó y se tomó su tiempo para revolver los sabores en su lengua. Lo observé, sintiendo curiosidad de lo que pensaría sobre la comida terrestre.

—¿Ya habías probado comida de la Tierra?

Asintió.

—Sí, pero solo un par de cosas. He probado vuestra cerveza y algo llamado *hotdog* —hizo una mueca y negó con la cabeza—. Eso no me gustó demasiado. ¿Pero esto? —Alzó su extraño tenedor y cortó un pedazo de lasaña para sí mismo—. Esto está fantástico.

Me reí al ver la expresión de asombro que tenía en su rostro, como si fuese un niño pequeño que había encontrado un nuevo juguete.

—¿Quieres que pida uno para ti?

Sonrió, pero antes de que pudiera responder, alguien se dirigió hacia nosotros y se sentó a nuestro lado. Me giré para encontrar a la humana con el cabello rubio y largo contemplando mi plato, como si nunca hubiese visto lasaña antes. Su voz era melódica y me recordaba a mi profesor de música en

el instituto.

—Dios mío. ¿Eso es lo que creo que es?

Su compañero estaba de pie a sus espaldas con una expresión de desconcierto en el rostro. Su hija pequeña estaba en sus brazos; sus manos estaban enredadas alrededor de su cuello y tenía una expresión de alegría pura en su rostro. Conocía aquel sentimiento; lo había sentido cuando Zane me sostuvo en esa misma posición. El niño pequeño estaba aferrándose a la pierna de su madre.

—Si crees que es lasaña, entonces sí.

Los ojos le brillaron con regocijo y aplaudió con emoción.

—¡Sí! ¡Había estado comiendo macarrones con queso por cinco años! Debes ser la señorita Deston. —Extendió su mano y yo la tomé.

—Me llamo Hannah.

—Anne.

Me miró a los ojos y comprendí, en parte, lo que estaba sintiendo. Era agradable ver a alguien que venía de casa. Recordaba las palabras de la guardiana Egara, que yo había sido la primera voluntaria de la Tierra. Suponía que Anne había sido una prisionera. Me preguntaba lo que había hecho para ser condenada y enviada fuera de la Tierra. Tan pronto como lo consideré, me di cuenta de que su castigo *era* irse de la Tierra. No tenía que detestarlo. De hecho, al mirarla con su compañero y sus hijos, se veía bastante feliz.

—Un gusto en conocerte.

—Mami, arriba.

El pequeñín alzó sus brazos regordetes, y lo contemplé con asombro. No lucía tan implacable como su padre, el guerrero, pero tampoco era humano, exactamente. Los ojos de la niña eran como los del guerrero que la tenía en brazos, y supuse que era su padre. Pero el pequeño niño se veía ligeramente diferente, con ojos verdosos y un tono de piel distinto. ¿Era hijo del segundo compañero de Anne? ¿Tenía un segundo? ¿No tenían uno todas las novias de Prillon? Sin embargo, yo tenía dos compañeros, y solo estaba con Dare en este instante. Quizás su otro compañero se había ido a pilotear una nave espacial o algo así.

No tenía ni idea, y no le preguntaría eso bajo ningún concepto. Los dos críos eran adorables, y repentinamente podía imaginarme teniendo un par de bebés; uno con los ojos ambarinos de Zane, y el otro con los ojos grisáceos

de Dare.

—Tus hijos son hermosos. —Le sonreí, mientras ella se inclinaba para levantar a su hijo. Mi cumplido había sido sincero.

—Gracias. —Nuestras miradas se cruzaron y supe que había hecho una amiga—. ¿Qué cosa solías hacer? En la Tierra, digo.

Nadie me había preguntado eso y tener una conversación normal se sentía bien.

—Era una maestra de preescolar.

—Anda. Debes haber tenido la paciencia de un santo. Yo era una enfermera.

Sangre. Vísceras. Moco. Puaj.

—Vaya. Yo no podría hacer eso. Si veo sangre me desmayo.

—Para gustos, colores. —Ambas reímos, pero su compañero nos interrumpió.

—Disculpa, amor mío, debemos irnos. Debemos regresar a nuestra nave. Tengo una reunión en una hora.

El colosal hombre habló por primera vez y todo mi cuerpo se tensó. Conocía aquella voz. Dios mío, sí que conocía aquella voz —preguntándome si lo aceptaba como compañero— colocando su enorme mano alrededor de mi cuello y empujando mi cuerpo desnudo hacia su macizo pecho mientras otro hombre, su segundo, se deleitaba con mi sexo...

Los recuerdos me inundaron con una sensación de calor y tuve que mirar mi plato, esperando que mi estúpido cuerpo se calmase y me dejase en paz. Pero no tuve esa suerte, pues me habló directamente con aquella voz grave.

—Bienvenida, señorita Deston. Espero que encuentre toda la felicidad del mundo entre nosotros como una novia de Prillon.

Mi respuesta pareció más un gemido que palabras genuinas.

—Gracias.

Anne extendió su mano para tocar mi brazo y sentí que tenía que mirarla a los ojos de nuevo, o arriesgarme a ser vista como una maleducada. Cuando miré sus ojos azules, pude ver que sabía lo que yo había visto, lo que había vivido con el protocolo de procesamiento. Lo *sabía*. Podía verlo en sus ojos mientras la enorme mano de su compañero se apoyó en un lado de su cadera. Sus siguientes palabras lo confirmaron.

—¿El protocolo de procesamiento?

No podía mentirle viéndola a los ojos. Era imposible.

—Sí. Lo siento.

Eché la cabeza hacia atrás y rio con fuerza, el sonido era de puro placer. Me paralicé, horrorizada por su reacción. Había previsto que estaría enojada o avergonzada. En vez de eso, no podía borrar la sonrisa de su rostro.

—De nada, *señorita Deston* —dijo, haciendo un gran énfasis en mi nuevo título—. En verdad, no hay de qué.

Mis ojos se abrieron y ella me guiñó un ojo mientras su compañero la conducía hacia la puerta. Me miró por encima de su hombro.

—Seremos muy buenas amigas, Hannah. Te veré muy pronto.

Agité mi mano en señal de despedida mientras se iba y me volví para encontrar a Dare analizándome; sus fosas nasales se inflaron, como si pudiese oler mi excitación. Entonces recordé que realmente podía *sentirla* a través de nuestro vínculo. Mi cuello y mis mejillas comenzaron a ruborizarse con culpabilidad y sabía que me estaba volviendo de un color rosa brillante. Me había gustado... no, me había encantado lo que el capitán Hendry y su segundo le habían hecho a Anne. Anhelaba ese tipo de dominancia.

—Explica, Hannah.

Sacudí mi cabeza, negándome a confesarle al hombre mis verdaderos sentimientos y comí mi primer bocado de lasaña. El sabor del tomate, del orégano, del queso mozzarella y de los gruesos fideos hizo una explosión en mi boca. Era la mejor lasaña que había probado. Dejé escapar un pequeño sonido de placer y me precipité a tomar otro bocado; mi estómago se volvió, repentinamente, una cueva vacía y desesperada.

Dare me observó por un momento y, entonces, decidió dejarlo estar, comiendo su propia comida rápidamente. Cuando terminamos de comer, una mujer de Prillon con rostro amable se dirigió hacia nuestra mesa y recogió nuestros platos con una sonrisa tímida. Le di las gracias e hizo una reverencia.

—El placer es mío, señorita Deston. Bienvenida. Que encuentre mucha felicidad entre nosotros.

—Gracias. —Alcé la vista para descubrir que todos en el comedor, incluyendo ocho guerreros sin parejas, seis críos con sus madres y una pareja que parecía estar en sus sesenta nos miraban fijamente. Me volví hacia Dare, sintiéndome súbitamente incómoda al ser el centro de atención—. ¿Por qué todos me están observando?

Su pecho se hinchaba del orgullo y su sonrisa era la de un hombre que se

sentía generoso y complacido consigo mismo.

—Están esperando para conocer a su nueva señorita. El comandante es el segundo en la línea de sucesión para ser el Prime de nuestro mundo.

No tenía ni idea de qué era un Prime, y él debió haber notado la confusión en mi rostro.

—El líder de nuestro planeta. Nuestro rey.

Demonios. ¿Deston era el tercero en la línea de sucesión al trono de este maldito planeta? Mi pecho se comprimió. Calor. Hacía calor aquí.

Dirigí mi mirada hacia la pareja que se acercaba a nosotros y, luego, a Dare, quien parecía estar disfrutando mi momento de pánico, porque continuó.

—Zane, mi primo, también es el guerrero más temible del frente. Es el comandante de toda la flota de la coalición, no solo de esta nave y este batallón. Eres la novia del comandante Deston, Hannah. Y el segundo miembro de más alto rango de nuestra flota.

—¿Qué? ¿Qué significa eso? —susurré la pregunta de prisa, pues el guerrero anciano y su novia ya estaban llegando a nuestra mesa. No sabía nada sobre la guerra, ni sobre las naves de batalla, ni sobre su enemigo. Sabía cómo limpiar narices, cantar “Las ruedas del autobús” y pintar el alfabeto con acuarelas.

Dare se inclinó hacia atrás en su silla y se cruzó de brazos, asintiendo de una manera casi imperceptible al hombre que se dirigía hacia mí.

—El Prime gobierna nuestro planeta, pero el comandante gobierna todas las fuerzas militares de la coalición. Tiene más poder e influencia real que el Prime, pues supervisa a los guerreros de todos los mundos aliados. Zane reina en esta región del espacio. En la Tierra, creo que serías una reina, Hannah.

Durante la siguiente hora, me presentaron a todos en la sala y me dieron la bienvenida. No podía quejarme. Eran amigables, cálidos, y parecían estar genuinamente felices de recibirme. Incluso traté de sonreír y charlar un poco, pero la verdad era que me sentía agotada con mi estómago lleno y con los eventos del día acabando conmigo. Dare me vigilaba como un halcón y se puso en pie en el momento en el que la última mano regordeta hubo sostenido la mía.

—Gracias a todos por vuestra amabilidad para con la señorita Deston, pero está fatigada por su transportación. Debo llevarla de vuelta a nuestros cuarteles ahora para que se tome un bien merecido descanso.

Todos asintieron, mostrándose de acuerdo, y Dare puso su mano alrededor de mi cintura y me condujo fuera de la sala casi de la misma manera en la que el capitán Hendry había conducido a Anne. Él se cernía sobre mí, pero no retiró su mano mientras caminábamos por el vestíbulo hacia nuestros cuarteles.

Los colores de las paredes cambiaron de un naranja oscuro a un azul y, luego, al familiar color marrón-crema que significaba que estábamos cerca de nuestros cuarteles privados. Mientras nos íbamos acercando, mis pensamientos se dirigieron a Zane. ¿Estaba a cargo de todo el ejército del espacio exterior? ¿Ese mismo ejército que protegía a la Tierra y a todos los miembros aliados? ¿Era el líder de todos ellos? Y, lo más importante, ¿estaría en nuestros cuarteles, esperándome? ¿A qué me enfrentaría cuando esa puerta se abriera y pusiera un pie dentro?

Dare debió haber sentido cómo mis músculos de mi columna vertebral se tensaban mientras nos acercábamos.

—El comandante estará en el puente de mando durante toda la noche. Estaremos llegando al frente pronto. Tengo algunas horas libres antes de incorporarme a mi puesto. Entonces, él volverá a por ti. Siempre te cuidaremos, Hannah. Nunca estarás sola ni desprotegida, no mientras estemos vivos.

—Sí, pero podrías *morir*. Ambos podríais hacerlo. No puedo entregarme a un hombre o a dos que, voluntariamente, ponen su vida en peligro.

—Eres una novia de Prillon, Hannah. El que hayas sido enviada aquí significa que eres como nosotros: siempre caminas por el filo de la vida, Hannah. Disfrutas al sentir una pizca de miedo o dolor, ese indicio de peligro.

Recordé el sueño y aquella mano sobre mi garganta. No había sido real, pero lo había sentido. Me había gustado; ser atada, rendirme ante no solo un hombre, sino dos; su dominio sobre mí se evidenciaba en la manera en la que me tocaba.

—Veo, por cómo tus mejillas se sonrojan, que admites que esto es cierto —cuando estaba a punto de hablar, alzó su mano y sostuvo su collar con los dedos—. No puedes ocultarlo. Quizás Zane prefiere negarlo, también, por miedo a lastimarte; pero puedo verlo claramente. Has sido asignada a Prillon por nuestras proezas en la cama y en el combate. Si no fuéramos guerreros, no nos querías. Debes ceder y confiar en nuestra compatibilidad.

—Sí, pero... —comencé a decir, pero me mordí el labio.

Dare ladeó la cabeza.

—Pero ¿qué?

Palpé el collar.

—Tengo... Tengo la sensación de que se está conteniendo.

Dare alzó las cejas al escuchar aquello.

—Es el comandante. Tiene muchos secretos.

La respuesta era vaga, pero probablemente era cierta. ¿Estaba percibiendo un muro entre nosotros porque Zane no quería compartir los horrores de su trabajo? Era una pregunta interesante, así que asentí por toda respuesta. Necesitaría tiempo para considerarlo y, quizás, más tiempo junto a Zane.

—Bueno, ahora —dijo Dare, acercándose a mí y acariciando mi mejilla con sus nudillos— No es necesario que tus dos compañeros estén presentes para continuar tu preparación. Nada de Zane por esta noche, solo yo.

Me odié un poco cuando todo mi cuerpo se relajó al escuchar aquello. Zane era tan grande, tan intenso, y era tan endemoniadamente difícil resistirse a él. La conexión que tenía con él era más intensa que la que tenía con Dare. No quería lidiar con mis miedos en torno a él, pues aquella fuerte conexión también significaba que tenía un gran miedo de decepcionarlo. Esa idea me reconcomía.

¿Me sentía atraída por Zane porque era un guerrero? No tenía sentido, porque toda mi experiencia con los hombres de la Tierra me hacía huir de su falsa dominancia. Había aprendido por las malas que, la mayoría de las veces, sus preocupaciones tenían motivos egoístas. Sin embargo, con los guerreros de Prillon Prime sabía que los collares no podían mentir.

No quería enfrentar a mis emociones en cuanto a Zane. Aún estaban demasiado frescas. Un bostezo amenazó con escapar de mis labios, pero las siguientes palabras de Dare arruinaron aquel sentimiento dulce y de felicidad.

—Solo tenemos un par de semanas para prepararte para la reclamación, y no soy de los guerreros que descuidan a su compañera.

CAPÍTULO 9



Hannah

DARE ABRIÓ la puerta de nuestro cuartel y esperó a que entrara primero en la habitación. En el instante en el que la puerta se cerró, mi amable y considerado compañero se desvaneció.

—Sé que Zane trata de ser cuidadoso contigo.

Me volví hacia él y fruncí el ceño. ¿Así que Zane *sí* había estado conteniéndose? Lo había sentido por medio de nuestro vínculo, pero que Dare lo confirmara me hacía sentir incómoda. Era difícil de creer porque, cielos, el sexo había sido increíble. ¿Qué otra cosa quería Zane de mí que no le hubiese dado? ¿Qué necesitaba que le diera? Les había dado todo. Les había dado todo, excepto mi corazón. Este aún era mío.

—¿Por qué Zane... digo...?

—Zane cree que eres demasiado delicada, demasiado pequeña para tener dentro nuestros miembros del modo en el que te queremos follar —Dare se inclinó y alzó mi barbilla con sus dedos—. Yo no seré tan suave, compañera. Necesito que tu cuerpo esté preparado para mí —entonces me besó suavemente, tan dulcemente que necesité unos momentos para registrar sus siguientes palabras—: No quiero tener que esperar más tiempo del necesario para reclamar lo que es mío.

Pensé en el tiempo que pasamos junto a Zane. ¿Estaba confundiendo el placer con el poder? ¿Zane me había tratado como algo frágil? ¿Como algo que se quebraría? Y si lo había hecho, ¿sería capaz de aguantar más si eso era

lo que necesitaba? ¿Me quebraría, así como se lo temía? ¿Me daría la oportunidad de poner a prueba mis límites? ¿Quería yo que lo hiciera?

Aquel pensamiento hizo que mi sexo palpitara. Dios, sí, quería que me presionara. Quería sentirme completamente poseída. Quería confiar en que Zane sabría qué *tanto* podría presionarme. Quería cerrar mis ojos y entregarme a él. Pero no me atrevía a hacerlo, todavía no. Podía sentir la oscuridad dentro de él. Tenía miedo de algo. ¿Tenía miedo de poder lastimarme? ¿O miedo de poder quebrarme?

—¿Realmente soy tan pequeña en comparación con vuestras mujeres?

Dare elevó mis manos por encima de mi cabeza y las mantuvo allí, mirándome a los ojos.

—Sí, eres pequeña.

—Pero Anne también. Y parece que le va bien con el capitán Hendry.

Dare rio.

—Ella te saca al menos una cabeza de alto, pequeña. Y tiene un trasero más redondeado y hombros más anchos.

Era cierto. Anne era, al menos, quince centímetros más alta que yo, pero yo era de tamaño promedio en la Tierra. Y no era baja de ninguna manera. Según mi doctor, necesitaba perder por lo menos trece kilos. Bajé mis brazos para cubrir mi abdomen redondeado, sintiéndome avergonzada. ¿Era por eso que Zane se había refrenado? ¿Era demasiado grande? ¿Demasiado flácida? ¿Demasiado...?

—Brazos arriba, Hannah, como si estuvieras tratando de tocar el techo.

Por el tono grave de la voz de Dare mientras contemplaba mi pecho, sabía que la imagen de mis senos orientados hacia adelante había acaparado toda su atención. Bueno, por lo menos ser algo gorda aportaba el beneficio de tener pechos más grandes.

Permanecí inmóvil, insegura de lo que tenía que hacer, pero su tono autoritario hizo que una ola de electricidad recorriera mi piel. ¿Podía estar con Dare mientras no estuviera Zane? No lo sabía. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Alcé mis manos lentamente.

—¿Es que podemos... ya sabes... sin Zane?

—Soy tu segundo, Hannah. Tu collar está alrededor de mi cuello, y yo te acepté como mi compañera.

—Yo no...

—¿Rechazas el vínculo entre nosotros? ¿Me rechazas como tu segundo?
—Dare se paró frente a mí hasta que mi rostro estaba tan cerca de su enorme pecho que no podía ver nada más que no fuese él—. ¿Me rechazarías, compañera, y pedirías a Zane que nombrara a otro?

Mi sexo se contrajo al escuchar su tono de voz. Me gustaba este lado de él, más dominante.

—No.

No tenía ni idea si podía forzar ese asunto o no, pero no quería otro compañero, ni otro segundo. Zane era *mío*; lo sentía dentro de mi ser, incluso si él no sentía lo mismo.

¿Pero Dare? Dare ya estaba reclamando un pedazo de mi corazón. Y aunque necesitaba a otro hombre dominante y controlador tanto como al oxígeno, lo anhelaba. Solo bastaron las breves palabras de Dare para humedecer mi sexo.

Dare chocó sus labios contra los míos, su larga lengua me provocaba y degustaba como si jamás fuese a cansarse. Sentí sus enormes manos subiendo por mi piel para terminar en la parte de atrás de mi cuello. Solo tiró una vez del uniforme que llevaba puesto y la parte de arriba se deslizó hasta mi espalda.

—¡Ah!

Lo retiró de mi cuerpo con lentitud, dejando que mi boca besara cada milímetro de su piel desnuda mientras él me desvestía. Mis hombros, brazos, senos, panza y muslos sintieron el espiral de su lengua. Cuando se arrodilló para quitarme la ropa por debajo de los pies, estuve de pie frente a él, desnuda y temblorosa. Mi cansancio se había esfumado y fue reemplazado por un deseo vibrante.

—Túmbate sobre la cama. Quiero que estés boca abajo, Hannah, y aguarda a que vuelva mientras selecciono otro tapón de entrenamiento.

Caminé hacia la cama y apreté el tapón que aún estaba en mi interior mientras trepaba hacia los suaves cobertores. La tela color rojo oscuro se sentía como satén bajo las palmas de mis manos, y me abrí paso hasta el medio de la cama, en donde me tumbé. Dare se tomó su tiempo para escoger un tapón y, cuando se volvió para mirarme, vi que tenía el siguiente tapón de mayor tamaño en una mano y una pequeña botella de lubricante en la otra. Nuestras miradas se cruzaron mientras cerraba la distancia entre nosotros, y apreté mi sexo al ver la lujuria en sus ojos.

Antes de poder recuperar mi equilibrio ya estaba a mi lado, y colocó el tapón grande en la parte baja de mi espalda para que pudiese sentir su peso y amplitud.

—Abre tus piernas, Hannah. Déjame ver lo que es mío.

Como me moví con demasiada lentitud para obedecer, me propinó un sonoro azote sobre mi trasero desnudo. El ardor se expandió como fuego en mi nalga, aún dolorida, y mordí los cobertores para no gritar. Abrí un poco más mis piernas, pero Dare, aparentemente cansado de esperar, se movió y usó ambas manos para abrirlas de par en par. Extendiendo su mano por encima de mi cabeza, cogió un almohadón grande que estaba en la cabecera de la cama y elevó mis caderas para colocarlo debajo de mí. El tapón anal cayó a mi lado, pero Dare no prestó atención al sitio en el que aterrizó, no teniendo mi cuerpo frente a sus ojos como su área de juegos.

Ahora estaba completamente a su merced mientras se arrodillaba detrás de mí, entre mis piernas. Mi culo estaba al aire, como un escenario perfecto. Seguramente podría ver la base del pequeño tapón alojado en mi entrada dilatada. Mi vagina estaba abierta, también, y el aire de la habitación era un recordatorio de que podía verlo... todo.

—Qué hermosa, Hannah. Qué apretada. El semen de Zane cae de ti.

Dare acarició mis nalgas con ambas manos, tirando de ellas con la suficiente fuerza para entreabrir mi sexo y pinchar mi orificio virgen. Sus dedos se empaparon con la humedad que cubría mi vagina y la esparció alrededor de mi piel. Quemaba y me producía cosquilleos en cualquier sitio que tocaba, excitándome rápidamente. Con cuidado, tomó el tapón de mi trasero y tiró de él, sacándolo de mi cuerpo. Suspiré cuando mi cuerpo se relajó, sintiéndome inexplicablemente vacía. Dare cogió el nuevo tapón.

—Dare, no creo... No estoy lista.

El segundo tapón anal era demasiado grande, demasiado largo; era demasiado.

Dos largos dedos penetraron mi vagina y grité al sentir la invasión.

—¿Qué has dicho, compañera? —Me folló con sus dedos hasta que gemí y presioné contra su mano—. ¿No estás lista? ¿Incluso cuando tu coño está tan húmedo que podría follarte ahora mismo, tomarte fuerte y rápidamente, y me pedirías más?

Continuó atormentándome con una mano, pero con la otra elevó la botella de lubricante hasta el nivel de mi trasero. Sentí la pequeña invasión cuando la

punta se introdujo dentro de mí, y entonces la cálida corriente del líquido bañaba mi interior. Pronto un dispositivo más grande que el de la última vez me colmaría.

—Solo he estado aquí por un par de horas. —Mi voz sonaba entrecortada, mientras él seguía ocupándose de mis orificios—. ¿Probablemente necesitaría más tiempo para ajustarme al tapón pequeño antes de que uses uno nuevo?

Uno de los dedos de Dare trazaba círculos alrededor de mi entrada trasera. Me sonrojé, pues sabía que no estaba tan estrecho como antes; el tapón había hecho su trabajo.

—Tu cuerpo se está preparando para la ceremonia de unión, Hannah. Incluso tu culo se está ajustando y preparando. Tu cuerpo cambiaría por su cuenta, eventualmente, para acogernos a los dos dentro de ti; pero los tapones acelerarán el proceso. Me doy cuenta de que estás lista para el siguiente tamaño. Yo no te lastimaría. Confía en mí.

¿Dare me follaría luego de colocarme el siguiente tapón? ¿Pondría su colosal miembro dentro de mi sexo y me haría suya, así como Zane lo había hecho ya?

Cuando sacó el lubricante de mi trasero, desenterró sus dedos de mi vagina y tuve que apretar los cobertores con mis puños apretados para contenerme y no rogar que me diese más.

—No seré delicado esta vez, compañerita. Estás lista y recibirás lo que te dé. —Con esas palabras, procedió a separar mis piernas con una mano e insertó la punta del tapón anal con la otra—. ¿Por qué? Porque sé que lo quieres.

—¡Sí! —grité, sintiendo sus acciones bruscas.

No me lastimó, pero no era delicado como Zane. Retorció el dispositivo y lo encajó dentro de mi trasero hasta que no podía negarlo. Sentí el momento en el que mis músculos se relajaron y el tapón se incrustó en lo más profundo de mí, rápidamente, en una mezcla de placer y dolor que hizo que un gemido se escapara de mi garganta. Cuando estuvo bien colocado dentro, Dare tiró de él con delicadeza, no follándome con él, sino provocándome con la posibilidad de hacerlo; hasta que sentí que le rogaría para que hiciera algo más. Cualquier cosa.

Soltó el dispositivo y yo jadeé, esperando y preguntándome qué sucedería luego.

Su mano aterrizó sobre mi culo con un sonoro golpe, y yo aullé.

—Esto es por mentirme a mí y a ti misma, Hannah. *Estabas* lista. Estabas más que lista.

Eso era cierto. Había entrado en mí con una facilidad sorprendente. Aunque me había dilatado, no había sentido escozor y ni siquiera estaba adolorida.

—Lo siento.

No me importaba lo que tuviera que decir; necesitaba correrme. Necesitaba que me llevara al orgasmo.

—¿Lo sientes? ¿No estarás olvidando algo? —Introdujo dos dedos dentro de mi sexo al mismo tiempo que su otra mano aterrizó con un marcado golpe sobre mi otra nalga.

¿Olvidando algo? Dios, ¿qué estaba olvidando?

—¿Qué? —grité.

Me azotó nuevamente con un poco más de fuerza, mientras su pulgar encontraba mi clítoris y hacía presión sobre él con fuerza. Necesitaba estimulación para llegar al orgasmo, no esta presión constante. Moví mis caderas, tratando de obligarlo a que se moviese, y su mano me azotó de nuevo.

—Hannah, cuando estemos en nuestros cuarteles privados, me llamarás amo o señor. ¿Entiendes?

—Sí.

Moviéndose con tanta rapidez que ni siquiera le vi cambiar de posición, me tumbó sobre mi espalda y se cernió sobre mí. Observaba mi rostro mientras me follaba con su mano, llevándome al límite una y otra vez, y luego soltándome justo cuando la ola del éxtasis estaba a punto de bañarme. Sucedió una y otra vez, hasta que estuve sacudiéndome en la cama a punto de llorar.

—¿Quieres correrme, Hannah?

—Sí.

—Sí, ¿qué? —Su mano se detuvo, y abrí mis ojos para observar sus ojos grises. Su lujuria estaba alimentando la mía por medio de los collares y ni siquiera podía imaginarme lo que ha debido percibir conmigo. ¿Era por este vínculo que sabía cuándo detenerse? Estaba tan tensa que sentía que explotaría.

—Sí, señor. Por favor.

Su sonrisa casi bastó para correrme justo allí. Le había complacido, y el

cálido sentimiento que se apoderó de mi pecho no tenía nada que ver con el sexo; y sí tenía todo que ver con haberle hecho feliz.

Dare trajo sus labios cerca de los míos y me acarició con su lengua dentro de mi boca, imitando los movimientos de su mano, por debajo. Cuando grité, todo mi cuerpo se alzó de la cama con la fuerza de mi orgasmo; él me robó mi aire y me besó, bajando por todo mi cuerpo hasta tomar mi sexo con su boca. Chupó y lamió mi clítoris, usando sus dedos para acariciarme por dentro hasta que estallé nuevamente.

—Ya lo has visto, Hannah, tu sumisión no viene con un alto precio. Cuando te entregas libremente, solo recibirás placer a cambio. No hay nada que temer. No somos como los hombres de la Tierra.

Se puso de pie, entonces, y se quitó la ropa para colocarse en el borde de la cama. Apuntó al suelo que estaba bajo sus pies.

—Arrodíllate, Hannah.

Me sentía como si fuese cera derretida, pero me arrastré hacia él, ansiosa por probar el líquido preseminal que veía brotar de la cabeza de su enorme pene. Me arrodillé ante él, y el placer que vi en su rostro hizo que sintiera que mi corazón estaba a punto de explotar en mi pecho. Cualquier cosa que quisiera. Haría cualquier cosa. Me sometería, pues sabía que solo me daría placer. Necesitaba complacerlo también, necesitaba que fuese feliz conmigo. Estos hombres de Prillon le daban cuerda a mi locura de una manera en la que ningún humano lo había hecho. No solo quería complacer a mi amo; la felicidad de Dare se había vuelto, de cierto modo, la mía propia. Quería ver aquella expresión oscura y sentir la misma probada de dominancia con Zane, también. Aunque no creía que eso sucedería.

No quería pensar en ese asunto ahora mismo, no teniendo el miembro de Dare a unos milímetros de mis labios. Me arrodillé con mis piernas abiertas y mis manos descansando sobre mis muslos, con las palmas hacia arriba. Estaba lista para hacer lo que sea que pidiera, lo que sea que necesitara que fuera para él.

—Fóllame con tu boca, Hannah, hasta que acabe en tu garganta. Engúlleme. Ahora.

Me incliné con impaciencia y lo chupé. Jugueteé con mi lengua y acaricé sus huevos y la base de su miembro, hasta que enterró sus dedos en mi cabello y perdió el control. Apenas podía respirar, pero no me importaba. Su líquido preseminal se derramaba en mi boca, calentando mi sangre a una

temperatura febril que amenazaba con arrojarme hacia otro orgasmo. Lo devoré y lo acogí en lo más profundo hasta que no podía respirar, y lo mantuve allí tanto como pude; la presión iba en aumento dentro de mí y la necesidad de oxígeno se incrementaba. Sabía que podía sentirlo por medio de nuestro vínculo y sabía que lo hacía enloquecer.

—Ah, compañera, cómo me tientas.

Se echó hacia atrás y cogí aire con una respiración irregular antes de chuparlo fuerte y rápidamente. Se corrió, su miembro se sacudía en mi boca como si fuese un animal salvaje mientras yo tragaba todo. Me corrí al sentir la primera gota de semen en mi garganta, mi cuerpo se calentaba y ablandaba, contrayéndose alrededor de la gruesa barra dentro de mi trasero. Tan pronto como hubo acabado, cayó de rodillas frente a mí y se acercó a mi sexo. Me flexionó hasta que mis hombros tocaron el lado de la cama y mi cuello se arqueó hacia atrás. Mi cabeza descansaba sobre la mesa cuando él se cernió sobre mí, con su boca sobre la mía y su mano moviéndose dura y rápidamente dentro y fuera de mi sexo, acariciando mi clítoris para hacer que me corriera otra vez.

Solo me hicieron falta un par de segundos para estallar. Me hice añicos. Me sostuvo, estaba atrapada entre la cama y su enorme cuerpo. Cuando mi sexo dejó de contraerse alrededor de sus dedos él siguió allí, con su mano en mis profundidades y su boca sobre la mía. Su beso ya no era exigente, sino suave; y su roce ya no era agresivo, sino tierno, y no tenía voluntad para hacer nada más que no fuese quedarme en el sitio que él quería; permitirle que me adorara y calmara luego de la tormenta. Cuando sus labios abandonaron los míos para recorrer mi cuerpo, no me moví. No podía. Ya no me quedaba nada más.

—Hannah, dulce Hannah.

—¿Sí, señor?

Mi respuesta fue un suspiro más que otra cosa. Sentía dolor en mis rodillas y mi trasero escocía, pero no podía moverme; no mientras me quisiera aquí.

—Ahora dormirás.

—¿No quieres... no quieres follar mi coño? —susurré.

Negó lentamente con la cabeza, pero pude ver cómo sus ojos se entrecerraban con lujuria.

—Tu coño le pertenece a tu compañero hasta que tengas un hijo. Solo

podré follarte allí cuando la semilla de Zane haya echado raíces. Hasta ese entonces, tengo otras maneras de darnos placer a los dos —me movió—. Por ahora, duerme.

Eso sonaba bien.

Dare me alzó del suelo y descorrió los cobertores antes de meterme en la cama, como si fuera una cría. Me pregunté si planeaba dejarme, pero suspiré con satisfacción cuando se dejó deslizar a mi lado y nos cubrió con las sábanas. Me acurruqué a su lado, sintiéndome sana, salva y satisfecha, y confié en que Dare me cuidaría mientras dormía.

CAPÍTULO 10



Zane. Tres semanas después.

REGRESÉ a mis cuarteles luego de otra noche larga y difícil tras analizar los reportes que traían desde el frente. Habíamos arribado a la zona de combate hacía más de una semana, pero el Enjambre estaba ganando terreno. Habíamos perdido dos pequeños cargueros y una nave de exploración hasta ahora; pero luego de meses de cero pérdidas, el cambio en sus tácticas no era una buena noticia para mi flota.

Y las noticias de mi vida privada no eran mucho mejores.

No estaba ganando la guerra por el corazón de mi novia.

Hannah ha sido mía por tres semanas. Dare había calmado sus inquietudes sobre la pérdida de nuestras vidas, pero había algo más. Aún no había prometido ser mía. El tiempo se estaba agotando. Y, como siempre, cuando regresaba a mi cama la encontraba acurrucada con Dare; ambos estaban desnudos, satisfechos y apretujados como si ya fuesen un solo cuerpo y alma. Y yo no era parte de esa ecuación.

Podía sentir el placer que le proporcionaba el contacto con Dare desde lugares tan lejanos como el puente de mando. Nuestro vínculo por medio de los collares era un constante recordatorio de su placer —sin mí—.

Hannah no me miraba, no de la manera en la cual miraba a Dare. Se suponía que era *mi* compañera asignada. *Mía*. Y, aun así, ella acudía a él, confiaba en él, enredaba sus brazos desnudos alrededor de él, y dormía.

Quería que lo aceptara como su segundo. Necesitaba que lo aceptara,

pero un lado de mí, oscuro y colérico, se retorció en mi interior cuando los veía juntos así, cuando quería tener su afecto, pero no podía tenerlo. La necesitaba de una manera más profunda y oscura de la que podría soportar, y mi frustración por no obtener lo que necesitaba me hacía ser brusco y seco con ella, lo cual la hacía irse corriendo hacia Dare. Era más potente con los collares.

Conmigo estaba constantemente inquieta, moviéndose nerviosamente y mordiendo su labio inferior porque podía percibir que había algo... extraño en mí. Casi nunca me miraba a los ojos y, rara vez, reía si me encontraba en la misma habitación. Dare pasaba más tiempo con Hannah que yo, pues mi función de comandante me mantenía lejos de ella por más tiempo del que me gustaría.

Comprendía las razones lógicas por las cuales se sentiría más a gusto con él. Era más afectuoso. La tocaba de manera imperceptible, le sonreía y le traía regalos con frecuencia. ¿Yo? Yo quería ponerla contra la pared y follarla como un animal salvaje. Quería atarla a mi cama y sacar orgasmos de su hermoso cuerpo hasta que se quebrase del placer, hasta que dejase de pensar y solo pudiese sentir lo que le estaba dando. Quería azotar, atizar y fustigar su culo perfecto mientras controlaba su cuerpo, sus orgasmos y su placer. Hasta que se perdiera completamente y olvidara su propio nombre, pero no el mío. Solo habría un nombre que se escaparía de sus labios cuando nada más le importase: *señor*.

Como comandante, necesitaba una vía de escape, algo para liberar el estrés y, sin embargo, sabía que no podía obtenerlo a costa de su cuerpo. Estaba comenzando a dudar del proceso de asignación. Se suponía que debería ser perfecta para mí, pero era frágil y muy pequeña. Las cosas que quería solo la asustarían aún más, así que me contenía. Trataba de ser más como Dare. Más tierno con ella. Delicado. Cuidadoso para no asustarla. Y no estaba funcionando. Joder, no estaba funcionando.

Había decidido buscar orientación externa. Ya era suficiente. Necesitaba a un experto y, en mi flota, en lo que respecta a mujeres humanas, solo había uno.

Un despertador se activó y los ojos de Dare se abrieron instantáneamente. Sus ojos se enfocaron en mí de inmediato. Sus reflejos eran tan agudos como siempre y esta era una de las razones por las cuales confiaba en él para mantener a mi Hannah a salvo.

—Zane.

Asentí y contemplé el cabello oscuro de Hannah, que descansaba enclavado en la curva de su brazo. Anhelaba extender mi mano y acariciar sus mechones sedosos, especialmente ahora, que estaba dormida. No podría actuar de una manera retraída ni evasiva si no estaba despierta.

—¿Cómo está?

—Ya te lo dije, percibe que hay algo contigo. El collar la hace sentir tu rechazo.

Alcé las cejas.

—¡No la estoy rechazando! —Traté de mantener la voz baja, pero era difícil.

—No estás mostrando todo tu yo y ella lo sabe. Estás frustrado con su falta de aceptación, pero ¿cómo puede aceptarte si sabe que te estás reprimiendo? Gruñirle todo el rato no va a ayudarnos a que sea nuestra. —La voz de Dare era casi un susurro y bajé mi voz para igualarla. Ninguno de nosotros quería que estuviera despierta para oír esta conversación.

Esta era, también, la primera vez que Dare me hablaba sobre los sentimientos de Hannah, y me crucé de brazos. ¿La precaución que tenía con ella era tan obvia?

—Está bien, segundo. Dime lo que necesites decirme. Mi compañera me teme. ¿Qué otra cosa necesito saber?

Dare rodó los ojos y quise golpearlo.

—Tiene miedo de amarte. Tiene miedo de que alguno de nosotros muera, claro, pero además de eso sabe que no le estás dando todo cuando ella prácticamente ha desnudado su alma.

—Así es la vida de una novia de Prillon.

—Qué cabezota, Zane. ¿Ya tenías la cabeza así de dura cuando tu madre te dio a luz? ¿O se te ha puesto así después?

Dare suspiró y apartó a Hannah de su hombro. Estaba muerta para el mundo, tal como todas las mañanas. Mi Hannah no era muy madrugadora. Mi segundo salió de la cama y apreté mis dientes cuando vi que ambos estaban desnudos. Disfrutaba follar a mi compañera, pero ella no se acurrucaba a mi lado ni dormía como lo hacía con Dare. Quería que tuviera esa confianza en mí. Lo necesitaba con una ferocidad que me comía por dentro, haciendo que mis tripas ardieran como ácido que devoraba mi carne desde el interior.

Dare usó el Gen-S para pedir un uniforme limpio y se lo colocó. Debía

estar en la cubierta de vuelo en menos de una hora. Estaba enviando a su unidad para que explorase la base del enemigo reportada por el sistema en la quinta luna del planeta. Si los reportes eran ciertos, entonces el Enjambre estaba expandiendo su territorio de nuevo. Lo que significaba malas noticias para todos nosotros.

Vestido y listo, Dare se detuvo ante mí y puso su mano sobre mi hombro.

—Mira, Zane, necesitas hablarle más. Perdió a sus padres cuando era joven. Su hermano era un enclenque y un parásito, y los hombres de su mundo se aprovecharon de su naturaleza sumisa. La utilizaron. El amo en el que confiaba para que cuidara de ella la utilizó como un niño egoísta y la lastimó mucho.

—Es exactamente por esto que no puedo dejar que vea mi lado más básico. Si me tiene miedo ahora, imagina como sería si supiera la verdad.

Dare negó con la cabeza lentamente.

—La estás alejando y ella hace lo mismo. Ambos sois tan testarudos. Tal vez deberías confiar en los protocolos de emparejamiento. Quizás te quiere tal como eres.

Miré los ojos suplicantes de Dare y luego a la frágil y hermosa mujer que estaba sobre mi cama.

—Lo dudo —refunfuñé. No me querría si supiera la verdad de mi naturaleza—. No me ha contado ninguno de sus secretos... sobre esos hombres —escupí la última palabra como si fuese algo repugnante. Alguien que haya usado a una mujer de la manera en la que Dare había descrito no era un hombre de *verdad*.

—No le has preguntado.

Dare me dio unas palmadas en el hombro y se dio la vuelta para dejarme a solas con mi compañera, pero sentí la necesidad de advertirle algo.

—El príncipe Nial saldrá de patrulla contigo.

Dare puso los ojos en blanco.

—¿De nuevo? En serio, Zane, ¿cuándo enviarás a ese vividor malcriado a casa?

—Explícate.

Sabía que mis hombros se habían tensado, pero Dare había dejado la prudencia de lado hoy, expresando su opinión sobre más cosas que solo nuestra compañera.

—Es insensato, Zane. Se arriesga demasiado. Es como si pensara que es

invisible para el Enjambre. He tenido que cubrirle las espaldas en más de una ocasión.

Me reí. Sí, mi primo, el príncipe Nial, era todo eso y más.

—Es joven, Dare. ¿O es que nosotros no fuimos invisibles una vez, también?

Dare se encogió de hombros.

—No me culpes si acaba muerto.

—Lo tendré en cuenta.

Dare me dejó a solas con mi novia y la contemplé sintiendo un hambre por sus caricias que me carcomía por dentro. Pensé en quitarme la ropa y subirme a la cama junto a ella, pero se sobresaltaría cuando se despertara y ese hermoso color rosa se extendería desde su pecho hacia su rostro delicado. Lo sabía, pues ya lo había intentado más de una vez. Si quería follarla, ella me dejaba hacerlo, y era sensual y reactiva en mis brazos. Cuando terminábamos, y luego de haber escurrido hasta la última gota de placer de su cuerpo, me daba la espalda y se vestía, diciendo que necesitaba ir a sus clases.

Dare le había conseguido un trabajo con los más jóvenes a bordo de la nave. Los había transformado, llevándoles a nuestros niños canciones y juegos terrícolas. Los pequeñines la adoraban tanto como yo, y sus ojos brillaban con felicidad cuando se veía rodeada de su juventud e inocencia. Cuando la contemplaba junto a ellos en la sala de vigilancia, mi corazón comenzaba a doler como si me hubiese apuñalado con un cuchillo, dejando la cuchilla clavada en el interior. La observaba con frecuencia, sintiéndome como algún idiota acosador y no como el compañero que había elegido. Definitivamente necesitaba ayuda de un experto.

Con mi decisión ya tomada, sacudí con delicadeza el hombro de Hannah, y así desperté a mi novia. La observé moviéndose, estudié las suaves líneas de sus curvas y disfruté de su gracia mientras se vestía. Cuando estuvo cubierta, la llevé a la estación de transporte. El capitán Hendry y su esposa nos estaban esperando. Anne era humana y venía de la Tierra. Hendry era su compañero asignado. Si alguien podía ayudarme a descifrar lo que tenía que hacer con Hannah, ese era él.

En la estación de transporte, tomé la mano de Hannah y la conduje hasta la plataforma de transportación. Se daba la vuelta, mirando el suelo.

—¿En dónde están los círculos?

—No hay círculos.

Estaba hablando de cosas sin sentido, pero su expresión confundida era tan hermosa que no pude resistirme y la besé. Cuando terminamos estaba jadeando, y podía oler su excitación; la podía sentir por medio del vínculo, pero se alejó de mis brazos y comenzó a dar vueltas en círculos, mirando el suelo, luego el techo y volviendo al suelo nuevamente. Una y otra vez.

—Hannah, quédate quieta para que podamos iniciar la transportación.

—¿Pero en dónde están los círculos? ¿Cómo se supone que voy a saber en dónde pararme?

—Compañera mía, no hay círculos.

—¿Pero no es como en *Star Trek*? ¿Ya sabes, no hay que pararse en los círculos y decir “Teletransportame, Scotty”?

Su pulso se disparó y pude sentir su inquietud.

Me acerqué y la sostuve contra mi pecho, rodeándola con mis manos para que se estuviera quieta. Usé mi mano para colocar su mejilla sobre mi corazón.

—Silencio, compañera. No hay círculos en el suelo. Solo no te muevas. Te tengo.

Asentí con la cabeza hacia el ingeniero de transportación, y sentí la extraña sensación de malestar y vértigo por unos momentos, lo que significaba que estábamos viajando desde mi nave de guerra hacia la pequeña nave del capitán Hendry. Hannah estaba temblando en mis brazos y, cuando observé su rostro, vi que sus ojos estaban cerrados.

—Hannah, puedes abrir los ojos. Ya ha acabado.

—Guau. La última vez estaba dormida. Eso se sintió como si me hubiese montado al revés en una montaña rusa que jamás para.

—¿Qué es una montaña rusa?

Quería conocerla, entenderla; pero era como si hablara en otra lengua, como si viniese de otro mundo. Lo cual era cierto. Mi corazón se sintió pesado al pensar en eso, pero no tenía tiempo para ahogarme en el sentimiento.

—¡Bienvenido, comandante! Señorita Deston.

El capitán Hendry y su compañera estaban de pie al otro extremo del transportador.

Hannah se movió en mis brazos y la solté.

—¡Anne!

Ambas mujeres se abrazaron y Anne se separó de Hannah con una sonrisa cálida en el rostro.

—Ven, Hannah. Quiero mostrarte los alrededores. He escuchado hablar mucho de ti por mi hija. Mira cuánto te quiere ya.

Las mujeres salieron de la sala y seguí a Hannah con la mirada hasta que la puerta se cerró detrás de ellas.

—¿Asumo que mi compañera estará protegida a bordo de tu nave, capitán?

Me dirigió una sonrisa.

—Dos de mis mejores hombres estarán a tres pasos de distancia.

—Bien. —Di un paso fuera de la plataforma y nos saludamos como los guerreros lo hacían, con nuestros antebrazos juntos mientras nuestros brazos se unían en señal de amistad—. Ahora, ¿en dónde está el alcohol?

Hendry rio.

—Bebe todo lo que quieras, comandante, pero no servirá de nada. Mi nave extraerá el veneno de tu sangre tan rápido como lo bebas.

Suspiré. A veces realmente detestaba la tecnología. Recordaba los días de mi juventud en los que podía beber hasta embriagarme.

—Lo sé. Maldición.

Me dio una palmada en el hombro.

—Venga. Vayámonos a algún lado en el que podamos hablar sobre esa linda compañera que tienes.

Lo seguí hasta el puente de mando de su nave y, luego, entramos en la pequeña sala de guerra anexada, que era similar a la mía. Estábamos solos.

—Habla, Zane. ¿Qué cojones te tiene tan desesperado que has venido hasta aquí para pedirme consejo?

A pesar de que me sentía muy incómodo con esta conversación, esa era la razón por la que había venido a su nave. Necesitaba ayuda para ganarme el corazón de mi Hannah y sin importar qué tan delicado y considerado trataba de ser con ella, sin importar todo el placer que le daba, su corazón se alejaba de mí.

—Es mi compañera asignada. Leí los informes. Tenemos casi un ciento por ciento de compatibilidad. Pero escoge a mi segundo y me rehúye. Tiene miedo de mí. Dare dice que percibe que me estoy conteniendo. Nunca baja la guardia. Sé que la asusto, pero mientras más trato de controlarme, peor se pone todo.

Hendry se sentó en la punta de la mesa de conferencias y me observó mientras caminaba intranquilo alrededor de la sala.

—¿Y qué más dice Dare?

—Que perdió a sus padres y ha sido utilizada por los hombres de su mundo. Dare dice que necesito hablarle más o contarle sobre mi naturaleza dominante.

Como el viejo y confiable amigo que era, estaba enterado de mis inclinaciones básicas. Él también las tenía.

Hendry se cruzó de brazos y se inclinó hacia atrás, observándome.

—¿Pero, es que estás decidiendo en su lugar lo que necesita o no necesita?

Pasé mis manos por mi cabello y gruñí.

—No sé lo que necesita. Nada se siente bien. ¡Es tan pequeña! Nunca he conocido a otra humana que no sea tu Anne. No sé nada sobre su cultura o costumbres. Tengo miedo de poder romperla.

Hendry soltó una risa.

—Hannah no es el problema aquí, Zane. Eres tú.

—¿Qué?

—Eres el que se está conteniendo. Eres tú quien rechaza a tu compañera.

Abrí mi boca para negar esa gilipollez, pero él alzó su mano.

—Escúchame.

—Haz que valga la pena, Hendry, o podría decidir destriparte y marcharme.

El capitán enarcó una ceja, pero no mordió el anzuelo. Habíamos sido amigos por años y, con toda honestidad, quería escuchar lo que tenía que decir.

—Es tu compañera ideal, Zane. Es tuya. ¿Qué quiere decir eso?

—No lo sé, y voy a terminar perdiéndola en menos de una semana si no lo descubro.

—¿Recuerdas mi ceremonia de unión?

Ah, sí. Lo recordaba. Había follado a Anne muy rápido y con fuerza; tanto él como su segundo la tomaron como animales salvajes mientras ella gemía y gritaba, rogando por más. Había sido parte de su círculo íntimo, uno de los pocos suertudos que habían sido testigos de la unión y habían dedicado su vida y jurado lealtad a su unión.

Hendry me miró a los ojos.

—Follé a Anne. Mi segundo la tomó mientras yo la sujetaba, y le di unas nalgadas sobre su trasero. Compartimos su cuerpo como dos animales salvajes. Sostuve su garganta, la até y la follé hasta que no podía recordar su propio nombre.

Me aclaré la garganta. Maldición. Quería hacer todo eso con Hannah. Todo eso y más.

—Sí. Estaba allí.

—Pero esa no era su primera vez. —Hendry se inclinó, con una mirada decidida—. Tu Hannah fue asignada a Prillon Prime, a *ti*, usando la grabación de las UPN de Anne. Tu Hannah experimentó esa reclamación por sí misma —el capitán colocó ambas manos sobre la mesa, como si estuviera tratando de conseguir soporte para poder decir las próximas palabras—: Hannah vivió eso desde el punto de vista de Anne. Y esa experiencia fue lo que la condujo hacia ti. No seas blando, Zane. Para de contenerte. Es una sumisa, y es receptiva a tus necesidades. Sabe que no estás dando todo de ti. Puede percibirlo, de la misma manera en la que tú sabes que se siente infeliz e incómoda cuando está contigo. Pero ella no sabe lo que quieres que sea, Zane. Necesita que muestres quién eres realmente; necesita conocer las reglas. No se entregará a ti, ni te amará, ni confiará en ti hasta que hayas desnudado tu alma y liberado a la bestia.

CAPÍTULO 11



Hannah

ZANE ESTABA EXTRAÑAMENTE callado cuando regresamos a la sala de transportación. Lo miré con el rabillo del ojo, pero aparté la mirada cuando se volvió para mirarme. Algo había cambiado. Estaba en calma, extrañamente en calma, como si el capitán Hendry le hubiese suministrado un tranquilizante o algo.

Joder, quizás a mi compañero solo no le gustaba mi compañía. Había dejado de hablarle luego de los primeros días. Era el rey de las respuestas de una sola sílaba, y ya estaba harta de intentar sacarle información que, obviamente, no quería darme.

Me follaba cada noche mientras Dare estaba dentro de mi boca. Me habían explicado que solo el compañero principal podía descargar su semen dentro de mi sexo hasta que estuviera embarazada con mi primer hijo. Luego de eso, mi cuerpo se convertiría en una barra libre y los dos hombres podrían tomarme tan fuerte y tan a menudo como quisiesen.

Sabía que esa noche, aquella en la que había dicho que quería regresar a mi casa en la Tierra, había alejado a Zane, que le había decepcionado. Me arrepentía de haberlo lastimado, pero sin importar lo mucho que tratara de complacerlo, no me dejaba entrar en su corazón. Desde aquella noche, había algo que no estaba bien entre nosotros. Sentía cómo la brecha crecía, como una tela rota que se rasgaba cada vez más con cada día que pasaba. Era frío y severo y, a pesar de que me miraba con ojos llenos de deseo y me tomaba con

una necesidad desesperante, también había ira. Aunque con el collar podíamos compartir el inmenso placer que sentíamos los tres cuando follábamos, también traía otros sentimientos intensos.

¿A dónde se había ido el afectuoso hombre que había conocido en la estación médica? ¿En dónde estaba ese compañero? El compañero que me daba órdenes y chupaba mis pezones mientras el doctor me hacía llegar al orgasmo, para luego acostarme sobre su regazo y acariciar mi espalda para demostrarme que estaba a salvo. ¿A dónde se había ido el compañero que me sostenía sobre sus piernas, me azotaba hasta que llorara y, luego, me prometía que jamás me sentiría sola de nuevo? ¿En dónde estaba mi ancla en esta tormenta? ¿Mi amo?

Se había ido y tenía miedo de jamás poder recuperarlo. Había aprendido a amar a Dare, y lo sabía, ¿pero que Zane y yo estuviésemos así, caminando uno al lado del otro en el vestíbulo sin tocarnos, sin hablarnos, sin sentir ninguna reacción de su parte salvo una impenetrable barrera helada? No podía con esto. No durante el resto de mi vida. Quería más. Merecía más.

Aún no le había dicho esto a Dare, pero había decidido buscar a un nuevo compañero cuando los treinta días hubiesen acabado. Dare estaría enojado conmigo, y lo extrañaría, pero no veía alternativa. Eso significaba que tenía cuatro días para estar con mis compañeros y, luego, seguiría adelante y le daría a Zane la libertad que obviamente deseaba. No sería su juguete sexual, la mujer con la que se negaba a hablar durante el día, pero en la que sí enterraría su pene cada noche. Me negaba a amar a Zane, pues sabía que jamás me correspondería. E incluso, cuando los tres estábamos juntos, Zane follaba perfectamente; pero sabía que estaba conteniéndose. No estaba allí realmente con nosotros, y estaba cansada de sentir que era una decepción para él. Zane no se sentía feliz conmigo, y su dolor me lastimaba. Necesitaba hacer feliz a mi compañero. Necesitaba ser lo que quería que fuese, lo que él necesitase. Y yo era un completo y absoluto fracaso. Zane se sentía miserable, y su dolor me estaba despedazando. Necesitaba irme para que pudiese encontrar a una compañera que quisiera, a una mujer que lo satisficiera, a una mujer con quien pudiese compartir su lado oscuro en vez de ocultarlo.

¿Quizás me enviarían a otro batallón, tan lejos de Dare y Zane como fuese posible? ¿Podría pedirle al programa de novias que me enviase lejos de Zane? Ya estaba abatida, pero ver a mis compañeros cada día se sentiría

mucho peor. No sabía lo que implicaba solicitar a un nuevo compañero, pero tenía pensado preguntar. Quizás me iría con el príncipe Nial cuando regresara a su planeta en un par de días. Seguramente ¿podrían asignarme un nuevo compañero allí? Y así jamás tendría que ver a Zane o a Dare otra vez. Ese pensamiento se sintió como una cuchilla enterrada en mi estómago, pero no podía vivir así. Le había fallado a mi compañero. No era lo que quería ni lo que necesitaba. Era tiempo de dejarlo ir.

Nos paramos sobre la plataforma de transportación y Zane me recibió en sus brazos una vez más mientras la extraña sensación de malestar y vértigo invadía mi cuerpo. Cuando hubo acabado, pensé que Zane me soltaría, tal como lo había hecho antes. En vez de eso, miró al ingeniero de transporte por encima de mi cabeza.

—Transpórtanos a mis cuarteles privados en el piso diecisiete.

—¿Señor? —Vaciló el ingeniero, y me tensé en los brazos de Zane. ¿Qué rayos había en el piso diecisiete?

—Es una orden.

—Sí, señor.

Envolví mis brazos alrededor de la cintura de Zane, y me aferré a él mientras el transporte nos dirigía a un sitio nuevo, un sitio del que nunca había escuchado hablar. Cuando la transferencia terminó, traté de zafarme del abrazo de Zane para mirar los alrededores, pero él no me lo permitió. Me alzó y caminó con mi cuerpo al revés hasta que mi espalda tocó una pared suave. Zane bajó sus manos hasta donde estaban las mías, sobre su cintura, tomó mis muñecas y las elevó sobre mi cabeza.

—He estado ocultándote algo, compañera mía. Creo que has podido percibirlo durante todas estas semanas.

Mi pulso se aceleró mientras él alargaba mis brazos, hasta que me encontré en puntillas.

—¿Qué?

—A mí.

Sentí cómo algo frío y duro como el acero se cerró alrededor de mis muñecas. Zane aflojó su agarre y traté de bajar mis brazos, pero no podía. Estaba atrapada. Mi sexo se contrajo y me estremecí al ver la fogosidad en los ojos de Zane mientras desplazaba sus manos hacia la parte interna de mis brazos para sostener mis senos a través de la tela de mi túnica. Pellizcó mis pezones con fuerza, y jadeé cuando su boca conectó con la mía.

Su beso hizo que todos los pensamientos que no estuvieran enfocados en él se desvanecieran. Su larga lengua se enrollaba, explorando, tomando y degustando mientras sus manos se deshacían de mi ropa. Cuando el beso terminó, me encontraba desnuda; mi ropa estaba hecha trizas bajo nuestros pies y mi vagina estaba tan húmeda que podía sentir mi excitación bañando la parte superior de mis muslos, dándole la bienvenida a su enorme miembro. La frente de Zane descansaba sobre la mía, y sus manos estaban en la curva de mis caderas desnudas.

—Me llamarás “amo”. Nada más.

Me estremecí, temerosa de lo mucho que lo deseaba. No dudé al responder:

—Sí, amo.

Besó mis mejillas, y luego mi barbilla.

—Si necesitas que me detenga, di “limonada”.

¿Qué?

—Odio la limonada.

—Lo sé, Hannah. Lo sé. He leído tu expediente. De hecho, lo he memorizado.

Su boca se cerró alrededor de mi pezón y yo gemí, pues la sensación de tirón enviaba ráfagas de deseo directamente desde mi seno hasta mi clítoris. ¿Había memorizado mi expediente de novia? Había pasado cuatro días en el centro de procesamiento de novias respondiendo un sinfín de preguntas sobre todo, desde mi platillo favorito hasta mis recuerdos de la niñez. Incluso tenían todas las puntuaciones de mis exámenes partiendo desde la primaria.

—Zane.

Le dio un mordisco a mi pecho, lo suficientemente fuerte como para que doliese.

—Amo.

¿Cómo había podido olvidarlo? Me estiré como si estuviera presentando una ofrenda pagana, con mis manos sobre mi cabeza y mi cuerpo desnudo en bandeja para él. La habitación era de un color rojo intenso, como su collar, y había una cama inmensa en un lado; en el otro, estaba la mesa de juguetes. Estaba atada a un gancho que sobresalía de la pared acolchada. Había ganchos y correas de distintos tamaños y figuras que colgaban de una docena de lugares sobre la pared, por lo menos. Los dos objetos que estaban cerca de mis pies eran fáciles de adivinar. Obviamente eran para mis tobillos. ¿Pero

los otros? No tenía ni la menor idea.

Había leído sobre algo similar en mis novelas rosas de la Tierra. Un calabozo. Era lo que las personas que formaban parte del estilo de vida BDSM usaban para jugar sus juegos sexuales. Para tener sexo. Para follar.

—¿Amo, por qué? ¿Por qué no me lo habías dicho? Pensé que tú...

Se desvistió mientras mi voz se iba apagando. Lo observé mientras dejaba en descubierto el enorme tamaño de sus hombros y su pecho colosal. Su cuerpo tenía una perfecta figura en forma de V, con pechos definidos y un pene lo suficientemente grande como para hacer que me desmayase.

Por primera vez en días, mi trasero estaba vacío; había usado el tapón más grande con facilidad y ya no los necesitaba más. No sabía qué era lo que necesitaba más: su miembro dentro de mi sexo vacío o que me tomara por detrás por primera vez. Dios, quería las dos opciones.

Me condujo hacia una pequeña mesa que bordeaba la pared. En esta mesa había una gran variedad de tapones y consoladores, correas y cosas que podía usar conmigo. ¿De qué manera? No tenía idea.

No tuve más tiempo para preguntarme nada, pues Zane regresó y se arrodilló ante mí, con un gigantesco consolador en una de sus manos y lubricante en la otra. Esperé que me diese la vuelta y preparase mi trasero para el consolador, pero en vez de esto, su boca atrapó mi clítoris y lo chupó hasta que mis ojos se cerraron y mis rodillas flaquearon. Cuando estaba cerca del éxtasis, empujó el consolador dentro de mi vagina con una rápida y firme estocada, dilatándome tanto que me corrí en toda su boca. Con la parte de atrás de su mano limpió el húmedo deseo de su boca.

—Sé que temes que muera en la batalla. No le tengo miedo a la muerte, compañera; mi único miedo era el de poder lastimarte, que mi naturaleza áspera y agresiva te asustara y alejara de mí. Eres tan pequeña, tan delicada y frágil. Te he ocultado mi verdadera personalidad. Pero ya no más.

—¿Era por esto que me rechazabas?

Sentí cómo la tristeza se mezclaba con la esperanza.

—¿Rechazarte? Nunca. Te estaba protegiendo. De mí. De mi naturaleza oscura.

Pude ver honestidad en su mirada; se sentía pura e intensa por medio del collar.

—Quiero tu naturaleza oscura —admití—. La necesito. Necesito todo de ti.

Alzó la vista hacia mí y simplemente asintió.

Jadeando y sin aliento, no me resistí cuando me giró para verme de cara a la pared. Mi sexo aún estaba atiborrado con el consolador. Como lo esperaba, sentí la punta del familiar lubricante introduciéndose en mi entrada trasera, y el calor que emanaba se extendió en mi interior como una ola. En vez de sentir un tapón dentro de mi trasero, no sentí nada, hasta que Zane me alzó del suelo.

Desenganchó mis brazos de la pared que estaba sobre mi cabeza y me llevó en brazos hacia el borde de la cama, en donde me puso de rodillas. Tan pronto como recuperé el equilibrio, sus manos se enredaron alrededor de mi garganta suavemente, con delicadeza; y arqueé la espalda mientras el recuerdo de la reclamación de Anne invadía mi mente y el fuerte pecho de Zane hacía presión sobre mi espalda. Sí. Quería esto.

—No te muevas, compañera, o tendré que castigarte.

No podía hablar, mi voz se había desvanecido completamente mientras esperaba sin aliento por el mar de poder que sentía bulléndose en él. No se estaba conteniendo. Este era Zane, el Zane verdadero. *Finalmente*.

Puso mis manos por detrás de mi espalda y las ató con unas correas suaves, aunque inquebrantables, obligando a mis senos a que sobresalieran. El nudo estaba apretado, pero no demasiado, y me quedé sin aliento cuando una venda bajó por mi cabeza para cubrir mis ojos.

—Para intensificar tus sentidos y, por supuesto, para que te preguntes lo que te haré a continuación.

Mi respiración estaba entrecortada, pero yo estaba lista y deseosa de que me tomara, de que me hiciese suya. Estaba a punto de llorar y no comprendía cómo el líquido salado había ido a parar en mis ojos. No sentía dolor, pero sentía que estaba a punto de explotar en un millón de pedacitos, y solo Zane podía unir mis piezas.

Tal y como lo recordaba por la simulación del protocolo de novias, la cálida piel de Zane rozaba mi espalda y su voz, grave y autoritaria, mi oído:

—¿Aceptas pertenecerme, compañera? ¿O deseas elegir a otro compañero principal?

La voz de Zane estaba llena de lujuria, y la descarga de su deseo estalló a través del collar como un soplete. Nunca había sentido esto, nunca *lo* había sentido. Finalmente me estaba dejando pasar; mostrándome lo que necesitaba que fuera, lo que realmente me daría.

—Yo...

No tenía palabras. No podía decir sí. Todavía no. ¿Y si se detenía? ¿Qué sucedía si esto era solo algún tipo de juego morboso y retorcido para engañarme y hacer que lo aceptara a él y a Dare, para luego volver a su antigua forma de ser? Tenía que saber hacia dónde me llevaría. Necesitaba que me mostrara si podía confiar en él o si solo me usaría como los otros y nunca me mostraría su verdadero yo. Cuando me quedé en silencio, gruñó en mi oído.

—Muy bien. Comprendo. Siento tus dudas, Hannah. Me he ganado esa falta de confianza por no ser honesto contigo sobre mis necesidades.

Sus manos se deslizaron para tomar mis senos, y gemí. Los pellizcó con fuerza, y mi gemido se convirtió en un sollozo cuando la estimulación invadió mi cuerpo. Presioné mi trasero contra su pene, tratando de forzarlo a que me tomara para acabar con mi soledad.

—No. —Dio un paso atrás y me tambaleé sobre mis rodillas, mientras su voz me rodeaba— Dime lo que necesitas, Hannah.

—No lo sé.

Su mano se posicionó repentinamente sobre la parte de atrás de mi cuello, obligándome a que mi rostro se mantuviese apoyado sobre la cama. Me sostuvo mientras me retorció, con el trasero al aire, resistiéndome a su fuerza con mis manos atadas en la parte baja de mi espalda. Me propinó un fuerte golpe sobre mi trasero desnudo, y la primera lágrima descendió de mis ojos para empapar el satén rojo.

—Dime lo que quieres. —Sus manos acariciaron el sensible lugar en el que acababa de azotarme—. Pero no olvides dirigirte a mí apropiadamente, compañera. ¿Cómo es que debes llamarme?

—Amo.

—Muy bien.

Llevó una mano hacia la parte de atrás de mi cabeza y, con la otra, con dos de sus dedos ásperos, pinchó mi trasero. Grité, y habló nuevamente:

—Dime lo que quieres.

—No lo sé, amo.

Era una mentira, una total y desvergonzada mentira, pero no confiaba en él, todavía no. Todavía. No.

—Ah, mi dulce y pequeña compañera. Estás mintiendo.

Me estremecí cuando folló mi trasero escurridizo y entrenado con sus

dedos. Apartó su mano de mi cabeza y se detuvo. Me sentí totalmente vacía cuando sacó sus dedos de mi trasero unos segundos después y me dejó sobre la cama con mis brazos atados a mi espalda y con mi trasero alzado.

—No te muevas, compañera, o tu castigo será mucho, mucho peor.

Frunciendo el ceño, traté de imaginar cuál sería su castigo, pero me distraje rápidamente cuando sentí algo sólido en la cara interna de mi tobillo derecho. Una correa pesada estaba atada alrededor de él. Después de fijarla, Zane se posicionó en mi lado izquierdo y separó bien mis piernas, atando algo alrededor de mis tobillos.

Maldición. Una barra separadora. No podía cerrar mis piernas, no podía patear, ni luchar, ni retorcerme. La idea de aquello calentó mi coño e hizo que mis senos se sintieran pesados y doloridos. No podía ver a Zane, pero podía oírle moviéndose por toda la habitación. La anticipación, el no saber qué vendría a continuación me hizo tomar grandes bocanadas de aire y expulsarlas en exhalaciones breves.

Sin advertencia, Zane alzó mis caderas y colocó alguna clase de cojín duro debajo de ellas que me elevaba lo suficiente como para quitar el peso de mis rodillas. No podría permanecer tumbada, ni alejarme de él. Traté de flexionar mis rodillas, de elevar mis pies un poco, pero descubrí que también estaban atados. Jamás había estado tan vulnerable. Nunca. Mi corazón se aceleró mientras sentía cómo el pánico comenzaba a acumularse en mi interior. ¿Y si me lastimaba? ¿Y si quería levantarme, o necesitaba escapar y él no me lo permitía? ¿Qué sucedía si me follaba y me dejaba aquí durante horas o días? ¿La tecnología alienígena que estaba en mi cuerpo me mantendría con vida si me abandonaba aquí?

Eran pensamientos estúpidos. Zane jamás había sido otra cosa que no fuese cortés y atento. Exigente y seco, sí, pero jamás cruel. Pero aquello no importaba ahora, no para mi corazón o para mi cuerpo, los cuales estaban en un completo ataque de pánico.

Dios, ¿cuál era mi palabra de seguridad? ¿La palabra que haría que todo esto se detuviese?

Limonada. ¿Quería que se detuviese ya? Había pedido esto y él no me había lastimado, aún no. Si lo hacía parar, ¿entonces qué? ¿Entonces qué pasaría?

Quería que él... Joder, no lo sabía. No lo sabía. No sabía qué hacer, qué pensar, ni qué sentir. Me revolví sobre el cojín, traté de darme la vuelta para

poder moverme. Necesitaba...

—No te muevas, compañera. No te muevas ni un ápice o sentirás el ardor de mi fusta.

Y así de rápido el pánico abandonó mi cuerpo y me quedé paralizada, agradecida de que hubiese tomado la decisión en mi lugar. Posó una de sus colosales manos sobre mi cadera y recorrió con ella la curva de mi trasero, mi cadera, mi cintura y mi hombro, mientras se desplazaba hacia mis manos. Con un suave tirón las fijó a un par de centímetros sobre mi espina vertebral, obligando a mis hombros a que descendiesen sobre las sábanas si no quería dislocarlos. Podía quedarme así por un largo rato, pero no si me resistía, no si trataba de levantarme de la cama.

Estaba completamente atrapada ahora, y tan endiabladamente excitada que apenas podía pensar. El consolador que me ensanchaba era grande, pero no se movía; solo me torturaba con lo que no tenía: su miembro entrando y saliendo de mí. Se tomó su tiempo para recorrer mi piel con sus manos, haciendo que sintiera un hormigueo y que lo deseara. Lo dejé acariciarme, mi cuerpo era completamente suyo, pues disfrutaba su exploración. Podía tomar lo que sea que quisiera ahora, podía hacer lo que sea que quisiera con mi cuerpo: herirme, follarme, amarme, hacerme gritar del placer; y aquello me aterrorizaba. Pero también me hacía sentir más excitada que nunca.

—Ahora, Hannah, dime lo que quieres.

Negué con la cabeza mientras él rodeaba mi trasero virgen con sus dedos. Lo quería todo, pero tenía mucho miedo de admitirlo. ¿Y si pensaba que era un bicho raro porque me gustaba un poco de dolor con mi placer? ¿Y si era como mi ex en la Tierra, el hombre que había atizado mi trasero y luego se había reído, como si mi necesidad de sentirme a salvo e inmovilizada por la dominancia de mi amante fuese alguna clase de chiste? No podría soportar que Zane se riera de mí, o que pensara que estaba chiflada, o que era una perversa. No podría hacerlo.

—Hannah, respóndeme ahora.

—No lo sé, amo.

Su suspiro hizo que las paredes de mi sexo se contrajeran, y apreté los ojos con fuerza detrás de la venda, temiendo haberle hecho enojar.

—No está permitido mentirme, pequeña. Ahora debes ser castigada.

Oí unos pasos débiles mientras se dirigía a la mesa recubierta con aparatos sexuales, y luego regresó conmigo. La única advertencia que recibí

fue su orden.

—Contarás, Hannah. De uno al diez junto con cada golpe. Si no cuentas, continuaré hasta que recuerdes que debes hacerlo. ¿Comprendes?

Demonios. ¿Qué cosa debo contar?

Un suave silbido se escuchó en el aire justo mientras un sólido objeto impactaba sobre mi trasero desnudo, haciendo que el consolador se introdujera más en mi sexo y extendiendo la sensación de fuego hacia mis nalgas con un feroz escozor. Me mordí el labio inferior y apreté mi mandíbula mientras el calor se propagaba a todo mi trasero, por debajo de mis muslos, y alrededor de mi clítoris.

Me atizó nuevamente y gimoteé. De nuevo. *Zas.*

Mi culo estaba ardiendo antes de que recordara que tenía que contar.

—Cinco.

—No, amor mío. Ese no es el número con el que te he dicho que empezarás.

Zas.

Gimoteé cuando golpeó la parte de atrás de un muslo y luego la otra; el dolor me invadió y se extendió a través de mi cuerpo como si fuese miel caliente dentro de mi flujo sanguíneo. *Esto* era a lo que temía; a este sentimiento de estar flotando, de existir para su placer, de perderme en esta sensación. De abrirle la puerta a las partes más oscuras de mi alma a un compañero que no me quería, que no comprendiese...

—Cuenta, compañera.

Su áspera voz me trajo de vuelta a la habitación, a él. Quería complacerle. Necesitaba complacerle. Necesitaba ser lo que quería que fuese. Necesitaba ser suya. Necesitaba...

Zas.

—Uno, amo.

Conté hasta siete mientras me azotaba una y otra vez en mi trasero y muslos. Era algún tipo de fusta, sólida e inclemente. Las lágrimas empañaron mi venda, pero no las sentía. Provenían de algún lugar secreto en mi interior que tenía bajo llave, un oscuro depósito de dolor y miedo que guardaba dentro de mí todo el tiempo, como un cáncer. Mis necesidades me carcomían porque trataba de encerrarlas, de retenerlas, de sofocarlas como si fuesen una bestia. Yo era el monstruo. La oscuridad que había dentro de mí era lo que no dejaba que nadie viese, lo que no dejaba que Zane viese. Necesitaba el dolor

que me estaba dando para poder abrir la jaula del monstruo. Necesitaba que me hiciera pedazos para poder dejar que esta oscuridad escapara, para poder dejar de luchar contra ella y dejarla libre.

Zas.

El hombre dominante que estaba a mis espaldas siguió adelante, pues dejé de contar cuando llegué a ocho, y dejé que el fuego me consumiera, que las lágrimas salieran. No quería preocuparme por las muertes de Zane o Dare, o por los secretos que Zane había estado escondiendo. No quería extrañar el cielo azul de la Tierra ni su verde césped, ni la sensación de los cálidos rayos del sol sobre mi rostro. No quería ser Hannah; solo quería ser *suya*.

Los azotes pararon, pero no me moví, sintiéndome feliz de flotar y dejar que me llevara a donde él quisiera que fuera.

—Hannah, has dejado de contar.

No respondí. ¿Necesitaba una respuesta? La cama se hundió por su peso, y alzó mi rostro de la cama. Podía oler su líquido preseminal mientras su pene rozaba mis labios. El químico en el fluido se precipitó en mi flujo sanguíneo, despertándome con destellos de relámpagos disparándose directamente hacia mi clítoris. Acarició un lado de mi rostro con el dorso de su mano e introdujo su enorme miembro dentro de mi boca.

—Chúpame la polla, Hannah. Chúpame mientras termino de castigarte. Si no cuentas, como te lo he ordenado, usaré tu boca para otro tipo de placer.

Abrí mi boca y enredé mi lengua alrededor de su colosal miembro, mientras follaba mi boca y colocaba la fusta sobre mi trasero. Su líquido preseminal y el escozor de los azotes me hacían retorcerme y gemir, completamente perdida ante el mundo. Solamente él existía. Su pene. Su fuego abrasando mi trasero. Estaba tan cerca, tan cerca de alcanzar un orgasmo que quería rogar, quería gritar, quería suplicarle que me dejase llegar al éxtasis. En vez de esto, se zambulló dentro y fuera de mi boca con un ritmo incansable que me obligaba a esforzarme por tomar una bocanada de aire. Su pene se hinchaba y pulsaba en mi boca, su semen bañaba mi garganta y rugía por todo mi cuerpo hasta llegar a mi clítoris. Me contraje y vibré alrededor del consolador, ensanchándome, todavía, mientras mi sexo palpitaba en las primeras fases del orgasmo. Pero su áspera mano me cogió del cabello y me apartó de él con un brusco tirón que dolió, y el orgasmo paró justo antes de poder estallar.

—Ahora, compañera, dime lo que quieres.

Traté de contenerme, pero había derribado todas mis barreras. Sabía exactamente lo que necesitaba. Sabía hasta dónde presionarme y cómo estar seguro al mismo tiempo para impedir que usara mi palabra de seguridad. Me *conocía*. Mi alma estaba desnuda y no tenía la voluntad para mentir. Me relamí los labios, tratando de retener su esencia en mi boca.

—A ti, amo. Quiero que me azotes hasta que olvide quien soy y esté a la deriva. Quiero que me folles hasta que no pueda caminar más. Quiero que hagas que mi cuerpo esté en llamas hasta que grite y me corra sobre toda tu polla.

Recorrió mi labio inferior mientras susurraba aquellas palabras entrecortadas, mi oscura confesión. No me esconderé más, no me preocuparé más. Éramos solo mi amo y yo.

—Buena chica. No te escondas de mí otra vez. ¿Comprendes?

—Sí, amo.

—Quiero darte eso, Hannah. *Necesito* dártelo. Por esto hemos sido emparejados, porque nos daremos exactamente lo que necesitamos. Ah, Hannah, lo que hemos soportado durante estas últimas tres semanas. Ya no más.

Zane se apartó de mi lado. Retiró el cojín que estaba bajo mis caderas y se posicionó detrás de mí. Sentí cómo su colosal miembro se posicionaba en mi entrada trasera e intenté dejarme caer hacia atrás, de mover mis caderas para que entrara en mí.

—¿Ahora me aceptas, Hannah? ¿Aceptas que sea tu compañero principal?

—Sí. Sí. *Por favor*, amo.

Necesitaba que me atiborrara, que me tomara.

—Ahora te follaré hasta que grites.

—Sí, amo.

Si mis manos hubiesen estado sueltas, las habría enroscado en las sábanas. Pero estaba atada, mi trasero estaba al aire; mis piernas, separadas con una barra sólida. Todo lo que podía hacer era aceptar lo que él decidiera darme.

Necesitaba que fuese el primero en tomar mi trasero virgen. Necesitaba *pertenecerle* a Zane. Amaba a Dare, pero Dare no era mi amo. Dare era mi amante y mi amigo, mi segundo. Me hacía sentir segura y amada. Era fácil complacerle, era fácil hacerle feliz. Pero la oscuridad no era parte de su alma.

Zane me obligaba a sucumbir, tomaba mi dolor y lo soltaba, me forzaba a dejarme llevar, a someterme. Zane *necesitaba* que me rindiera. Anhelaba que me entregara tanto como yo necesitaba sentirme libre y a salvo entre sus brazos dominantes. Con el consolador ensanchando mi sexo, Zane penetró lentamente mi trasero virgen, vulnerando mi entrenado tejido muscular, atravesándome con facilidad y colmándome hasta el límite del dolor. Cuando estuvo todo dentro, hasta las pelotas, me encontré jadeando y apretando la barra en mi vagina con toda mi fuerza. Necesitaba correrme. Necesitaba...

La mano de Zane aterrizó con fuerza sobre mi trasero y me vi impulsada hacia adelante, apartándome de su pene. Alivió el escozor con la palma de su mano.

—Buena chica, ahora retrocede y tómame dentro de ti otra vez.

Traté de hacerlo, pero al no ser lo suficientemente rápida, Zane enterró su mano en mi cabello y tiró de él, forzando a mi cuerpo a que se abriese más y más rápido. El ardor del dolor sobre mi cabeza me hacía temblar. El fuego que sentía en mi trasero estaba al rojo vivo, y quería más; necesitaba más. En un acto de rebeldía que sabía que no ignoraría, me resistí a las correas que sujetaban mis muñecas. Si tan solo pudiese desatar mi mano para acariciar mi clítoris. ¡Vale! Ya casi estaba libre. Quizás, si me daba prisa, podría correrme antes de que se detuviera...

Azote.

Golpeó mi trasero desnudo otra vez, y agarró mi cabello para empujarme hacia adelante.

—Mala chica, Hannah. No tienes permiso para usar tus manos.

—Lo siento, amo.

Dios, solo el llamarlo “amo” hacía que mi sexo se humedeciera aún más. Estaba tan cerca que ya no podía pensar bien.

—Ven aquí, Hannah. —Posicionó nuevamente la ancha cabeza de su miembro en la entrada de mi trasero—. Fóllame con ese culo.

No me moví, de nuevo, lo suficientemente rápido; y tiró de mi cabello, echándome hacia atrás rápida y salvajemente, embistiéndome con su pene hasta lo más profundo. Emití un gruñido por la agresividad de sus movimientos y sentí la intensa sensación de estar completamente llena. Era doloroso, pero lo necesitaba. Necesitaba aquella pizca de dolor, necesitaba saber que él estaba allí conmigo, dándome esto. Era mucho más grande que cualquiera de los tapones de entrenamiento. Era más cálido, más grueso. Su

líquido preseminal bañó mis paredes e hizo que mi excitación se intensificara aún más. No podría aguantar esto por mucho más tiempo. Entonces me folló de verdad, sosteniendo mi cabello para impulsarse a sí mismo y hacerme retroceder, o para sujetarme, dependiendo de lo que quisiese. Mis gemidos de placer se convirtieron en sollozos de desesperación mientras me llevaba al límite, colmándome y haciéndome suya; total y completamente suya, al fin. Su miembro se hinchó dentro de mí y sabía que se estaba acercando. Soltó mis manos, que cayeron a mi lado en la cama. El escozor en mis hombros me hizo gemir mientras otras sensaciones nublaban mi mente.

—Arriba, Hannah. De pie. Extiende tus manos por detrás de ti y enreda tus manos alrededor de mi cuello.

Me puse de pie sin pensarlo dos veces, retrocediendo hasta que mis piernas rozaron las suyas, aún empalada sobre su rígido mástil. Su pecho estaba contra mi espalda.

La posición hizo que mi espalda se arqueara, y él movió su pene para hacer presión hacia adelante, empujando al consolador hacia lo más profundo con fuerza.

—No te muevas, Hannah.

—Sí, amo.

Aquella amenaza, su control absoluto, me liberó, me dejó sin tener pensamiento alguno. Suya. Yo era suya.

Lo sujeté, mi espalda estaba presionada contra su pecho, su miembro estaba en mi trasero y mis manos enredadas en su cabello mientras susurraba en mi oído.

—Córrete para mí, Hannah. Córrete para mí.

Deslizó su mano por mi panza hacia mi sexo. Sus brazos eran tan largos, tan fuertes, y yo me veía tan diminuta entre sus brazos que fácilmente podía tocar mi clítoris y la barra que ocupaba todo mi sexo.

Con su miembro dentro de mi trasero, me folló con la barra y acarició mi clítoris hasta que me vine abajo. Grité su nombre una y otra vez. Mi cuerpo estalló en placer, pero cada vez estaba más agitada, como si cada orgasmo fuese solo un calentamiento para alcanzar el próximo. Estaba perdida en un océano de sensaciones, gritando desesperadamente, dándole todo lo que tenía y aferrándome a él como si se me fuera la vida en ello. Su cabello en mis manos y sus palabras en mi oído eran la única conexión que tenía con el mundo real.

Eres hermosa. No sé por qué me he contenido durante tanto tiempo. Te encanta esto. Te encanta lo brusco y sentir mi polla en ese culo virgen. Te gustará ser colmada por dos penes. Hannah, pronto Dare estará dentro de ti también. Te follaremos juntos, sin piedad.

Sus palabras se apagaron con mis gritos de placer. Cuando acabé, finalmente se permitió correrse, llenando mi trasero con su semen caliente y poderoso; la sobredosis de químicos provocó otro orgasmo en mí.

Nos desplomamos sobre la cama, y retiró su pene de mí con lentitud antes de sacar el otro objeto de mi sexo. Al terminar de hacerlo, me dio la vuelta para que lo mirara a los ojos y me besó suave y delicadamente por todos lados hasta que las emociones de las últimas semanas se alzaron como un maremoto, y comencé a sollozar.

Me besó otra vez, su mano estaba apoyada sobre mi mejilla como si fuese la cosa más valiosa del universo. Me quitó la venda de los ojos, y lo miré. Sus ojos eran de color ámbar oscuro, y estaban llenos de una necesidad tan básica e intensa que me quedé sin aliento.

—Lo siento, Hannah. Lo siento tanto.

Lo miré a los ojos y me paralicé, sentía miedo de moverme, temía poder perderlo de nuevo mientras retiraba la barra separadora de mis tobillos y subía a la cama conmigo. Su voz era entrecortada y grave mientras me acercaba a su cuerpo.

—Casi lo he arruinado todo. Temía que no me quisieras de esta manera. Pestañeé, confundida.

—¿Cómo?

—Tan descontrolado. Tan sediento por tu cuerpo que te presionara demasiado, que te cabalgara con demasiada fuerza. Tenía miedo de lastimarte, Hannah. O de asustarte y hacer que te fueras.

—No te temo, no de ese modo. —Cerré mis ojos y me arrimé hacia la mano que posaba sobre mi mejilla—. Te temía antes. Tenía miedo de no poder hacerte feliz. Miedo de que nunca me dejases ver al verdadero tú. Miedo de quererte de esta manera. Miedo de que no me quisieras realmente.

Se puso tenso, y abrí mis ojos para ver que sus labios se habían vuelto finos y sus cejas se habían fruncido.

—Eres perfecta, Hannah. Te quiero. Te necesito. Necesito cuidarte, presionarte y asegurarme de que estés a salvo. Te veo con Dare y noto la confianza que le tienes. Necesito eso, Hannah. Necesito que me des todo.

—Lo acabo de hacer.

Negó con la cabeza y apartó su mano de mi rostro para recorrer mi labio inferior.

—Tu corazón, Hannah. No me has dado tu corazón.

Se veía tan triste, tan lastimado, que debía hacer algo. No podía soportar verlo con tanto dolor. Su sufrimiento era mío. Estaba herido, y yo también estaba herida.

—Amo. Me has mostrado lo que hacía falta, eso que necesitas. Lo que yo necesito. —Me incliné y uní mis labios con los suyos, tratando de tranquilizarlo, tratando de aliviar el dolor. Lo amaba. Por lo menos, creía que lo amaba. Pero no podía decir las palabras. Todavía no. No justo ahora. No cuando él no las había dicho primero. No haría eso de nuevo, jamás. Le había dicho a mi último novio formal que lo amaba, y me había usado para obtener mi apartamento y mi dinero, me engañó y me abandonó cuando la siguiente mejor opción se presentó.

Es cierto que Zane no era nada como aquel novio idiota, pero seguía siendo un hombre que me quería, que me necesitaba, que le encantaba dominarme en la cama —y que no me amaba—.

Lo besé de nuevo porque no sabía qué otra cosa hacer. Se posicionó sobre mí, con una erección, y le di la bienvenida así, suave, lenta y delicadamente. Abrí mis piernas y dio un empujoncito con su miembro contra mi entrada. Suspirando, lo dejé entrar en mí. Aunque antes había sido muy brusco, ahora era delicado. Me besó en los labios, lenta, dulce y suavemente, mientras alzaba mis caderas para conectar con él. Envolví mis brazos alrededor de su cabeza y me aseguré de que supiera que quería estar así con él. Siempre. Y luego de que acabara dentro de mí, lo sostuve cerca de mí. Pasé mis dedos por su cabello y alisé las líneas de sus cejas, sintiéndome más tranquila de lo que había estado antes al dejarlo. Lo sujeté con todo el amor que no podía expresar con palabras, y así dormimos.

CAPÍTULO 12



Zane

ME SENTÉ en la clase de los niños y contemplé a mi hermosa compañera encantando a los más pequeños. Estaban sentados en un círculo en el suelo, cantaban canciones y aplaudían mientras ella les sonreía con un brillo tal en sus ojos que podía notar que los amaba a todos. Y me amaba a mí. Podía verlo en su tímida sonrisa y en la calidez dentro de aquellos ojos color café. Su expresión ahora se suavizaba cuando me observaba, y podía sentir su felicidad y aceptación por medio del vínculo.

Me amaba, pero no me decía las palabras.

Quería que confesara sus sentimientos. Necesitaba oírlos. Tenía toda la intención de forzar el asunto en nuestra ceremonia de unión mañana.

Una pequeña niña que apenas daba sus primeros pasos se dirigió hacia mí; sus enormes ojos se veían felices y hacía algunos débiles sonidos gorjeantes mientras examinaba mis botas. Había muy pocos niños en las naves de guerra. Solo los oficiales con los rangos más altos, aquellos lo suficientemente suertudos como para tener compañeras, tenían a sus familias a bordo. Los niños eran transportados a la nave de guerra cada día para recibir clases, y por su seguridad. Teníamos la nave más grande en todo el batallón, y las habitaciones de los niños estaban en una nave de escape separable especialmente reforzada.

La cría posó una de sus regordetas manos sobre mi rodilla mientras tiraba de mi bota con la otra. Hacía algunas semanas habría tolerado la atención que

me daba la pequeña, pero me habría sentido incómodo. Los niños eran tan pequeños, tan frágiles e inocentes. Nunca me había sentido cómodo con los niños, pero algo había cambiado en mí desde la noche anterior, algo en lo más profundo. Me sentía en paz por primera vez en mi vida. Le había mostrado a mi compañera mi oscuridad, y no solo me había aceptado, sino que había navegado por medio de la tormenta de mis pasiones y había enredado su pequeño cuerpo alrededor del mío, juntando nuestras piernas mientras dormíamos. Finalmente la tenía, y jamás me había esforzado tanto por un premio, ni lo había valorado más.

La cría desvió su atención de mi bota hacia mi rostro, y alzó los brazos en mi dirección.

—Arriba.

Frunciendo el ceño, me incliné hacia abajo y elevé a la diminuta criatura hasta mi regazo. Tocó mi rostro con sus dedos rollizos y me contempló con una expresión muy seria en su dulce rostro.

—“Mante”.

No tenía idea de lo que la cría estaba diciendo, pero Hannah se levantó de su puesto en el piso y se dirigió hacia mí para salvarme.

—Sí, él es el comandante, ¿cierto?

La pequeña niña asintió como si se le hubiese hecho la pregunta más seria del mundo. Entonces se inclinó hacia adelante y me dio un beso grande y húmedo, con la boca abierta, que aterrizó en algún sitio entre mi labio inferior y mi barbilla. Me paralicé, completamente perplejo, y Hannah rio con todas sus fuerzas; por oír el sonido melódico de su felicidad valía la pena recibir la baba que cubría mi rostro.

La niña me dio una palmadita en mi mejilla, como para hacerme saber que ya había terminado conmigo, antes de agitar su cuerpo para hacerme saber que quería bajar al suelo.

Mis manos cubrieron todo su cuerpo y la coloqué con delicadeza sobre el suelo. Se alejó balanceándose y miré hacia arriba para encontrar a mi compañera sonriéndome. Hannah se paró entre mis piernas y extendió una mano hacia mi barbilla con una sonrisa, limpiando la humedad con su pulgar.

—Tu gente te ama, *mante*. Cada uno de ellos.

—No todos, compañera mía. No la persona que me importa más.

Miré a mi novia e imaginé su cuerpo hinchándose con mi hijo dentro, con una pequeña niña que me diese besos mojados y desaseados, o con un niño

fuerte que me retara y me hiciera sentirme orgulloso. Quería que mi semilla creciera en su cuerpo. Quería saber que era mía en todos los sentidos.

Hannah se sonrojó con un hermoso color rosa mientras la miraba a los ojos; aquel tono no era tan oscuro como el color rosa que aparecía sobre su piel cuando se corría sobre mi rígido miembro, sino un color mucho más dulce y suave. Quería decirle que estaba equivocado, que sí me amaba. En cambio, sonrió con esa misteriosa sonrisa femenina y se inclinó para darme un beso en los labios.

Aceptaría eso por ahora. Hasta la ceremonia, que estaba prevista en un par de horas. Pero había un problema. Un problema serio que no había compartido con ella, algo que podría arruinar este nuevo y frágil vínculo entre nosotros.

Estaba aquí con ella en el área de los niños esperando malas noticias. No quería que mi compañera estuviese sola cuando los informes de los exploradores llegaran.

Estirando mi mano, tomé la suya y le asentí a las otras mujeres que trabajaban en la habitación.

—¿Podría pedir prestada a mi compañera, señoras? Me gustaría mostrarle el puente de mando.

—Por supuesto, comandante.

La instructora principal, una mujer anciana que había sido la compañera de uno de mis mejores ingenieros durante años, nos sonrió con una calidez real. Hannah tenía razón; la gente en mi nave me contemplaba con una calidez que jamás había notado antes. Mi compañera había abierto mis ojos para ver el respeto y la confianza. La presión de ser comandante había aumentado, pero nunca antes había sido un honor tal como ahora, tampoco; y por primera vez en mi vida, le sonreí a la mujer.

—Gracias, señora Breenan. —Disfruté al ver el rubor de placer genuino que aparecía en el rostro de la mujer al escuchar mis palabras, y saqué a Hannah de la habitación para ir al vestíbulo— Ven, compañera. Te mostraré el sitio en el que dirijo la nave.

Hannah suspiró con alegría y caminó con su mano tomando la mía, y su mejilla sobre mi hombro. Su alegría vibraba por medio de mi collar, embriagándome con satisfacción. No había un mejor sentimiento que el saber que había atendido a mi compañera y la había hecho feliz, por lo cual lucía contenta y tranquila. Vale, quizás el sentir su placer dominándola cuando la

follara hasta que perdiera el sentido, pero no quería pensar en eso ahora mismo. No entraría en el puente de mando con la polla tan dura como el hierro. Y no cuando sabía que su felicidad podría desvanecerse en cualquier momento.

Dare estaba desaparecido. Y el príncipe Nial. Habíamos perdido contacto con ellos hacía varias horas y estaba esperando noticias de un equipo de reconocimiento que se presentaría en cualquier momento. La decisión de ocultarle esto había sido difícil, pero se enteraría de la verdad en poco tiempo. Solo esperaba que mi segundo siguiera con vida.

Como si la suerte hubiese oído mis pensamientos, la voz del oficial de comunicaciones inundó el vestíbulo.

—Comandante, el equipo de reconocimiento está de vuelta. Están esperando.

—Voy en camino.

Supe que las noticias eran malas por el tono de su voz. Hannah debió haberlo percibido, también. Se tensó y alzó la cabeza de mi hombro.

—¿Qué está sucediendo, Zane?

Estrujando sus dedos, la coloqué dentro de un tubo de transporte e introduje el código que nos daría acceso al puente de mando.

—Dare y el príncipe Nial han sido derribados por las fuerzas del Enjambre hace algunas horas. Envié a un equipo de reconocimiento para que rastreara su ubicación y extracción.

—Oh, Dios mío. ¿Está muerto? No. ¡No!

Trató de alejarse de mí mientras el transporte se detuvo, y se tambaleó por el rápido cambio de dirección. Chocó contra mi pecho y envolví mis brazos alrededor de ella con fuerza. Sus pupilas se dilataron y estaba respirando con un jadeo entrecortado, demasiado rápido, que la haría desmayarse.

—¡Lo sabías y no me lo habías dicho! ¡Lo sabías! ¿Cómo has podido sentarte allí y jugar con la pequeña y sonreír mientras lo sabías?

Hannah golpeó mi pecho con su puño y lo agarré, manteniéndola en su lugar, inmovilizándola. La miré a los ojos hasta que se tranquilizó.

—Sé que amas a Dare, dulzura. Lo traeré de vuelta para ti. Tienes mi palabra.

Sus ojos oscuros y expresivos se llenaron de lágrimas, pero giró el rostro para enterrar su cabeza en mi pecho.

—Prométemelo, Zane. Prométemelo.

—Hago un juramento sagrado, compañera. Dare estará de vuelta en esta nave a tiempo para reclamarte.

Aquello no me daba demasiado tiempo, pero así era mejor. Si el Enjambre tenía a Dare y a Nial, entonces mis guerreros no se encontrarían muy bien. Al Enjambre le gustaba torturar a los organismos biológicos antes de transformarlos en algo que se asemejaba más a una máquina que a un hombre. El proceso tardaba varios días, y no podía permitirles que se quedaran con mi mejor amigo ni con el sucesor del Prime.

Llevé a Hannah al puente de mando, en donde los guerreros dejaron lo que estaban haciendo para inclinarse ante la *señorita Deston* y presentar sus respetos. Mi compañera me enorgullecía, manteniendo su cabeza en alto y apartando la preocupación de su rostro. Los engañó a todos con su valentía, pero podía sentir su miedo por medio del vínculo. Mi compañera era, realmente, ideal y perfecta para mí en todos los sentidos; ardiente en el juego sexual, necesitaba el alivio que mi dominancia le daba, pero podía caminar con la frente en alto como una reina cuando enfrentaba el dolor y peligro. Mi respeto y mi amor por ella crecieron. Sacrificaría a toda una flota si eso la mantenía a salvo, y aquello era una confesión escalofriante.

Tenía que traer a Dare de vuelta. Si fallaba, no solo perdería a mi amigo y primo, pero tendría que encontrar a otro segundo que mi dulce y testaruda Hannah aceptara. Y a juzgar por el centelleo que había en sus ojos mientras los exploradores daban sus reportes sobre el Enjambre, no tendría a otro segundo que no fuese Dare.

—Partiremos en una hora y yo mismo guiaré al equipo de extracción — mi segundo al mando abrió su boca para protestar, como se esperaba de él, pero no lo dejé hablar—. Le prometí a la señorita Deston que traeríamos a Dare, su segundo, a tiempo para la ceremonia de unión mañana, y eso es lo que haré.

—Sí, comandante.

Los dejé atrás mientras conducía a Hannah a nuestros cuarteles. Cuando llegamos, la tomé en mis brazos y le di un beso con la intención de despejar todos los pensamientos de su mente.

—Te quedarás aquí hasta que regrese con Dare. Estarás encerrada a salvo tras estas puertas hasta que vuelva a por ti. ¿Comprendes?

Tomé su rostro en mis manos y la miré a los ojos para asegurarme de que me estuviese escuchando.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

Alzó sus manos para tocar mis brazos y posó sus dedos alrededor de mis antebrazos. Volviendo su cabeza, besó la parte interna de mi muñeca.

—Sí, señor. Me quedaré aquí, sana y salva, para que puedas regresarnos a Dare.

La besé con fuerza y me fui sin decir nada más. El equipo de reconocimiento estaba esperándome cuando regresé a la plataforma de lanzamiento. Iríamos en tres naves, con un equipo de ocho en cada una de ellas. El equipo de reconocimiento había rastreado a Dare y a Nial en una pequeña estación móvil del Enjambre que se había descubierto recientemente en un asteroide próximo. El puesto era pequeño, y no podría albergar a más de cien soldados del Enjambre.

Con el sabor de Hannah en mi lengua, sabía que podía matar a cien soldados enemigos por mi cuenta. Yo era un piloto excelente, pero los pilotos elegidos eran del equipo de reconocimiento y sabían exactamente hacia dónde dirigirse; así que me senté en la parte de atrás con los otros guerreros y esperé. La fiebre por el combate inyectó energía en mi sangre y sonreí, impaciente por matar. No había participado en ninguna batalla durante meses, y estaba anhelando sentir los cuerpos de mis enemigos despedazándose y desgarrándose mientras los hacía pedazos con mis propias manos.

—Las comunicaciones con el Enjambre han sido bloqueadas —gritó el piloto en dirección hacia donde estaba sentado junto a otros seis guerreros en silencio—. Estaremos abajo en sesenta segundos.

Arranqué la máscara de oxígeno de la pared que estaba a mis espaldas y me preparé para la batalla, y los otros hacían lo mismo. La nave aterrizó y salí por la puerta, siguiendo al equipo de reconocimiento. En menos de cinco minutos, estábamos poniendo explosivos en la puerta de su perímetro externo.

La explosión sonó y el equipo de explosivos nos hizo una señal para que siguiéramos adelante. Nos movíamos como el agua corriendo sobre las rocas, en armonía perfecta. Estos eran mis guerreros, este era mi equipo, y habíamos peleado juntos por años.

Los soldados del Enjambre se amontonaron en la entrada como una legión de insectos y los liquidamos fácilmente desde nuestra posición estratégica en el terreno rocoso que rodeaba su estación móvil. Los soldados

del Enjambre estaban bien programados para el conflicto directo; pero en un combate individual, o en grupos pequeños, no podían adaptarse lo suficientemente rápido. El Enjambre era estúpido, pero sus soldados robóticos salían de las líneas de producción de su planeta más velozmente de lo que podíamos destruirlos.

En una cuestión de minutos, la ráfaga de actividad había acabado y mis guerreros y yo nos dirigimos a la entrada. Si esta era una estación del Enjambre común y corriente, entonces las unidades robóticas prescindibles habrían sido enviadas para saturar el perímetro mientras los híbridos biológicos más avanzados estarían dentro, esperando para tendernos una emboscada.

Tiré una granada de gas a través del hoyo de la explosión en la puerta y esperamos lo suficiente para que noqueara sus sistemas biológicos. El gas no los mataría, solo los dejaría inconscientes. Nuestros propios guerreros estaban dentro, así que no podíamos usar toxinas letales.

Despejamos la estación habitación tras habitación. No había nada biológico hasta que llegamos al centro de la estructura. Allí, tendidos sobre dos mesas en una estación médica, estaban Dare y Nial. Las criaturas mitad máquinas, mitad seres vivos que estaban de pie sobre ellos eran la única oposición que quedaba. Un guerrero a mi derecha aturdió a la criatura que estaba sobre Dare, mientras otro equipo se encargó de la criatura que estaba sobre Nial.

Di un paso al frente y bajé la mirada para observar a mi segundo, al amado de Hannah, y entonces un grito de guerra se escapó de mi garganta mientras me inclinaba y alzaba a la criatura semiconsciente del suelo y arrancaba su cabeza de sus hombros con mis propias manos.

CAPÍTULO 13



Hannah

ZANE HABÍA REGRESADO. Podía sentirlo nuevamente, y a Dare también. Pero no con calidez, ni con ningún tipo de alegría. Ambos se sentían fríos; Dare estaba ausente, ¿y Zane?

Zane era furia. Una furia pura y salvaje.

Froté mi cuello con mis manos y di vueltas alrededor del limitado espacio de nuestros cuarteles. No podía soportar ver la cama en la que había dormido por tantas noches abrazada a Dare. Tampoco podía mirar la sala de estar en donde mis compañeros me habían tomado por primera vez, con la fuerte mano de Zane en mi espalda y el líquido preseminal de Dare sobre mis labios, mareándome de deseo.

Caminé intranquila, feliz de poder sentirlos de nuevo, incluso si la sensación no era cálida ni acogedora.

Pasaron cinco minutos. Diez. Y Zane aún no venía a buscarme. Mi collar se sintió frío y sin vida cuando Zane salió de la nave. En ese momento, noté qué tan conectada estaba a mis dos guerreros; qué tanto dependía de aquel vínculo constante para sentir que pertenecía a ellos, como si este fuese mi hogar.

Hoy casi le había dicho a Zane que lo amaba, pero estaba firme con eso. Les había dado todo a mis guerreros: mi confianza, mi cuerpo, mi alma. No les daría aquellas palabras primero. Esa era la única cosa que pedía que ellos me diesen y no cedería, sin importar lo mucho que Dare me halagara y

provocara o lo mucho que Zane me llevara al límite y me trajera a salvo en sus brazos. No me doblegaría. No con esto.

Pero si Zane no regresaba a por mí pronto, le desobedecería. Podía sentir que algo no estaba bien por el zumbido silencioso de mi conexión con Dare. Y podía apostar que lo habían llevado a la estación médica. El doctor Mordin, probablemente, lo estaría examinando ahora mismo, asegurándose de que se encontrara bien.

El timbre de la puerta en nuestros cuarteles sonó, y corrí para abrirla. *¡Al fin!*

Quitó el seguro de la puerta, esperando ver a Zane en el vestíbulo.

En vez de eso, apuntaron un arma contra mi pecho y un anciano —el que me había observado como a una sabandija depravada en la estación médica cuando llegué— me sonrió. Sabía que su nombre era Harbart y que era el futuro suegro del príncipe Nial, o como fuera que le llamaran a eso aquí.

Me sentía mal por el príncipe Nial. Si la hija de Harbart tenía algo de su padre, la pobre muchacha debía de ser una criatura terrible.

—Señorita Deston. Necesito que venga conmigo.

Sus ojos eran fríos y crueles.

Apoyó la punta del arma exactamente entre mis senos. No sabía qué tan buena era esta ropa blindada, y no quería ponerla a prueba.

—No puedo. Lo siento. El comandante Zane me ha ordenado quedarme aquí hasta que él esté de vuelta.

Estaba haciendo tiempo, y ambos lo sabíamos. Su cruel sonrisa ladeada me dio escalofríos y di un paso atrás, tratando de alejar la puntiaguda arma extraterrestre de mi cuerpo. No tenía idea de lo que aquella extraña arma podía hacer, pero no tenía deseos de descubrirlo.

Hartbart me siguió hasta la sala y cerró la puerta detrás de nosotros antes de volverse hacia mí. Lo miré, horrorizada. Era enorme, como todos los guerreros de Prillon. Apenas alcanzaba la altura de su hombro y, probablemente, pesaba el doble que yo. Su rostro inexpresivo se había transformado de frío y sin sentimientos al de un monstruo. Sus labios se entreabrieron para descubrir su sonrisa; sus ojos color amarillo oscuro estaban bien abiertos y parecían los de un loco; una de sus manos estaba curvada sobre el arma y la otra ondulada en el aire mientras la alzaba para asestarme un golpe; los retorcidos dedos parecían una vieja y marchita rama de árbol.

Me golpeó con fuerza en la mejilla, y yo me tambaleé, aterrizando sobre mi trasero en el suelo. Sentí el dolor atravesando mi cráneo, pero lo recibí con gusto, pues sabía que Zane lo sentiría; sabía que él vendría. Me tragué la bilis que me subía por la garganta y traté de pensar en maneras de sobrevivir por el tiempo necesario hasta que Zane llegara.

—Zorra de mierda.

Harbart dio un paso al frente y me eché hacia atrás como un cangrejo en cuatro patas, pero no fui lo suficientemente rápida y me asestó una patada en mi cadera. Me enrosqué sobre mi costado en completa agonía, mientras él se inclinaba sobre mí con baba sobre su barbilla.

—Se suponía que Nial debía morir hoy. ¿Y tú? Tú ni siquiera deberías estar aquí. Zane es mío.

Me pateó de nuevo, pero ya me lo estaba esperando. Tomé su pierna y tiré de ella con toda mi fuerza. Logré hacerle perder el equilibrio, y cayó hacia atrás con sus brazos agitándose como molinos de viento. Traté de ponerme en pie, respirando con dificultad, pero se sentía como si tuviese un cuchillo incrustado en el costado de mi cadera. El dolor me invadía, pero sabía cómo soportarlo. El dolor me despertaba. El dolor me hacía sentir viva. Y este imbécil estaba tras mi compañero. No tenía idea de lo que este monstruo planeaba hacer con Zane, pero no iba a permitir que lo hiciera.

Medio arrastrándome y trastabillando, me dirigí hacia el Gen-S que estaba en la esquina de la sala. Si podía alcanzarlo, quizás podía pedir un bate de béisbol o un palo de golf. ¡Algo! Jamás había disparado un arma en mi vida, y dudaba que los sistemas de la nave hubiesen sido programados para tener armas humanas.

Alcanzando la plataforma, extendí mi brazo para colocar mi mano sobre el panel de activación.

—No te muevas, Hannah Johnson de la Tierra. O te volaré los sesos y pintaré las paredes con ellos.

Zane

CAMINÉ, inquieto, alrededor de la estación médica y aguardé a que el doctor Mordin completara su examinación. Ya habíamos estado en la nave por casi una hora y podía sentir la impaciencia de mi Hannah aumentando. Pero no

podía regresar junto a ella sin respuestas.

—¿Y bien, doctor? ¿Podrá salvarlos?

Dare estaba cubierto con dispositivos superficiales del Enjambre; eran leves modificaciones metálicas que le habían hecho a su piel y ojos. ¿Pero Nial? Aquellos bastardos, obviamente, habían empezado con el príncipe.

—Dare estará bien, pero no estoy seguro de poder extraer el implante de su ojo derecho. Mejoraré su visión, pero no presenta ningún peligro a largo plazo.

Dejé escapar un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. Así que mi segundo tendría un brillo metálico en su ojo por el resto de su vida. Pero estaría vivo, en una pieza, y seguiría siendo *él*. Hannah estaría feliz, mi familia estaría completa, y eso era todo lo que me importaba.

—¿Qué sucederá con Nial? ¿Qué le digo al Prime?

Me giré hacia el monstruo que descansaba sobre la otra mesa de examinación y apreté la mandíbula. Nial estaba recubierto de injertos metálicos y dispositivos; algunos sobresalían de su cráneo con sondas cerebrales e implantes. Había visto esto antes, y en una peor presentación. Había rescatado a guerreros en peores condiciones de los centros del Enjambre, pero aquellos guerreros siempre eran enviados a una estación médica para recibir tratamiento y rara vez los volvía a ver de nuevo.

Pero el no verlos no significaba que no estaba consciente del pronóstico de Nial. La mayoría de los hombres no podrían recuperarse del nivel extremo de manipulación genética que Nial había sufrido. Era más máquina que hombre ahora. Uno del Enjambre.

Lo que estaba pensando se debió haber reflejado en mi rostro, pues cuando alcé la mirada, el doctor me estaba observando.

—No es el peor caso que he visto. Me ocuparé de él de inmediato. No le diga nada al Prime por el momento.

—¿Cuándo lo sabrás?

¿Hombre o máquina? ¿El príncipe podría sobrevivir sin la tecnología que le habían añadido? ¿Habían eliminado la mayor parte de su sistema biológico?

—Cuando extraiga las sondas de su tronco cerebral.

Una glacial descarga de pánico me alcanzó por medio del collar, y Dare gruñó desde su mesa de examinación.

—Hannah.

Trató de sentarse, volviendo a la realidad al sentir el miedo de nuestra compañera.

No me molesté en dar explicaciones, simplemente salí corriendo de la sala, con Dare tambaleando a mis espaldas.

El doctor le gritó a Dare para que se detuviera, pero conocía a mi segundo. Nuestra compañera estaba en peligro. A menos que estuviera muerto, pelearía a mi lado para salvarla.

Hannah

ME CONGELÉ POR UN MOMENTO, posando mi mano sobre mi regazo, y me volví para mirar a Harbart. Reconocí el momento en el que Zane sintió mi miedo y su ira me daba valor. Estaba en camino. Solo necesitaba retrasar al loco y ganar algunos minutos.

—Estás loco, Harbart. ¿Qué quieres de mí?

—Debes morir. Nial morirá. Me aseguraré de que eso suceda. Y entonces el comandante tomará a mi hija por novia, como debió haberlo hecho cuando la ofrecí ante él.

Sacudí mi cabeza, confundida.

—Pero el príncipe Nial será el Prime. ¿Por qué querías a un comandante cuando puedes tener al líder de todo el planeta?

HARBART se burló de mí como si fuese una cría ignorante.

—El comandante Deston controla toda la flota interestelar, *humanita*. Los guerreros provenientes de *cientos* de mundos se arrodillan ante sus órdenes —dio un paso al frente y me cogió del cabello, elevándome del suelo mientras las lágrimas hacían que mis ojos picaran, mi cuero cabelludo ardía—. Así como obedecerán las tuyas, *señorita Deston*, cuando la ceremonia de unión haya sido completada.

Extendí mi mano buscando la suya, tratando de apoyarme sobre algo y descansar mi peso corporal en otra cosa que no fuese mi cabello.

—No comprendo. Suéltame.

—Por supuesto que no comprendes, estúpida humana. —Me arrastró hacia la puerta, y traté de mantener mis pies debajo de mí, pero fallé—. Nuestros guerreros gobiernan en la guerra, pero sus compañeras lo hacen en la paz.

¿Qué demonios significaba aquello? Mi visión estaba borrosa por las lágrimas mientras Harbart se dirigía hacia la puerta. Se vio obligado a detenerse para esperar a que esta se abriese, y sabía era mi única oportunidad. Me revolví hasta que tuve mis pies por debajo y, entonces, pateé con fuerza para doblar la rodilla de Harbart por detrás. Se derrumbó, soltando mi cabello para aterrizar sobre mí parcialmente. El arma salió volando de sus manos, y empujé su gigantesco cuerpo, tratando de quitármelo de encima para alcanzarla primero.

—Zorra. Te estrangularé con mis propias manos.

Sus enormes manos estaban envueltas alrededor de mi pierna, y me arrastró hacia él. Pateé su cara, mis uñas trataban de abrirse camino por el suelo para ganar tracción.

La puerta se abrió y mis compañeros irrumpieron en la habitación. El gruñido de Zane explotó por todo mi cuerpo y me derrumbé, aliviada, cuando mi compañero alzó a Harbart del suelo y lo arrojó hacia el otro lado de la habitación. El anciano impactó contra la pared con un crujido repugnante, y supe que su cráneo no había sobrevivido al golpe, pero Zane aún no había acabado con él.

Enterré mi rostro en mi brazo hasta que un par de manos fuertes y conocidas se enredaron alrededor de mí.

—Ven, amor. Te llevaré a la estación médica mientras Zane se ocupa de esto.

Dare me alzó en sus brazos y lo dejé dirigirme fuera de la habitación, con los gritos de Harbart alcanzándonos a lo largo del vestíbulo.

CAPÍTULO 14



Hannah

CON UNA SONRISA en mi rostro, vi cómo mis dos compañeros entraban en la estación médica y hacían preguntas al pobre doctor Mordin, como si mi salud fuese vital para la supervivencia de planetas enteros, no solo para la ceremonia de unión que debía comenzar en un par de minutos.

Estaba sentada en la estación médica usando solo una bata blanca y el collar alrededor de mi cuello. Este era color negro, pero dentro de no mucho tiempo, mis dos compañeros estarían llenándome, reclamándome y, entonces, se volvería de un hermoso color rojo oscuro.

Junto a mi cama se encontraba el príncipe Nial, sentado y con la espalda sostenida por media docena de almohadas. Le eché una mirada con el rabillo del ojo, complacida al verlo sonreír cuando Zane hacía la misma pregunta por tercera vez.

Me reí, sintiéndome feliz y entusiasmada por la ceremonia.

—Zane, estoy bien. No quiero demorar la ceremonia.

Mis compañeros se volvieron hacia mí y mi respiración se detuvo. Cielos, eran hermosos. Los dos lo eran. Estaban vestidos únicamente con túnicas color rojo oscuro, igual que sus collares. Su gran tamaño debió haberme intimidado, pero una ráfaga de placer hizo que mi sexo se contrajera. Mis compañeros. *Míos*. Dare, tan delicado y gentil cuando lo necesitaba, tan sensual y paciente en la cama, me hacía reír y sentir a salvo cuando necesitaba sentirme apreciada. Zane, con su poder y dominio me hacía sentir

segura, protegida y *necesitada*. Dare me amaba, podía sentir la calidez de sus emociones como si fuesen cálidos rayos del sol brillando sobre mi alma. Pero el amor de Zane se parecía más a un infierno de lujuria y necesidad, de poder y sumisión. Zane era mi ancla, mi compañero asignado, mi amo. Sin Zane me sentiría verdaderamente perdida.

Se acercó a mí y alzó su mano para tocar mi barbilla, girando mi rostro para asegurarse de que los moretones se hubiesen desvanecido.

—¿Sientes dolor, compañera? No haré esto mientras no hayas sanado.

Aparté su mano, sintiéndome irritada por tener esta conversación nuevamente.

—Estoy bien. Esos aparatos ReGen me han sanado durante todo este tiempo. Tengo algunos moretones, pero no me importa. Zane. Quiero que seas mío por siempre. Quiero que seáis míos. No quiero esperar.

Dare dio unos pasos hasta llegar al lado de Zane, con los brazos cruzados sobre su fornido pecho.

—Hannah, decidiremos cuando estés lista. El doctor...

—¡No! Yo decido. No él. Yo. Tú. —Me bajé de la mesa y pinché el pecho de Zane con mi dedo—. Si no me quieres, vale. Me iré a casa. Pero...

Zane me hizo callar con un beso. Dare rio. El doctor suspiró con alivio y el príncipe Nial se aclaró la garganta.

—Zane, primo, tengo una petición antes de que te marches.

Zane terminó el beso y me acercó a él con su brazo alrededor de mi cadera, y me quedé allí, contenta como un gatito. Cielos, le amaba. Y demasiado.

—¿Qué necesitas, Nial?

El príncipe parecía estar avergonzado, tanto como podía estarlo teniendo aquel extraño brillo metálico en el lado izquierdo de su rostro. Su ojo izquierdo era de un extraño color plata, y tenía implantes metálicos en su brazo y su pierna izquierda. Lucía como un ciborg a medias, como algo salido de una película de *Star Trek* que había visto una vez, en donde una extraña raza de máquinas alienígenas se hacían con personas y controlaban sus cuerpos con dispositivos y programación informática. Era espeluznante y extraño, pero la expresión del ojo bueno del príncipe me entristeció. Parecía estar perdido.

—Requiero transporte hacia la Tierra, y una vez que esté allí, una nave en ese sector. No puedo volver a Prillon así. Y el doctor me informó ayer que mi

compañera asignada ha sido seleccionada y viene de la Tierra, tal como tú, Hannah. Pero se le ha negado la transportación debido a mi... condición.

Me quedé sin aliento.

—Pero la hija de Harbart...

—Eso jamás sucedería, no luego de haberte visto con el comandante —el príncipe Nial miró a Zane con una sonrisa triste—. No comprendía lo que querías decir sobre no tener un emparejamiento político, primo, hasta que te vi con ella. Ahora lo comprendo. Quiero una compañera. Y ella es mía.

El brazo de Zane se tensó a mi alrededor.

—¿Quieres ir tras ella? Es posible que no venga voluntariamente.

El príncipe miró a Zane a los ojos.

—La tendré, Zane. Con o sin tu ayuda, es mi compañera.

—Muy bien. ¿Doctor?

Zane alzó la voz llamando al doctor Mordin sobre su hombro, pero el enorme hombre estaba de pie a las espaldas de Dare.

—Lo tengo todo grabado, comandante. Me ocuparé de esto.

Zane extendió la mano con la que no me estaba sosteniendo, y Nial la estrechó.

—Buena suerte. Espero que la encuentres.

—Lo haré. Gracias.

Zane lo soltó y me miró. Estaba tan impaciente por tener a mis hombres que casi no podía estarme quieta.

—Vamos, Hannah. Es hora de que reclames a tus compañeros.

Zane me escoltó fuera de la sala y caminé entre él y Dare en el largo vestíbulo hasta que llegamos a la sala de reclamación. Miré a mi alrededor con asombro, sintiendo cómo la expectativa humedecía mi sexo antes de cerrar la puerta.

—Párate en el centro de la sala frente a nosotros —ordenó Zane, y me apresuré a hacer lo que decía. Cuando llegué al centro, me detuve y eché un breve vistazo a mi alrededor. La habitación estaba vacía, excepto por un pequeño almohadón en el medio, pero no era algo que no hubiese visto alguna vez en la Tierra. No, este almohadón era tan grande como una cama y alto hasta las caderas; era del tamaño perfecto para que Dare me follara desde atrás mientras cabalgaba sobre el miembro de Zane.

Me estremecí cuando un calor invadió mi sistema, y Zane se aclaró la garganta, haciendo que dejase de ver aquella cama y enfocara mi vista en él.

Dare estaba de pie a su lado, hombro a hombro; y admiré esa imagen mientras mis compañeros tiraban las túnicas al suelo y se paraban frente a mí, desnudos. Detrás de ellos, un vidrio curvado de color negro ocultaba a otros hombres, a los guerreros que mi compañero había elegido, de mi vista. Estaban allí para ser testigos de la reclamación y dar sus vidas por mí.

No sabía quién estaba allí y no me importaba. Quería reclamar a mis hombres por siempre. Quería que me follaran, me dilataran, me hicieran rogarles... Zane habló:

—Solo se te harán dos preguntas, Hannah. La primera —asintió hacia Dare, quien alzó una larga tela de color negro—: ¿Deseas tener tus ojos vendados o deseas poder ver?

¡Vaya! ¿Entonces Anne también había tenido que elegir?

Recordé la sensación de estar a la expectativa de lo que sus compañeros harían, la anticipación, el no saber nada.

—Vendados.

—Quítate tu vestido.

Lo hice, y la mirada de Zane me hizo derretirme como si fuese mantequilla en un plato caliente mientras Dare se acercaba; su miembro estaba tan duro como una roca y listo para tomarme. Dare se colocó detrás de mí, y seguí mirando a Zane a los ojos hasta el último instante, hasta que Dare cubrió mis ojos y ató la cinta detrás de mi cabeza. Tomó mi mano y me llevó hacia el almohadón en donde sentí las fuertes manos de Zane sosteniendo mis pechos. Me detuve, gimiendo, y Dare se movió detrás de mí, presionando su cálida piel contra mi espalda mientras Zane apretujaba y pellizcaba mis pezones.

—Agárrala.

La áspera orden de Zane me inmovilizó mientras un calor húmedo inundaba mi sexo.

—Con gusto.

Escuché la voz de Dare susurrando en mi oído mientras sus brazos inmovilizaban los míos a los lados. Frotó su enorme pene contra mi trasero una y otra vez, como si fuese una provocativa demostración de lo que estaba por venir. Gimoteé y me impulsé hacia él.

—Pronto, amor. Pronto te follaré hasta que grites por nosotros.

Oí a Zane moviéndose, y me mordí el labio para evitar gritar y pedirle que se diera prisa. Los guerreros que estaban detrás de los vidrios oscuros

comenzaron a entonar el cántico que recordaba de la simulación en el centro de procesamiento de novias, y todo mi cuerpo enardeció con los recuerdos. Estaba a punto de llorar de la frustración cuando Dare me alzó completamente y me sentó sobre Zane. Mi compañero estaba tumbado sobre su espalda, y ahora estaba sentada a horcajadas sobre sus muslos, su enorme miembro hacía presión contra mi clítoris al frente, y moví mis caderas tratando de rozar su duro pene. Solo sentí sus fuertes manos sujetando mis muslos, teniendo cuidado con el moretón que aún tenía por la maldad de Harbart y, en ese momento, supe que mis compañeros jamás me lastimarían, jamás me dejarían, jamás me engañarían ni pararían de valorarme.

La profunda voz de Zane y sus palabras retumbaron en mí desde su pecho.

—¿Aceptas pertenecer a nosotros, compañera? ¿Te entregas a mí y a mi segundo voluntariamente o deseas elegir a otro compañero principal?

—Acepto perteneceros completamente, guerreros.

En el momento en el que dije aquellas palabras, Dare se acercó de nuevo y me di cuenta de que estaba a mis espaldas, listo para tomarme por detrás mientras cabalgaba sobre Zane, acogiendo su enorme miembro en mis profundidades.

—Entonces te reclamamos, y tú obtienes un nuevo nombre. Eres mía, y acabaré con cualquier otro guerrero que se atreva a tocarte.

—Te amo, Hannah. Por siempre.

Dare presionó sus labios contra el costado de mi rostro, mientras las voces que había escuchado antes le respondían en un coro ritual de voces masculinas.

—Que los dioses sean testigos y os protejan.

Tuve menos de un segundo para derretirme y sentirme conmovida por la declaración de Dare antes de que Zane me acercara a él y me besara. Dare se aprovechó de la situación y separó mis nalgas para colocar lubricante en mi trasero, mientras Zane follaba mi boca con su lengua. Colocó mis manos por detrás de mi espalda y las mantuvo allí con una sola de las suyas; la otra mano estaba libre para tirar de mi trasero, alzándolo al aire para que Dare pudiese jugar con él.

Zane me dejó sin aire mientras Dare deslizaba tres dedos dentro de mí, y colocaba otro por debajo, follándome con ellos y acariciando mi clítoris al mismo tiempo. Frotó su líquido preseminal sobre mi nalga y la sustancia

mágica se unió con mi piel, calentando mi sangre hasta que esta se sentía como lava recorriendo mis venas.

Estaba a punto de tener un orgasmo, cabalgando desenfrenadamente sobre los dedos de Dare hasta que Zane posó su mano en la parte de atrás de mi cuello y tiró de mí con delicadeza.

—No hasta que tengas permiso, compañera.

Su orden me excitó mucho más, y gimoteé. Sabía que las UPN estaban grabando esto para el programa de novias. Sabía que había, por lo menos, una media docena de hombres observando, y no me importaba. Quería que mis compañeros me follaran, me colmaran, me hicieran suya por siempre.

Las manos de Dare me soltaron y Zane me mantuvo muy quieta, como un amasijo vacío y anhelante. Consideré discutir con mis hombres, tal como Anne lo había hecho al decirles que se dieran prisa, dándoles órdenes para que pudiese sentir el escozor de sus azotes sobre mi trasero desnudo, pero sabía que eso no era lo que Zane deseaba. No quería castigarme, quería que le diera todo.

Su voz era suave, casi como un susurro debajo de mí.

—Dime lo que quieres, Hannah.

—A ti. —Aquella palabra fue como una confesión que venía de mi alma, una sumisión total—. Te quiero. Quiero a Dare.

Me hizo descender hasta que mis labios rozaban los suyos, pero no nos besábamos. Era solo un contacto. Nada más.

—¿Por qué?

¿Por qué?

—Porque te amo, Zane. Te amo. Os amo a los dos.

Chocó sus labios contra los míos y elevó mis caderas. Dare se situó entre los dos y colocó el miembro de Zane en la entrada de mi sexo, y Zane, con sus labios aún fijos sobre los míos, me encajó en su mástil con un temblor que sacudió todo su cuerpo.

A mis espaldas, Dare acariciaba mi trasero con suavidad.

—¿Estás lista para sentirme, amor?

—Sí.

Dios, sí. Estaba lista.

Dare me penetró con lentitud, dilatándome hasta que sentí que gritaría. Mientras jadeaba, Zane besó mis mejillas y mi barbilla, mis labios y mi nariz; y bajó sus manos para tomar mis nalgas, separándolas bien para que mi

segundo amante pudiese atiborrarme.

Lancé un gemido al sentir la doble penetración; la sensación de aquellos dos hombres llenándome. Cuando ambos estuvieron dentro, extendí mis manos y tomé el cabello de Zane con fuerza, impaciente por que se movieran; por que Zane me permitiera correrme. Necesitaba que me dejara hacerlo. Necesitaba que mi amo me diera mi libertad.

Las manos de Zane se movían por mi espalda de arriba abajo, acariciándome, calmando el dolor, amándome. Dejé de intentar adivinar lo que harían luego, y solo apoyé mi mejilla sobre el corazón de Zane, sintiéndome contenta al dejar que me dirigiera a donde sea que él quisiera que fuera.

Alternaron sus embestidas; una me colmaba mientras la otra retrocedía, avivando los nervios de mi sexo y mi trasero que me hacían morder mis labios para contenerme. Mi orgasmo no me pertenecía. Les pertenecía a mis hombres.

—Te amo, Hannah Johnson de la Tierra.

Las palabras de Zane humedecieron mis ojos, y me volví para depositar un beso sobre su corazón. Cuando lo hice, sus caderas se sacudieron debajo de mí, y grité ante el exquisito placer y el dolor de su embestida. Con el enorme pene de Dare dentro de mi trasero y el inmenso miembro de Zane en mi vagina, estaba partida en dos, totalmente abierta y reclamada.

Me penetró nuevamente y Dare sacó su miembro de mi trasero antes de volverlo a encajar dentro. Gimoteé, esperando a mi señor, esperando poder complacerlo.

—Córrete por mí, Hannah. Hazme tuyo por siempre.

Me corrí cuando lo ordenó, perdida en las sensaciones que inundaban mi cuerpo y los collares que nos conectaban y hacían uno. Sentí su calor, y sabía, a pesar de tener los ojos vendados, que mi collar había cambiado de color.

Me follaron hasta que no pude respirar, hasta que mi cuerpo no tenía nada más que darles, hasta que llegué al éxtasis tantas veces, y con tanta fuerza, que no podía moverme.

Y disfruté cada minuto.

OTRAS OBRAS DE GRACE GOODWIN

¿Te has perdido...?

Un compañero asignado

Cuando una posible amenaza contra su vida obliga a Eva Daily a buscar refugio en otro mundo, solo encuentra una opción disponible. Debe ofrecerse al Programa de Novias Interestelares. Tras una humillante evaluación para determinar su compatibilidad, a Eva se le asignará un compañero y será transportada hacia su mundo para convertirse en su novia.

A su llegada en el planeta desértico Trión, Eva pronto aprende que las cosas son mucho más diferentes que en la Tierra. Su compañero asignado, el poderoso y apuesto Consejero Mayor, Tark, deja en claro que espera su sumisión total, y ella descubre rápidamente que la desobediencia solo le traerá un doloroso y vergonzoso azote sobre su trasero desnudo.

La íntima examinación que le hace su nuevo compañero deja a Eva ruborizándose violentamente; pero para su sorpresa, el dominio que Tark ejerce sobre su cuerpo la excita de una manera que jamás se había imaginado. En poco tiempo se encuentra desnuda, atada, e incapaz de resistir la necesidad de rogar por más mientras su habilidosa manera de hacer el amor la hace alcanzar un clímax demoledor repetidamente.

Sin embargo, no pasa demasiado tiempo hasta que Eva percibe que Tark no es solo una bestia dominante que no duda en poner a su esposa desobediente sobre sus rodillas y atizar su trasero completamente. Pero justo cuando su pasión por él florece y se convierte en amor, los eventos que acontecen en la Tierra amenazan con alejarla de él por siempre. ¿Podrá Eva descubrir la manera de quedarse junto a Tark y sobre su cama, o solo se quedará con los recuerdos del hombre que ha reclamado su cuerpo y su corazón?

ESPAÑOL – LIBROS DE GRACE GOODWIN



Saga de Novias Interestelares

Dominada por sus compañeros

Pareja asignada

Reclamada por sus parejas

Unida a los guerreros

¡Más libros próximamente!

INGLÉS – LIBROS DE GRACE GOODWIN



Programa De Novias Interestelares®

Mastered by Her Mates

Assigned a Mate

Mated to the Warriors

Claimed by Her Mates

Taken by Her Mates

Mated to the Beast

Tamed by the Beast

Mated to the Vikens

Her Mate's Secret Baby

Mating Fever

Her Viken Mates

Her Rogue Mates

Fighting for Their Mate

Claimed by the Vikens

Programa De Novias Interestelares®: The Colony

Surrender to the Cyborgs

Mated to the Cyborgs

Cyborg Seduction

Her Cyborg Beast

Cyborg Fever

Rogue Cyborg

Programa De Novias Interestelares®: *The Virgins*

The Alien's Mate (Precuela histórica occidental)

Claiming His Virgin

His Virgin Mate

His Virgin Bride

His Virgin Princess

Otros libros

Their Conquered Bride (Ménage histórico occidental)

Wild Wolf Claiming (Un romance de hombres lobo)

CONÉCTATE CON GRACE



*P*uedes mantenerte en contacto con Grace Goodwin a través de su sitio web, su página de Facebook, Twitter, y en Goodreads, por medio de los siguientes enlaces:

Newsletter:

<http://bit.ly/GraceGoodwin>

Sitio web:

<https://gracegoodwin.com>

Facebook:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100011365683986>

Twitter:

<https://twitter.com/luvgracegoodwin>

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/15037285.Grace_Goodwin

SOBRE GRACE GOODWIN



¡No te pierdas ninguna novedad! Suscríbete a la lista de lectores VIP de Grace aquí <http://bit.ly/GraceGoodwinNews>

¿Interesada en unirse al escuadrón no tan secreto de ciencia ficción? Sé la primera persona en recibir extractos, vistazos de portadas, y adelantos. Forma parte de un grupo cerrado de Facebook en el que se comparten fotos y noticias divertidas.

ÚNETE aquí: <http://bit.ly/SciFiSquad>

Todos los libros de Grace pueden ser leídos como novelas independientes, así que no tengas miedo de sumergirte en una de sus sensuales aventuras. Sus finales felices son cien por ciento libre de engaños, ya que siempre escribe sobre machos alfa y no sobre machos hijos de... (Que lo puedes adivinar por tu cuenta). Pero ten cuidado... sus héroes le gustan ardientes, y sus escenas amorosas aún más. Ya has sido advertida...

Sobre Grace:

Grace Goodwin es una escritora internacional de *bestsellers*, autora de libros de romance paranormal y ciencia ficción. Grace cree que a todas las mujeres se las debe tratar como princesas, tanto en la cama como fuera de ella, y escribe historias de amor en las que los hombres saben cómo hacer que su mujer se sienta mimada, protegida y muy bien atendida. Grace detesta la nieve, adora las montañas (sí, resulta problemático) y desearía que simplemente pudiese descargar sus historias de su cabeza en vez de verse obligada a escribirlas. Grace vive en el oeste de los EE.UU. y es una escritora

de tiempo completo, una ávida lectora de romances, y una proclamada adicta a la cafeína.